

Claire Messud
La niña en llamas



Galaxia Gutenberg

LA NIÑA EN LLAMAS

CLAIRE MESSUD

CLAIRE MESSUD

La niña en llamas

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Burning Girl*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2018

© Claire Messud, 2017
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: plainpicture/Linkimage/Tobias Regell

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-73-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Livia, Lucian y James
En recuerdo de C. H.*

Amor es el niño firme sobre la cubierta en llamas
intentando recitar «El niño firme
sobre la cubierta en llamas». Amor es el hijo
en pie de expresión balbuciente,
mientras el pobre barco en llamas se hunde.
...Y Amor es el niño en llamas.¹

ELIZABETH BISHOP,
«Casabianca»

PRIMERA PARTE

Cualquiera podría pensar que ya no me importa. Las Burnes se mudaron hace tiempo ya. Han pasado dos años. Pero sigo sin poder tumbarme al sol en las rocas que rodean la poza de la cantera, sin poder meter los pies en el agua helada y transparente ni oír cantar a las demás sin recordar, constantemente, que Cassie se ha ido. Y entonces quiero decir algo... pero no puedo, claro. Es como si Cassie nunca hubiera existido.

Así que nunca voy hasta allí, eso por descontado. Normalmente acabo volviendo derecha a casa, dejo tirada la bici en el patio de atrás con las ruedas aún girando y doy un portazo tan fuerte a la mosquitera que mi madre se asusta y empieza a merodear por la cocina, mirándome con los ojos llenos de significados que voy desgranando uno por uno: amor, temor, frustración, decepción. Amor sobre todo. Normalmente sólo dice una palabra —«¿Sedienta?»— con signo de interrogación, y esa palabra hace de puente, desde allí hasta aquí: porque yo respondo «Sip» o «Nop» y entonces me sirve un vaso de agua de la jarra que guarda en la nevera, o no. Pero ese es el punto de partida. Y desde ahí, avanzamos.

Así pasan los días y seguirán pasando —la propia Cassie solía decir «todo es cuestión de tiempo, y el tiempo pasa»— y llegaremos al fin de este verano como llegamos al fin del anterior, como pasamos por todo lo que sucedió hace ya más de dos años. Cada día que transcurre pone cierta distancia entre el ahora y el entonces, así que puedo creer —tengo que creer— que llegará el momento en que mire atrás y ese «entonces» será sólo una mota en el horizonte.

La historia varía según el lugar donde comience: quién es bueno, quién es malo, qué significa todo eso. Todos moldeamos nuestras historias para que tenga algún sentido ser quienes creemos que somos. Puedo empezar hablando

de cuando Cassie era mi mejor amiga, o puedo empezar a contar la historia cuando ya no lo era. O puedo empezar por lo más oscuro del final, y comenzar a contarla hacia atrás.

Pero no puedo empezar a contarla «antes»: Cassie y yo nos conocimos en el jardín de infancia, así que no recuerdo los tiempos en los que no la conocía, en los que no detectaba su pelo liso, rubio blanco, entre una multitud y sabía exactamente en qué parte de la habitación estaba. Tiempos en los que pensaba en ella como algo mío, en cierto sentido. Cassie era diminuta, tenía los huesos como los de un pájaro. Siempre fue la niña más pequeña de la clase: su tobillo abultaba lo mismo que mi muñeca. Tenía el pelo de un rubio casi blanco, reluciente, tan claro que parecía albina. Y la piel translúcida, un poco rosa. Pero que nadie se crea que su tamaño y palidez eran síntoma de fragilidad. Si uno la miraba a los ojos, aún azules —aunque se volvían grises cuando hacía mal tiempo, como el agua de la poza de la cantera— no había duda de lo dura que era. Fuerte, más bien: es un término más adecuado. Claro que al final no lo fue bastante, pero hasta cuando éramos pequeñas tenía algo, no sé... un pronto así como «¡Qué demonios! No soy una cobardica, ¿y tú?».

Según mi madre —y según Bev, la madre de Cassie— Cassie y yo nos hicimos amigas a la segunda semana de estar en la guardería. Teníamos cuatro años. Esa siempre fue la historia, aunque yo no pueda ya distinguir si la recuerdo así o si me inventé el recuerdo a fuerza de oírla contar tantas veces. Yo estaba jugando con un grupo de niños en la arena y Cassie de pie, en mitad del patio donde jugábamos, con los brazos caídos como un zombie, mirando a todas partes. No parecía nerviosa, pero sí al margen de todo. Dejé a mis amigos y me fui hacia ella; la agarré de un brazo y le dije —eso me han contado—: «Eh, ¿quieres venir a hacer un castillo de arena conmigo?». Y ella sonrió de aquella manera suya tan poco habitual: una sonrisa amplia que se hizo famosa y que aumentó su fama cuando Georgia Jagger puso de moda los dientes separados. Cassie fue conmigo hasta el arenero y, como siempre dijo mi madre, «Así empezó todo».

Cuando uno está en el jardín de infancia no piensa mucho las cosas. Ambas éramos hijas únicas y decíamos de la otra que era la hermana que nunca tuvimos. Nadie pensaría que éramos familia: yo estaba alta y grande para mi edad y Cassie era menuda. Yo, además, tengo el pelo rizado y oscuro. Pero ambas teníamos los ojos azules.

—Mira nuestros ojos —nos decíamos una a la otra—. Somos hermanas secretas.

Yo conocía su casa y su dormitorio tan bien como los míos. Cassie vivía con su madre en una carretera sin salida junto a la Ruta 29, a la entrada del pueblo, en una barriada nueva que habían construido en los noventa, cuando la economía iba bien. Por fuera, era una casita típica, perfecta, que parecía que alguien hubiera cogido de otra parte para dejarla en esa modesta parcela: blanca, con persianas rojas, ventanas de mansarda y un tejado oscuro y muy inclinado, con una breve tira de césped bien cuidado en la parte delantera que con los años se fue llenando de hierbajos, hasta que hubo más maleza y más tréboles que césped. Tenía una cerca de madera blanca muy graciosa en forma de U, con una puerta en el sendero de entrada. Podría decirse que era una valla ornamental, porque no rodeaba toda la casa. Al otro lado de la valla, detrás de la casa, la naturaleza crecía descontrolada, sin adulterar: flor de zanahoria y pimpollos de arce, acacias impacientes y saúcos que apuntaban al cielo. Pasada esta primera muestra de naturaleza exuberante, a menos de seis metros de la fachada posterior de la casa, los oscuros bosques del noreste nos recordaban siempre que los árboles y los halcones y los ciervos y los osos — una vez vimos una madre osa con sus cachorros, caminando por el asfalto en dirección al fondo del callejón sin salida, donde estaban los cubos de basura — llevaban allí mucho tiempo antes de que aparecieran los humanos y se quedarían, sin duda, mucho tiempo después.

La palabra que me viene a la memoria es «invasor». Tenía la sensación de que el bosque invadía la propiedad de las Burnes, aunque lo cierto es que era justo al revés: los constructores habían convertido a los humanos en invasores de la naturaleza. Había casas a ambos lados de la de las Burnes, casas mayores que la suya, chapadas con plancha de cedro en lugar de blancas y rodeadas de enormes arbustos hambrientos. La familia que vivía a un lado, los Aucoin, tenía dos pastores alemanes que solían estar fuera y que nos aterrorizaban cuando éramos pequeñas. Cassie siempre sostuvo que a un huésped de los Aucoin le había mordido *Lottie*, la perra, en el trasero y le había dejado un agujero. Pero ahora me doy cuenta de que no podía ser cierto, porque entonces los Aucoin habrían tenido que sacrificar a *Lottie*. A Cassie le gustaba que una historia fuera buena, y poco le importaba que fuese verdad o no.

Bev, la madre de Cassie, era enfermera, aunque no tenía trabajo fijo en un hospital. Trabajaba en atención domiciliaria y todos los días iba en su Honda Civic de color vino, cargado hasta los topes de expedientes y equipamiento sanitario, por las casas de los moribundos: trataba de que estuvieran bien, en la medida de lo posible. Mi padre, que no es religioso —y que no iba a la iglesia ni siquiera en Navidad, con mi madre y conmigo— decía que Bev hacía «el trabajo de Dios».

Bev siempre estaba animada —o casi siempre, salvo cuando no lo estaba — y hacía su trabajo con naturalidad. Devota cristiana, no lloriqueaba cuando se morían sus pacientes —ella decía que «fallecían»— y hablaba como si les estuviera ayudando a prepararse para un viaje misterioso pero seguramente increíble, y no para ocupar un agujero en el suelo.

Bev tenía unos pechos enormes y blandos, y un trasero amplio. Se vestía con faldas largas y vaporosas, estampadas, que hacían un remolino al andar. Sólo sus manos y sus pies menudos, delicados, me recordaban a Cassie. Las manos eran lo que más enorgullecía a Bev. Siempre llevaba las uñas cuidadas, recortadas en óvalo, limadas, con una manicura perfecta y pintadas en preciosos colores pastel. Eso y su pelo, una nube de color miel con un aroma dulce. Cuando abrazabas a Bev, podías olerlo.

Mi madre no se parecía en nada a Bev, igual que mi casa no se parecía en nada a la de Cassie. Y yo tengo padre, así que en ese sentido siempre hemos sido diferentes. Durante mucho tiempo a Cassie le gustaba estar en nuestra casa porque allí sí podía imaginar de verdad que éramos hermanas secretas y mi familia era también su familia.

Mis padres se mudaron a Royston poco después de que mi padre terminara los estudios, antes de que yo naciera. Cuando vinieron a vivir a esta casa les debió parecer enorme, como un castillo. Una construcción victoriana toda desvencijada de ciento cincuenta años de antigüedad, con cinco habitaciones y un porche alrededor, y con otro edificio detrás donde antes habían estado los establos. No era una casa encantadora, sólo vieja. La cocina es más vieja que mi madre: una cocina de los años cincuenta con armarios blancos que no cierran bien y suelo de linóleo de damero blanco y negro. Y el horno, cuando empieza a funcionar, suena como un barco de cruceros.

Mi padre es dentista y tiene la consulta en el establo. En el césped, que ocupa una gran extensión, hay una tablilla en forma de escudo que reza: DR.

RICHARD ROBINSON, DENTISTA, CIRUJANO MAXILOFACIAL en letras mayúsculas pintadas de negro. Cuando hace aire, cruje. Cuando mi padre va a trabajar tiene que caminar unos treinta metros, saliendo por la puerta trasera. Y cuando a alguien le duelen las muelas a las diez de la noche sabe dónde encontrarle. Tracy Mann, la higienista, viene los lunes, miércoles y viernes; la ayudante de papá, Anne Boudreaux ha estado allí todos los días de la semana desde que tengo memoria. Tiene más o menos la edad de mis padres pero parece mayor, quizás porque siempre lleva mucho maquillaje. Tiene un lunar oscuro en el labio superior, como Marilyn Monroe, pero en Anne no resulta lo que se dice sexy.

Mi madre es periodista y trabaja por su cuenta, que es una forma muy vaga de decir que puede ser periodista siempre que le conviene. Escribe críticas gastronómicas y de cine para la *Essex County Gazette* y durante los últimos años ha llevado un blog literario que tiene algunos seguidores: entre ellos, el alumno de una clase de inglés para adultos de Tokio que escribe siempre comentarios muy corteses. La tercera planta de nuestra casa es su despacho: le hizo la reforma el padre de mi amiga Karen cuando estábamos en primero. Karen se mudó a Mineápolis cuando teníamos nueve años.

Mi habitación está junto al cuarto de baño de la planta de en medio y da a un lateral de la casa, con vistas a la propiedad de los Saghafi: hace unos veranos pusieron una piscina portátil y oigo a los niños chapotear toda la temporada. En cuanto hace buen tiempo, lo suficiente para tener abierta de par en par la ventana de mi cuarto, ya están ahí. Los Saghafi nos dijeron que pasáramos a bañarnos siempre que quisiéramos, pero yo ya he dejado de ir: los chicos son muchísimo más pequeños que yo y están siempre en el agua.

Sin embargo, el primer verano que la tuvieron sí que fui. Mi padre dijo que la piscina era «un mazacote que hacía daño a la vista», y mi madre le respondió: «Deja a la gente que se divierta». Y a mí me dijo que debería aceptar la invitación, porque si no lo hacía le pareceríamos unos estirados. Así que aquel verano fui casi todos los días, con Cassie. Era el verano anterior a séptimo y yo acababa de cumplir doce años. Los niños Saghafi eran demasiado pequeños aún para nadar sin que estuviera su madre, así que en aquella época no pasaban tanto tiempo en la piscina. Cassie y yo pasamos tardes enteras allí, nadando, tomando el sol y hablando, nadando, tomando el sol y hablando un poco más, con gran deliberación, como si nos estuviéramos

ajustando a los dictados de una receta de cocina complicada.

Si pudiera retornar a aquellos días lo escribiría todo: los secretos que nos contábamos una a otra, los planes que hacíamos. Las canciones que escuchábamos, incluso, cuando subíamos el volumen de su iPod para que sonara chirriante, como un aparato de radio. Escuchábamos *California Gurls* de Katy Perry y aquella canción tan pegadiza que hicieron famosa Rihanna y Eminem, que cuando escuchabas la letra resultaba un poco espeluznante... «Quédate ahí y mira cómo ardo...» Mi madre cambiaba de emisora siempre que sonaba en la radio del coche. Meneaba la cabeza y decía: «Lo siento, chicas, pero como feminista que soy, me niego a esto».

Fue el verano de mi bikini de barras y estrellas —estrellas arriba, barras abajo— y me causaba un gran orgullo que cuando estaba tumbada boca arriba la pieza delantera se estirase formando una hondonada entre las caderas, donde yo tenía el estómago, y me permitía ver el vello rizado que tenía entre las piernas y que era nuevo en aquel lugar. Cassie, con lo clara que tenía la piel, tenía que ponerse una tonelada de protector solar, e incluso así se quemaba allí donde lo hubiera pasado por alto. Recuerdo la noche que se quedó a dormir; se había quemado y la parte posterior de los muslos, cerca de las corvas, estaba casi morada. Mi madre tuvo que empapar unos paños en vinagre y ponérselos encima de las quemaduras para sacar el calor. La primera vez que le puso el paño Cassie lanzó un alarido, pero no lloró. Cassie no lloraba casi nunca.

Ese mismo verano trabajamos como voluntarias en el refugio de animales que hay al salir del pueblo, en la Ruta 29, y adoptamos un gatito cada una. Eran dos gatitas hermanas —procedían de la misma camada— y tan pequeñas que cabían en el hueco de la mano. Tenían unos dientes diminutos y garras opalescentes que se clavaban palpitando en los vaqueros cuando nos las poníamos en el regazo; pero no hacían daño. Cassie llamó a la suya *Electra*, y yo a la mía *Xena*: por la princesa guerrera, pero también porque sonaba bien junto a *Electra*. Ahora *Xena* es una bola de pelo gordita y plácida que está llegando a la cúspide de la madurez y su naturaleza guerrera se reduce a perseguir pájaros y ratones cuando está oscuro; suele traernos alguna ofrenda ocasional, toda machacada, que deposita en el suelo de la cocina, como si fuéramos a prepararla para el desayuno... Pero al cabo de un año *Electra*, aún pequeña, desapareció en la noche.

Era una aventurera. Desde primera hora de la mañana salía a merodear por el bosque que hay detrás de la casa de Cassie. Y poco después de que Anders Shute se fuera a vivir a casa de las Burnes hubo un día que *Electra* no volvió a casa, sencillamente. Si la hubiera atropellado un coche en la Ruta 29 habríamos encontrado su cadáver. Nos preguntamos si la habría secuestrado alguien, o si la habría cazado un halcón o si su esqueleto diminuto estaría en algún lugar, entre las hojas que se pudren en el Bosque Invasor. A Cassie le gustaba imaginar que *Electra* se había ido a vivir con otra familia, quizás a dos o tres kilómetros de distancia, calle abajo, y que estaba feliz devorando su atún en un cuenco de plata: una vida nueva, mejor.

—Si tienes que imaginarte algo, ¿por qué imaginar que es malo? —solía decir.

Yo era la única que estaba segura de que estaría muerta.

Aquel verano las dos quisimos ser veterinarias, entre otras cosas. Yo iba a ser veterinaria, estrella del pop y escritora, aunque a veces pensaba que escribir canciones pop no estaría tan mal... Así que podía ser sólo veterinaria y estrella del pop. Cassie quería ser veterinaria, actriz y estilista de moda. Nos pasábamos la vida hojeando *Tiger Beat*: mi madre me había suscrito por mi interés en la música y porque ella misma había estado suscrita de joven. A mí me interesaban los grupos y cómo sonaban, mientras Cassie valoraba más el aspecto que tenían. Su madre le había contado que había gente en Hollywood y en Nueva York que se ganaba la vida eligiendo la ropa que se ponían los famosos. Bev no dijo nunca que aquello fuera bueno... era más bien algo así como «¡Vivimos en un mundo tan desquiciado que hay quien piensa que es una manera aceptable de vivir!». Pero Cassie no se lo tomó así. A ella le encantaba la moda. Nos rezagábamos en la sección de maquillaje de Rite Aid, donde ella probaba todas las sombras de ojos en el dorso de la mano. Y yo hacía como que me divertía porque veía cuánto disfrutaba. Cassie opinaba que Lady Gaga no molaba por sus canciones, sino por su sentido de la moda: aquellos zapatos tan locos, aquel vestido hecho de carne... Y claro, también porque Lady Gaga es lo más apartado de Bev Burnes que uno puede encontrar.

A Bev le parecía bien que quisiéramos ser veterinarias, y nos animaba. Fue ella quien se dirigió a mi madre para decirle que si se repartían los trayectos, no supondría un engorro el que trabajáramos en el refugio. A mi

madre le pareció bien, porque nos prepararía para asumir «responsabilidades de adultas».

—Yo trabajé de voluntaria en el hospital en Filadelfia cuando era joven. —Nos contó que llamaban «*candy stripers*»² a los voluntarios porque llevaban unas batas de rayas blancas y rojas—. Tenía que llevar a los pacientes en sillas de ruedas de un lado a otro del hospital: de la habitación a las sala de rayos, o de Urgencias a la habitación. O a Rehabilitación. A veces, incluso a la peluquería. Había una anciana que cada vez que me veía empezaba a dar palmas y a gritar «¡Mi niña! ¡Mi niña!».

Nos contó que una vez dobló una esquina con demasiados bríos e hizo chocar la pierna de la paciente a la que llevaba, estirada y escayolada, contra una pared. A pesar del paso de los años era incapaz de contener una risita cuando lo contaba:

—Debió de dolerle muchísimo, según gritaba.

Supongo que cuidar animales le parecía menos arriesgado para nosotras, al tiempo que era una actividad marcada por el espíritu del servicio. Bev y mi madre le daban mucha importancia al «servicio» y a «retornar lo que la vida nos ha dado», expresiones con las que pretendían recordarnos lo afortunadas que éramos.

La de Royston no es una población rica, a pesar de que la planta de Henkel no está muy lejos de allí y de que otras ciudades de los alrededores, como Newburyport e Ipswich, están cerca del mar y atraen a los ricos, sobre todo en verano. Si en Boston, por ejemplo, los Robinson somos del montón, en Royston somos unos privilegiados. Hasta Bev y Cassie eran privilegiadas, a su humilde manera.

El refugio era un edificio de una planta construido con bloques de hormigón, una mezcla de perrera y clínica veterinaria. La sala principal, con aire acondicionado, tenía unas sillas de plástico azul marino colocadas sobre el suelo de linóleo como en una sala de espera, y un mostrador alto detrás del cual se sentaban un par de empleados fijos con sus ordenadores y sus fichas. Olía todo a tiritas y siempre hacía frío, como en una cámara frigorífica. De las paredes, pintadas de color parduzco, colgaban carteles que recordaban la importancia de cuidar a los animales y vacunarlos («Gusano del corazón: un asesino que nos romperá el corazón»; «Cómo afecta la enfermedad de Lyme a tu mascota») y en un lado de la sala habían colocado un tablón de anuncios

enorme, lleno de fotografías de perros y gatos con sus nuevos dueños.

Marj, la encargada —una mujer pequeña, fibrosa y de piel oscura— tenía el pelo cano y corto (parecía que se lo cortaba ella) y una voz chirriante. Llevaba siempre camisetas de tirantes que dejaban a la vista sus brazos musculosos: debajo, casi a la altura del ombligo, le colgaban las tetas de vieja, planas y desparramadas. Cassie y yo nos habíamos imaginado ya siendo veterinarias, ataviadas con unas batas blancas muy profesionales y elegantes y con zapatos de tacón bajo que sonaban al andar. Y aunque Marj no era veterinaria (cuando hacía falta un veterinario venía de Haverhill el doctor Murphy, barbudo y campechano, con la barriga aprisionada por la bata blanca), para nosotras simbolizaba una forma de estar en el mundo: hacía lo que hacía porque le encantaba, y no le importaba lo que pensarán los demás.

Marj adoraba a aquellos animales. Sus manos de cuero estaban llenas de venas salientes, pero cuando tocaba a *Stinky*, el pobre carlino tuerto que andaba tambaleándose, era muy tierna. Y cuando cogía en brazos a una gata asustadiza como era *Loulou*, y se la acercaba a aquel pecho liberado, la gata abría mucho los ojos, se estiraba y emitía aquel ronroneo grave y motorizado de placer felino. Marj tenía muy buena mano con los pitbull y otros perros con cruce de pitbull, sobre todo, de los que llegaban muchos al refugio. A la mayoría de la gente le daban miedo, aunque sólo fuera un poco, y a Cassie y a mí se nos consideraba demasiado jóvenes para atenderlos. Pero Marj se acercaba a ellos como si fueran amigos con los que uno se reencuentra después de mucho tiempo: les hablaba en un murmullo, con cautela pero firme. La llamaban «La mujer que susurraba a los pitbull», aunque su táctica no siempre funcionaba. Tenía cicatrices que lo demostraban.

Al refugio se entraba por una pesada puerta metálica que había junto al mostrador de administración. Estaba primero el refugio de gatos, también con aire acondicionado pero no tan frío: una habitación amplia con jaulas de suelo a techo de un metro veinte por un metro veinte, en las que gatos de todas las formas, tamaños y colores dormitaban o se lamían o paseaban en medio de aquella atmósfera pesada de amoníaco, cama de gato y antiséptico suave. Alguna vez se veía a un conejo retozando en un rincón y, en una ocasión, hubo incluso un hurón —se llamaba *Fred*— que recorría la jaula a toda velocidad, como si llegara tarde a una cita.

Pero incluso desde allí dentro se oía ladrar a los perros que estaban al otro

lado de la pared. Nunca dejaban de ladrar: era una eterna discordancia que el eco reproducía. Los perros tenían mucha importancia en el refugio. Al entrar a la perrera se accedía a un mundo de sonido y calor y movimiento: el aire pegajoso del verano era una bofetada, el ruido que estallaba de pronto resultaba frenético, aunque en verano abrieran los laterales de las jaulas para que corriera el aire. Cuando sonaba un cerrojo los perros iban corriendo hacia la alambrada que recorría el edificio en toda su longitud. Había dos o tres perros por jaula: muchos eran animales huidos o abandonados que habían recogido o que sus dueños habían dejado allí por no poder hacerse cargo. Los perrillos viejitos venían porque sus dueños habían muerto o enfermado o se habían ido a vivir a alguna residencia donde no aceptaban perros. Era muy difícil encontrar un hogar para estos últimos. *Stinky* era uno de ellos. Y *Elsie*, una shih tzu ya mayor y con problemas de incontinencia. O *Fritzl*, un teckel sordo y con lordosis que no paraba de ladrar. Todos esos perros vivían cerca de la puerta de metal. Luego estaban los jóvenes saltarines, de gran tamaño, de raza mestiza y con hermosas caras de perro: eran perros con ganas de moverse de un lado a otro. Y por último, en la zona más alejada de la entrada, estaban los pitbulls y similares, con sus potentes mandíbulas y su pelo suave y tupido: había uno o dos tan amenazadores que tuvieron que ponerles un bozal.

Cassie y yo íbamos al refugio dos mañanas por semana, de nueve a una. Nuestra tarea era dar de comer a los animales y limpiar las jaulas. Llevábamos botas y guantes de goma y acabamos por habituarnos a los olores. Nos parecía un triunfo que un perro asustadizo se acostumbrara a nosotras y, en lugar de acobardarse, avanzara poco a poco en nuestra dirección y agachara la cabeza o se pusiera boca arriba para dejarse acariciar. Los perros eran buenos casi todos: sólo buscaban cariño y, cuando se sentían queridos, te pagaban en la misma moneda.

Teníamos nuestros favoritos: el mío, un mestizo de labrador de color chocolate brillante que se llamaba *Delsey* con los ojos oscuros y una cabeza angulosa y oscura que parecía cincelada; era poco más que un cachorro y se movía como si su tamaño siguiera sorprendiéndole. Aunque tenía una mirada sombría era de carácter alegre: nada le gustaba más que jugar a coger una pelota de tenis o un palo en la pista que tenían para correr. Traía su presa llena de babas y se veía claramente cómo se debatía entre soltarla o no,

calibrando la satisfacción de quedarse con el premio frente a la de soltarlo y volver a correr tras él. A veces salía corriendo sin soltarlo, con la cabeza alta y la cola levantada, y recorría la pista como un atleta que corre la vuelta de la victoria.

La favorita de Cassie era *Sheba*, una perra con cruce de pitbull. Nos permitían darle de comer pero no podíamos entrar en su jaula sin Marj: no por *Sheba*, que tenía una carita atigrada con expresión casi sonriente y que meneaba la cola mocha cada vez que nos veía acercarnos, sino porque su compañero de jaula era un bull negro muy gruñón, *Leo*, que no sólo no recogía los palos: los mordisqueaba y los dejaba reducidos a astillas en cuanto tenía ocasión.

A Cassie le gustaba *Sheba* porque era hermosa pero dura: una superviviente. Parece ser que la habían encontrado esquelética y desnutrida en un corral abierto, al lado de una casa-remolque abandonada en el bosque, a unos dieciséis kilómetros. Los dueños se habían largado —Cassie y yo inventamos muchas historias distintas sobre lo que les había sucedido— y un par de cazadores la oyeron aullar. Llamaron al Centro de Protección Animal para que fueran a rescatarla. Cassie había preguntado a su madre si podían adoptar a *Sheba*, pero Bev se había negado en rotundo diciendo que ellas no podían hacerse cargo de un perro, sobre todo de un perro como *Sheba*, que no sería fácil de cuidar después de todo lo que había pasado. *Sheba* necesitaba una familia que pudiera pasar mucho tiempo con ella, mimarla y hacer que se sintiera querida.

A Cassie le gustaba actuar como si *Sheba* fuera su perro, y no parecía que hubiera ningún mal en ello. Al principio, una mañana que *Leo* estaba fuera de su jaula, Cassie abrió el cerrojo y entró. *Sheba* se quedó en éxtasis, empezó a gimotear y a retorcerse y, cuando Cassie se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo de hormigón, *Sheba* fue corriendo hacia ella para que la acariciara. Abrió mucho los ojos y empezó a retozar, dejando a la vista el vientre y las tetas, diminutas e inútiles, y Cassie empezó a frotarla vigorosamente. Y fue entonces cuando ambas, excitadas, empezaron a emitir gemidos de placer.

Yo me quedé agazapada en el pasillo, con la mirada fija en la puerta de metal: si la pillaban, seguro que nos echaban y nos mandaban a casa a las dos.

Pero cuando la llamé, en voz baja («Eh, Cassie, date prisa... ¡sal de ahí, creo que viene alguien!») primero no me hizo caso y luego se enfadó.

—¿Qué pasa contigo, Juju? ¿No hemos venido aquí para hacerles la vida mejor? Mira, le encanta a mi *Sheba*... ¿verdad que sí, cariñito?

No la pillaron... no nos pillaron. Cuando llegaron Nancy y Jo, las de administración, con unos posibles adoptantes, ya estábamos en la otra punta. Cassie estaba aclarando con agua la jaula de *Stinky* mientras yo tenía en brazos a la pequeña carlino. Pero Cassie ya había sentado un precedente: a raíz de aquello siempre estaba buscando la ocasión de entrar en la jaula de *Sheba*, como si *Sheba* fuese su novio malote.

Un jueves de principios de agosto, cuando llevábamos casi dos meses trabajando en el refugio y nos sentíamos tan de casa como si fuéramos piezas de mobiliario (y los animales también nos percibían así), estaba *Leo* corriendo por la pista, tomando un poco el aire... si es que se podía llamar así a la humedad bochornosa de aquel día. Estaba solo: no había más perros ni tampoco humano alguno echando una mirada, y Marj había ido a atender una llamada telefónica del proveedor de comida para perros porque el día anterior se habían equivocado con el pedido.

—Vigilad esto, chicas —nos dijo—. Enseguida vuelvo.

En cuando Marj cerró la puerta metálica Cassie fue corriendo a hacer una visita a *Sheba*. Llevaba en el bolsillo un mordedor de cuero que se había traído de casa y que había comprado con su propio dinero. Los mordedores de cuero no estaban permitidos, porque se le podían quedar al perro atascados en la garganta, asfixiándole. Pero a Cassie le importó poco. Ya había llevado a *Sheba* uno en un par de ocasiones, y sabía que le gustaban tanto que era capaz de roerlo por completo en menos de tres minutos. Igual que las otras veces, Cassie deslizó el cerrojo y se metió en la jaula con el juguete en la mano, que enarbolaba como si fuera un premio. Eso también lo había hecho antes. *Sheba* era juguetona, no era agresiva por naturaleza. Cómo íbamos a pensar...

No vi lo que pasó después. Tenía los ojos puestos en la puerta de metal, esperando que llegara Marj. No estaba pensando en Cassie y en *Sheba*. Y desde luego no estaba pensando en *Leo*.

Porque la puerta que separaba su jaula del exterior parecía cerrada, y a ninguna se nos ocurrió comprobar si estaba echado el cerrojo. ¿Qué

probabilidades había de que *Leo* se cansara, justo en ese momento, de dar vueltas él solo a la pista de los perros y decidiera volver a casa y abrir la puerta, empujando con el hocico? Pero lo hizo. De alguna manera, lo hizo en el breve instante en que Cassie tuvo el mordedor en la mano.

Leo saltó para atraparlo, con las fauces abiertas y las patas levantadas. Agarró la mano izquierda de Cassie y le desgarró la parte interna del antebrazo. Gracias a Dios, tenía el mordedor para distraerle. Gracias a Dios. Ella soltó apenas un gemido, pero los gruñidos de *Leo* y los ladridos, fuertes y desesperados, de *Sheba* —ningún sonido, sin embargo, que emitiera la propia Cassie— me hicieron dirigir la mirada hacia donde estaban. Si no llego a sacarla de aquella jaula a la rastra, de cualquier manera, y cerrar rápidamente la puerta, no sé qué hubiera pasado.

Parecía que había metido el brazo en una astilladora. Tenía toda la piel medio arrancada, colgando en tiras, desde la muñeca hasta el codo. La sangre salía tan deprisa que caía al suelo.

—¿Puedes mover los dedos? —le pregunté: eso era lo que me preguntaba mi madre cuando yo me hacía daño—. ¿Puedes mover la muñeca? ¿Te duele mucho? ¿Es muy grave?

—¡Cómo coño voy a saberlo!

Se dejó caer contra la alambrada de la jaula de enfrente, detrás de la cual un pitbull artrítico con un bozal blanco, llamado Opie, contemplaba la escena con curiosidad.

—No sé ni siquiera si me duele.

—Joder, joder, joder —fue lo único que atiné a decir.

Mi madre siempre dice que las palabrotas son síntoma de una carencia de vocabulario y una imaginación pobre, pero en este caso aquella me parecía la única palabra adecuada. Me agaché a mirar de cerca la mano destrozada de Cassie, como si fuera a tocarla. Pero se había convertido en una cosa informe que palpitaba y sangraba, y no fui capaz. De lo único que era remotamente consciente era de que *Leo* y *Sheba* se estaban gruñendo el uno al otro en aquella jaula que teníamos al lado. Pero Cassie ya había reaccionado: cerró los ojos y empezó a temblar.

—Está bien, está todo bien, no pasa nada. Voy a buscar a Marj.

Me puse de pie y comprobé de nuevo el cerrojo de la alambrada. Me sentía como si flotara en una extraña calma, como si fuera un espectador que

mirase todo aquello, que les estaba sucediendo a unos desconocidos. Luego alcancé a oír, en el barullo interior de mi cabeza, la cacofonía de los perros a un lado y otro del pasillo. Ladraban todos a la vez, decibelios salvajes, y a mí me maravilló que durante unos instantes hubiéramos permanecido dentro de una terrible burbuja de silencio.

Para ir hasta la puerta de metal tenía que dar la espalda a Cassie. Ya lo había hecho, en realidad, pero sentía que de algún modo ella estaba dentro de mí, era parte de mí. En medio de aquella maraña de ladridos, olor a perro y calor, sentí dos cosas: la brisa que entraba del exterior con un leve aroma a heno y que ella y yo estábamos unidas por un hilo invisible que no era menos real que cualquier otra cosa. Gracias a ese hilo Cassie se pondría bien, todo iría bien, y ni siquiera estaría sola mientras yo me dirigía a la puerta para entrar en el edificio principal. Porque estábamos unidas por el cordón umbilical, y éramos inseparables.

Marj apareció en la puerta antes de llegar yo. Vio enseguida lo que había pasado. O vio lo suficiente, en cualquier caso. Sin dejar de correr hacia Cassie se dirigió a Jo para pedirle que trajera el botiquín, echó a Cassie una manta por los hombros para aplacar el shock y la hizo levantar el brazo para detener la hemorragia. Y cuando tuvo la seguridad de que ya estaba en marcha la secuencia de acontecimientos lo único que me preguntó fue:

—¿Por qué la has dejado sola?

Como si todo aquel asunto, de principio a fin, hubiera sido la consecuencia de mi falta de atención.

Después de limpiar la herida Marj dijo que Cassie tenía que ir al hospital de Haverhill a que la vieran. Marj llamó a Bev por teléfono, pero saltaba el buzón de voz, así que llamó a mi madre y le explicó la situación. Mi madre dijo que sí, que nosotros llevaríamos a Cassie al hospital. Era lógico. En aquel momento nadie habló de si nos podríamos quedar en el refugio —a fin de cuentas, habíamos quebrantado las normas más importantes y, aunque no lo admitiéramos, Marj tenía que saber que no era la primera vez— pero sentíamos como una losa la desaprobación de los mayores, esa sensación de que te están ayudando y castigando al mismo tiempo.

Cuando regresamos al refugio habían sacrificado a *Leo*. Estaba muerto. Un perro, sobre todo un perro al que nadie quiere, no puede atacar a un chico e irse de rositas. Pero nosotras sabíamos —y Marj, sin decirlo claramente, se

aseguró de que lo supiéramos— que *Leo* no había hecho nada malo: habíamos sido nosotras las que invadimos su espacio, le engatusamos con un mordedor de cuero y él, simplemente, había actuado como le dictaron muchos milenios de impronta genética, dentro de los parámetros de su naturaleza canina, impaciente y algo cruel. No debemos olvidar que lo que hizo Cassie —y lo que hice yo, porque en cierto modo fui su cómplice, igual que el que conduce el coche para que escape el ladrón que acaba de robar el banco— había sido provocar la muerte a *Leo*. Una muerte segura, como lo habría sido ahogarle con nuestras propias manos.

Pero eso fue después. Lo primero, apareció mi madre en la ranchera para llevarnos a Urgencias. Con expresión circunspecta, sintonizó la NPR en la radio a todo volumen para que durante el trayecto no surgiera conversación alguna. Fuimos hasta Haverhill escuchando una conexión telefónica en la que hablaban de los patrones migratorios de los búhos, hasta que un oyente llamó para contar que había golpeado a uno con su coche cuando iba coronando una loma por una carretera secundaria, al ponerse el sol. Aquello fue la gota que colmó el vaso, así que mi madre apagó la radio y empezamos a oír el ruido del aire acondicionado. Yo iba sentada sobre mis propias manos, esa postura en que uno reflexiona sobre la culpa infantil, algo que obviamente Cassie no podía hacer en aquel momento.

En el hospital, la enfermera que quitó a Cassie el vendaje frunció el ceño cuando vio la herida. Cassie tenía unos brazos muy delicados, e incluso después de tanto tomar el sol su piel estaba muy blanca. La mano estaba hinchada, se había puesto morada y luego negra, con la sangre coagulada. Tenía arañazos profundos, rasguños más bien, a lo largo de todo el antebrazo. No podía mantener los dedos quietos y rectos. No podía doblarlos, o lo hacía con gran dificultad. La enfermera limpió las heridas con cuidado —aunque Marj ya lo había hecho, Cassie había seguido sangrando— y Cassie aulló con el picor del antiséptico. Pero fueron unos aullidos muy flojos: en general se mostró tranquila y sólo se miraba el brazo con los ojos azules muy abiertos, como si no formara parte de su cuerpo.

Fue entonces cuando conocimos a Anders, el doctor Shute. Porque entonces, para nosotras, era el doctor Shute. Estaba de guardia en Urgencias aquella tarde. Yo empecé a gastar bromas con él en el coche, cuando volvíamos a casa, para ver si conseguía hacer reír a Cassie.

—¿Tú crees que traerán al doctor Shute a las víctimas de los tiroteos? A él parece que le han tiroteado... O a lo mejor ha sido él el que ha disparado a alguien... ¡No dispare, doctor! O sí, ¡dispare, doctor! ¡Ah, si es el doctor Shute!³

Era muy alto y muy delgado y tenía la piel tan, tan, pálida y los pómulos tan salientes que parecía una máscara mortuoria. Tenía los labios finos, la nariz fina, los dedos finos y los ojos un poco desviados, una bizquera que les daba, también, un aspecto afinado. Llevaba el pelo largo como una chica, largo hasta la barbilla. Y también lo tenía fino, de ese color parduzco como de agua sucia que parece grasiento aunque esté limpio. No se puede afirmar que el doctor Shute mostrara un trato exquisito a los pacientes de Urgencias, pero tampoco es que fuera horrible. Por eso, cuando cogió el brazo destrozado de Cassie para examinarlo bien, yo diría que su amabilidad sorprendió a mi amiga: Cassie lo miró con una expresión entre suplicante y maravillada y, por primera vez, habló:

—¿Se me va a arreglar la mano?

La sonrisa del médico fue leve y fina —inevitablemente—, pero hizo un esfuerzo especial por mostrar cierta calidez con aquellos ojos gélidos.

—Su mano, señorita, se va a arreglar del todo. Siempre que sea usted buena paciente, y no una paciente *im*-paciente... Im-pacientes llamamos aquí a los no pacientes... Esa mano se va a arreglar del todo.

Después pensé que todo aquello había sido un poco extraño: era como si aquel hombre quisiera hacer creer a Cassie que todo dependía de ella. Si hacía lo correcto, la mano se le curaría. Y eso, naturalmente, implicaba un hecho incuestionable: si ella hubiera hecho lo correcto antes, no estaría allí. Así era Anders Shute: siempre, a partir de aquel primer encuentro, se comportó como si la pelota estuviera en el tejado de Cassie. Si ella hacía lo correcto, todo iría bien. Y si no... pues eso.

Inyectó a Cassie un poco de anestesia local en la mano y puso unas grapas para sujetar los jirones de piel. Cubrió los surcos del brazo con algún ungüento especial y los tapó con vendas inmaculadas. Luego recetó a Cassie unos antibióticos de caballo en pastillas, para alejar cualquier posible infección. Ni más ni menos de lo que hubiera hecho cualquier médico.

Poco después, aquella misma tarde, Bev irrumpió en la sala de la

televisión de nuestra casa con el estetoscopio aún colgado del cuello y la respiración ahogada: una visión con estampado de flores azules que se debatía visiblemente entre la angustia y la ira. Aunque lo primero que hizo fue acercarse a Cassie y abrazarla, yo me di cuenta —Cassie, no— de que estrechaba a su hija con un aire turbulento... como esas nubes que cruzan el cielo a toda velocidad.

—¡Mi niña, mi niña! —murmuró, y luego—: ¿En qué estabas pensando? ¿En qué estabas pensando? Todo está bien, estamos aquí. Ya pasó todo, tranquila.

Mi madre estaba de pie en el umbral, mirándolas mientras se secaba las manos con un paño de cocina, y también me sorprendió su expresión. No era de indulgencia. Era como si hubiera dibujado un círculo de tiza imaginario alrededor de Bev y Cassie que indicaba que no formaban parte de nuestra casa aunque estuvieran de pie allí, en medio de la sala. Era una mirada que parecía decir: «Vosotras no sois como nosotras. No del todo».

Después de aquello no volvimos a ir a nadar donde los Saghafi, porque Cassie no podía mojarse el brazo. Y durante un par de semanas no supimos con seguridad si nos permitirían volver al refugio. Teníamos muchos días por delante, días muy largos que llenar en cuanto Bev nos dejaba a Cassie, antes de las nueve. Mi madre no quería tenernos todo el rato encima, porque no podría trabajar. Así que se inventó algunas tareas que podía encomendarnos, como quitar los hierbajos del jardín o colocar los libros de la sala de la televisión por orden alfabético de autor. Pero en realidad no le importaba gran cosa que lo hiciéramos o no: sabía que no podíamos hacer mucho, visto cómo tenía Cassie la mano derecha, que era la mano con la que escribía: fuera de servicio. Ni siquiera podíamos montar en bicicleta. Y tampoco podíamos jugar al tenis ni al baloncesto en el instituto porque todas ellas eran cosas para las que necesitábamos ambas manos.

—Desde luego, esto te enseña lo difícil que es vivir sólo con un brazo —dijo Cassie apartándose el pelo rubio blanco con el guante almidonado que llevaba en la mano.

—¿Conocemos a mucha gente que sólo tenga un brazo?

—El tío de Wendy —respondió, aludiendo a una niña de nuestra clase—. Lo perdió en Irak. Tú lo has visto. Trabaja en el Lowe de Haverhill.

—Y el abuelo de Benny, también.

Benny era unos años mayor que nosotras.

—Tuvo la polio de joven. Conserva la mano, pero la tiene como muerta... no puede hacer nada con ella. Va así...

Imité al abuelo de Benny, con el brazo doblado y la mano colgando como un guante vacío.

—Dios —dijo Cassie—. No me quedaré yo así, ¿verdad?

—No seas tonta. Ya has oído al médico. Si eres buena paciente...

—Pero yo soy *im*-paciente. Me aburro muchísimo. Y esto va para semanas...

—No. Semanas, no.

—Pues lo que sea. Mucho tiempo. Estoy harta de hacer galletitas. Son nuestras vidas, y antes de que te des cuenta estaremos otra vez en el instituto, sentadas en esas clases horribles y esperando que pase el tiempo. Otra vez. Tenemos que encontrar algo que hacer.

Salimos. Mi casa está dentro del casco urbano o, mejor dicho, en la carretera por la que se entra al centro, en la zona sur. El casco urbano tiene cuatro manzanas de longitud en una dirección y cinco en la otra. Luego hay dos polígonos comerciales en la Ruta 29, por donde se sale a la autopista, que es donde están Market Basket, The Dollar Store y The Fashion Bug, y Friendly's. Ciertamente Royston tiene más que esas cuatro manzanas, pero el resto son calles residenciales que se extienden en todas direcciones y se adentran en el bosque. Luego está la Ruta 29, en ambas direcciones, con unos cuantos negocios salpicados por sus orillas, que se extiende en dirección sur primero y luego hacia el norte, hacia Newburyport. Resulta más rápido llegar a los sitios por la interestatal, pero entonces se pierden algunas cosas antiguas dignas de ver, como el Golden Lotus Palace, un restaurante que es un templo bermellón al estilo kitsch de los años sesenta y con una enorme puerta dorada y dragones negros de escayola en la parte de fuera: la comida está tan petada de glutamato monosódico que cuando sales de allí te sientes como si estuvieras en otro planeta. O el Lucky Stars, un motel que se fue al garete hace unos años: se han caído un par de paneles del viejo neón — cuando estaba entero parecía que lo habían sacado de *Los supersónicos*— y han tapado las ventanas con planchas de madera para que personas y animales sin hogar no ocupen las habitaciones enmoquetadas. Ecos del viejo

Royston al borde de la Ruta 29: así era antes de que llegaran los burgueses exiliados de Boston, los artistas y hasta la planta de Henkel.

Cassie y yo empezamos a ir al pueblo a pie, a explorar. Es decir, recorrimos básicamente el centro. Hasta que un día llegamos a la cantera y al viejo sanatorio. El centro histórico tiene una hilera de edificios antiguos fantásticos, casas de estilo victoriano de ladrillo rojo, con apartamentos encima de los comercios. A mí siempre me había intrigado quién vivía en ellos. Muchas de las tiendas que ponen allí no duran mucho: Royston es de ese tipo de ciudades pequeñas a las que llega la gente que va huyendo de Boston o de Portland, con sus niños pequeños y sus fantasías, y luego se da cuenta de que la vida en un sitio así no era lo que se esperaban. Ponen una joyería coquetona y un café mono con vacas pintadas en las paredes y cortinitas de encaje, y dura un año o dos: sobreviven a los inviernos duros y austeros, cuando nadie anda por la calle; pero antes o después lo cierran y se van por donde han venido. También hay negocios que resisten mucho tiempo, como la Farmacia Adamian o Mahoney, el pub irlandés. O la tienda de ultramarinos que lleva Mildred Bell, una mujer más vieja que mi abuela con una verruga en la barbilla, como las brujas. La tienda de Bell es un sitio muy loco, abigarrado, donde venden —entre otras cosas— jerséis con bordados navideños de renos o elfos. Protegen el escaparate, que nunca cambian, poniendo en el cristal un celofán amarillo. A mí de pequeña me gustaba mucho la sección de juguetes, porque tienen una fila de cubetas de plástico con cacharritos que yo me podía permitir con mi paga: borradores japoneses y libretas de Hello Kitty, pelotas de esas que brillan en la oscuridad y horquillas con forma de *cupcake* o de hamburguesa. La señora Bell también debe sentir debilidad por los animales de peluche, porque tiene un cesto enorme lleno de ellos, suavísimos: no sólo osos, sino búhos, jirafas y una gran selección de cerditos, sobre todo. Cassie y yo nos aficionamos a ir a la tienda de Bell aquel agosto porque así veíamos los peluches, pero también porque yo me sentía fatal al verla con la mano así, pasándolo mal, y allí podía apartarme un poco de ella y mirar por mi cuenta y comprarle el cerdito más pequeño, el rosa más pálido: uno al que ella ya había bautizado como *Hubert*. Lo escondí para que fuera una sorpresa, pero sólo pude esperar un día. Cuando volvimos a la tienda y vio que no estaba, empezó a lloriquear.

Aparte de la tienda de la señora Bell y del Rite Aid, donde podíamos

atrincherarnos en el pasillo de artículos de tamaño muestra y lacas de uñas (aunque a Cassie no le dejaban pintarse las uñas y a mí no me gustaba) no había en Royston muchos sitios donde pudieran ir unas crías como nosotras. Íbamos también, paseando, hasta el parque infantil que hay en Market Street, justo al pasar el instituto de enseñanza superior, que tiene un carrusel pintado como el arcoíris y una hilera de columpios, pero aquel verano se pusieron a arreglar el tobogán y el castillo, y sólo quedaban los tocones. Además, el resto de los niños que había en el parque tenían menos de cinco años e iban con sus madres o sus abuelas, lo que resultaba más deprimente aún que quedarse en casa.

Como no podíamos jugar ni al tenis ni al baloncesto, el instituto era un rollo. Además andaba por allí Beckett, un bocazas de octavo, con sus amigos, entre los que estaba un chico que a mí me molaba, Peter Oundle. Peter siempre había ido a nuestro colegio, y cuando éramos pequeños habíamos jugado juntos en los recreos: al pilla-pilla, a las cuatro esquinas o al balón prisionero. Pero ahora iba mucho con Beckett, que era dos años mayor que nosotros y el jefe de la banda. Brazos y piernas largos, pies rápidos y expresión de desdén, todos ellos. Peter Oundle era sólo un año mayor que Cassie y que yo, y siempre había sido diferente, de ese tipo de chicos que te da la mano para ayudarte cuando te has caído. Flaco, con la nariz puntiaguda, pero guapo: con rizos de un castaño rojizo y pestañas largas.

Los chicos se pasaban horas jugando al baloncesto. Uno o dos de ellos nos silbaban siempre, cuando pasábamos. Una tarde Beckett me llamó. Me dijo:

—¡Eh, tú, Rizos! ¿De qué son esos granos tan gordos que tienes en la frente?

Los otros empezaron a carcajearse y yo me puse colorada de vergüenza. Cassie les gritó:

—¿Qué pasa, Beckett, que te damos envidia? Porque veo que llevas el pelo largo, como una chica.

—Bah, que te jodan a ti también —gritó Beckett dándose la vuelta.

Pero a mí me pareció que le incomodaba.

—Te abrazaría aquí mismo —le dije a Cassie—, pero eso le serviría para afirmar que somos lesbianas.

—¿Y a quién le importa? —dijo Cassie—. Me casaría contigo antes que

con él. En cualquier momento.

Seguimos caminando. Estábamos llegando al parque infantil cuando nos alcanzó Peter Oundle. Traía los rizos empapados de sudor, y el pecho huesudo subía y bajaba bajo la camiseta de malla (de los Celtics, con el número 9). Me puso una mano en el hombro y lo sentí arder. Estoy segura de que me había puesto toda colorada.

—Eh —dijo, y se quedó un momento parado.

—¿Qué quieres? —intervino Cassie en tono de fastidio.

—Pedir disculpas, nada más.

—¿Qué? —repitió Cassie.

—Hay veces que Beckett parece un capullo total.

—Déjate de coñas.

—Pero no es malo. Era una broma.

—Pues no tiene gracia.

Cassie miró fijamente a Peter, como si hubiera sido él quien lo dijo.

—Ya está —dije yo sonriendo—. Sobreviviré. Gracias por venir.

Peter asintió y se fue a continuar con el partido, pero mientras se alejaba se volvió a mirar y sonrió también. A mí, pensé, me sonreía a mí: había venido por mí.

—Qué pena que se haya vuelto como ellos —dijo Cassie cuando volvimos a ponernos en marcha.

—No es tan malo.

Lanzó un bufido, como diciendo: «Eso es lo que tú quisieras». Sabía que a mí me gustaba Peter.

La cantera estaba en un sitio donde los mayores hacían fiestas en verano, y donde nosotras íbamos a veces a bañarnos con nuestros padres y sus amigos: a kilómetro y medio más o menos al oeste de Royston, se salía por un pequeño camino de montaña y luego por un sendero que había entre dos casas particulares. Abandonada hacía más de cien años, en la vieja cantera hay una poza que está llena de agua de un maravilloso tono verde grisáceo, un color que parece salido de una antigua pintura al óleo. Según la luz los enormes peñascos brillan como si fueran de oro, pero la palabra que me viene a la cabeza es ámbar, ese tono leonado. La piedra de la cantera es del color de las melenas de un león, y esa es la razón por la que el ayuntamiento de

Royston, construido en la década de 1870, tiene la misma tonalidad.

Para ser exactos, la cantera es un recinto privado. Pertenece a la Asociación de la Tierra local, un patronato que compró unas cuantas hectáreas de terreno entre Cape Ann y la frontera de New Hampshire y los gestiona como si fuese una organización caritativa que se encarga de la naturaleza. Nosotros, se supone, somos socios. En el sendero, más o menos a mitad del trayecto, hay una cadena que cruza el sendero de un lado a otro, pero no tiene candado: si uno va andando o en bici puede sortearla. No hay guardia ni socorrista, aparte de Rudy, que también se encarga de cuidar el cementerio: todas las mañanas llega, a veces sin avisar, montado en su camioneta pintada de naranja oscuro con *Bessie*, su perra —un pastor alemán tuerto— para comprobar que no hay nada raro. No es mal tipo Rudy, aunque el aspecto que tiene da un poco de miedo. Le faltan algunos dientes y las mejillas se le hunden como si tuviera en la boca unas cuerdecillas que tirasen hacia dentro. Y *Bessie*... bueno, los pastores alemanes le dan miedo a todo el mundo, y lo cierto es que tiene un aspecto imponente porque el ojo lechoso refleja la luz.

La primera tarde le vimos en la carretera principal: entraba en el pueblo justo cuando nosotras salíamos. Estábamos de pie en la tira de gravilla que bordea la carretera y, cuando pasó junto a nosotras, giró de repente para llamar la atención y se colocó al otro lado de carretera. Levantó la mano y nos saludó con un gesto anticuado, campestre, mientras nos señalaba con el mentón. Llevaba en la boca un palillo de dientes o un cigarrillo sin prender, la cabeza grasienta echada hacia atrás. Por los bordes le asomaban unas guedejas de pelo. *Bessie* iba en el asiento del copiloto con media cabeza por fuera de la ventanilla y la lengua colgando, como si quisiera comerse la brisa. Esa imagen nos hizo reír, y Cassie dijo:

—Goces perrunos. Ya me gustaría a mí gozar de alguna manera.

Queríamos ir a la cantera sólo por matar el tiempo. No podíamos bañarnos en la poza o, mejor dicho, Cassie no podía, por lo de la mano. Pero parecía el mejor sitio para explorar un poco, porque sabíamos que uno de los caminos que salían desde la cantera y discurrían por el bosque iban a dar al viejo sanatorio. Cassie pensó que aquello era guay: si lográbamos dar con el sanatorio, quién sabe qué más podíamos encontrar allí. Ella estaba segura de que habría un tesoro escondido o abandonado, algo que no éramos capaces ni

de imaginar, hasta que se revelara.

—A lo mejor hay alguien viviendo allí —sugirió levantando las cejas y sonriendo—. Alguien que todos creen que se ha ido para siempre.

—Parece una buena razón para no ir a mirar.

—Floja.

—De eso nada. Además, si hubiera alguien viviendo allí, nos habríamos enterado.

—¿Cómo?

—¿Con lo cerca que está del pueblo? Uno no desaparece así de repente, sin dejar rastro.

—Entonces, podríamos hacer como que vivimos allí nosotras. Aunque sea por esta tarde...

Ya no jugábamos a nada, porque pensábamos que éramos demasiado mayores, pero en el fondo lo echábamos de menos. Un lugar tan grande como aquel sanatorio parecía el escenario perfecto: podríamos desaparecer en el bosque, escondernos en un agujero secreto y entonces no habría ningún problema en comportarnos como si tuviéramos diez años otra vez. Ella sería un soldado de la resistencia de la Segunda Guerra Mundial y yo un inglés que había llegado en paracaídas, en misión secreta. O que las dos éramos supervivientes del Apocalipsis y teníamos que alimentarnos de avellanas y bayas y agua de lluvia.

Los bosques que rodean Royston son fantásticos para este tipo de juegos. Entre los árboles hay muchos claros, hay enormes lajas de roca que parecen tablas, troncos de árbol caídos que hacen las veces de bancos, rocas colgantes que forman oquedades donde se puede acampar y guarecerse de la lluvia, si no es muy fuerte. No son impenetrables, no son bosques como el de Hansel y Gretel, sino de esa clase de bosques en los que la luz del sol se cuele, verdosa y moteada, por entre las hojas y cae sobre el suelo blando y cubierto de agujas de pino, donde brota un manojito de hongos venenosos de esos rojos planos o rizados, apilados, de color crema, bulbos amarillos brillantes diminutos, casi aceitosos y donde los pájaros, invisibles, se llaman unos a otros, posados en las ramas altísimas. A veces se veía un mirlo de alas rojas o un cardenal como un intenso fogonazo o incluso, en la propia cantera, una garceta despistada atusándose las plumas, en precario equilibrio sobre sus patas, extendiendo las alas y arqueando su cuello prehistórico para mirarnos

con sus ojos desnudos y destelleantes.

Aquel primer día en que fuimos a merodear por la cantera vimos una garceta de esas. La llamamos *Nancy*, porque era un nombre que nos resultaba gracioso y, a partir de ahí, cada vez que veíamos otra garceta donde fuese, siempre gritábamos: «¡Eh, *Nancy*! ¡Encantadas de verte!». Para nosotras era una especie de profecía. Una buena señal.

Cassie se quitó las playeras y los calcetines y metió los pies en el agua y yo empecé a dar la lata, a ver si iba a meter la mano escayolada en un charco de los que hay al borde del agua... hasta que me mandó callar. Habíamos pasado mucho calor andando, incluso a la sombra de los árboles, y a mí me daban ganas de desnudarme y tirarme al agua, aunque fuese un momento, sólo para que me bajara un poco la hinchazón de los dedos y de los tobillos. Hay personas que se hinchan con el calor, otras que no. Cassie, era de los que no. Pero yo me había hecho el propósito de no meterme en el agua, así que me senté en aquella roca ardiente y metí sólo los pies hinchados mientras oía el canto de las cigarras, quedándome con ganas de más. Nos había llevado más de una hora llegar desde mi casa hasta allí: volver nos llevaría el mismo tiempo, y no llevábamos más que una botella de agua.

Cuando *Nancy* extendió las alas, plegó las patas y se elevó como un aeroplano salpicando apenas, Cassie echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos.

—Se está bien aquí —dijo.

—Es mejor aún cuando podemos bañarnos.

—Pero es muy profundo, ¿no?

El agua, a pesar de su tonalidad gris verdosa, estaba muy clara. Aun así, no se veía el fondo.

—¿Qué crees que habrá ahí abajo?

—Pues piedra, claro. Es una cantera.

—¿Y fantasmas no? ¿No crees que habrá fantasmas?

Ambas conocíamos la historia de un chico que se había ahogado allí mucho antes de que naciéramos nosotras. Fue en los ochenta. Un montón de chicos fueron a bañarse desnudos una noche, borrachos o puestos de algo o las dos cosas, y este muchacho se tiró de cabeza, se golpeó con una piedra y no salió. Los demás estaban tan revolucionados que no se dieron cuenta de que no iba con ellos hasta el momento de volver a casa. Y la policía no

encontró su cuerpo hasta el día siguiente. En Royston todos conocíamos la historia desde muy pequeños, pero es cierto que nos llegaba como si fuera una leyenda y no un hecho real. No sabíamos su nombre, ni nada más. Por eso había un cartel en el aparcamiento que decía: PROHIBIDO ZAMBULLIRSE.

—¿Fantasmas? —Cassie me miró con los ojos entornados, para protegerse del sol—. No me digas que crees en esas cosas.

—No me digas que tú no crees.

—Pues claro que no creo.

—¿Y lo de tu padre?

Cassie meneó la cabeza y se quedó quieta un momento.

—No es un fantasma. Es un ángel. Eso es totalmente distinto. Y no es una broma estúpida.

Sacó los pies del agua y me dio la espalda; cruzó las piernas y escondió la cabeza como una tortuga.

—No quería... No pretendía... Cass, lo siento, ¿vale?

No se giró enseguida. Cuando lo hizo vi que tenía una expresión rara. Pensé que estaba enfadada conmigo y no me di cuenta, hasta pasado un rato y por la mueca de su boca, de que estaba intentando no llorar.

—Es hora de volver, ¿no te parece? —dijo—. ¿No había prometido tu madre hacernos un poco de queso a la parrilla?

—Y batidos. De chocolate.

El padre de Cassie era una leyenda, igual que el muchacho ahogado. No porque pudiera no ser real, sino porque ella no lo había conocido. O mejor dicho, no lo recordaba. Salvo su cara: decía que tenía recuerdos de él inclinado sobre su cuna, de sus ojos azules, de lo segura que se sentía en sus brazos. Eran recuerdos infantiles, oscurecidos por los bordes como una fotografía vieja, pero indelebles. Fue él quien eligió su nombre, Cassandra, porque le pareció el más bonito. De él había heredado sus huesecillos de pájaro y su facilidad para las matemáticas. Eso le había dicho Bev. Su afición por los aros de cebolla. Y sus orejas de soplillo.

Mi padre está tan presente en mi vida que ni siquiera me fijo en él. No lo miro como es debido. Lo quiero, sí: muchísimo. Pero de alguna manera no

soy consciente de que está ahí. Cuenta chistes muy malos y mi madre y yo nos quejamos. Se enfada cuando dejo mis trastos tirados en el vestíbulo principal, y yo pongo los ojos en blanco, desesperada. Conozco su cara tan bien que no me doy cuenta de cuándo hay algún cambio: el otro día mi madre dijo que se le ha puesto el pelo gris... ¿Cuándo ha sido eso? ¿Cómo no me he dado cuenta? Él dice que para eso sirve la familia: la gente que te quiere ve siempre tu mejor cara, te ve como a ti te gusta que te vean. Con eso dejó claro que si yo no me había dado cuenta, no había sido porque no me hubiera fijado.

Para Cassie, sin embargo, era como si su padre hubiera estado siempre oculto tras una gruesa cortina negra con unos cuantos agujeros diminutos. Cassie tenía que mirar a través de aquellos agujeritos, intentando componer el aspecto que tendría su padre a partir de lo poco que podía ver.

Bev le había contado mil veces la historia de cómo murió. Cuando nació Cassie vivían en una granja a unos cuarenta minutos al noroeste de Boston. Bev, aunque había terminado el curso, no tenía aún el título de enfermera. El padre de Cassie, que se llamaba Clarke —«Clarke Burnes es un buen nombre, ¿verdad?», decía Cassie siempre que salía la conversación, como si fuera una estrella de cine, como Clark Gable o Harrison Ford—, tenía dos trabajos para ganar el dinero necesario hasta que Bev pudiera empezar a trabajar también. Era profesor de biología en el instituto de secundaria de Belmont, Massachusetts (una vez lo buscamos en Google Earth para ver cómo era el edificio), y tres noches por semana trabajaba de camarero en un pub de Brighton que, como Bev explicó a Cassie y Cassie a mí, está en Boston. Cassie sabía incluso qué días trabajaba allí: jueves, viernes y sábados. Un viernes, ya tarde, cuando volvía conduciendo a casa desde Boston, el tiempo se puso muy malo. Era una noche de febrero y Cassie tenía once meses. Un coche se saltó la mediana y chocó contra él. El conductor iba borracho. Bev contaba que ella se había quedado dormida y había despertado a las cuatro de la madrugada: en la cama estaba Cassie, acurrucada a su lado, pero no Clarke. No había llegado y no contestaba al teléfono. Bev no era de esas personas que se preocupan enseguida, así que lo primero que pensó fue que se había quedado en casa de un amigo en Boston, cosa que hacía algunas veces, aunque se enfadó porque era viernes y tenían planes para el día siguiente. Y así se retrasaría todo. Enfadada, se volvió a dormir y volvió a

despertarse alrededor de las siete todavía enfadada. A las siete y media llamó a la policía y se enteró de que Clarke estaba muerto. Desde aquel momento, año tras año, Bev se había sentido culpable por enfadarse (eso le había dicho a mi madre, y mi madre a mí), por no pensar bien de él cuando estaba claro que si hubiera podido, Clarke habría estado en casa. A fin de cuentas, hacia casa iba.

Para Cassie, Clarke Burnes era una especie de ángel. Creía firmemente que cuidaba de ella y la mantenía a salvo. Ella soñaba con que estaban juntos, sueños siempre buenos en los que tostaban nubes de azúcar o montaban en bicicleta, o él la llevaba a la cama por las noches. Ella se había aprendido de memoria su cara, la que recordaba haber visto en la cuna cuando era un bebé. Cuando tenía ocho años le oía hablar —por alguna razón *sabía* que era su voz — y decir que no pisara el lago de Long Pond en enero, cuando estaba helado. Iba andando por el anillo de Audubon con su madre, pero se había adelantado porque deseaba con todas sus fuerzas ir a patinar. Estaba a punto de saltar la valla cuando la voz le dijo: *Quédate aquí conmigo, muñequita. Quédate en la orilla.* Eso había dicho Cassie que le dijo: «muñequita». Sólo con oír aquello ya se había sentido protegida. Su padre estaba con ella, por eso nunca estaba sola. Y aquello era totalmente distinto de la historieta de los fantasmas que ocupaban la cantera.

—Algunas veces —me dijo una vez—, estoy segura de que está vivo. No en mi cabeza, sino de verdad. Ahí. A la vuelta de la esquina, esperándome. En carne y hueso. Y es que, ¿sabes?, lo siento tan cerca... Como si estuviera a mi lado. Seres así no son fantasmas: son ángeles. —Suspiró con tono decidido—. Y son de verdad.

Yo había visto una foto de él. Cassie la guardaba en un sobrecito de plástico, en el cajón de la ropa interior. A mí me resultaba muy extraño que no hubiera fotos tuyas por la casa, fotos de Bev y él juntos, de él con Cassie de bebé en brazos. Pero Cassie me había dicho que el dolor de su madre había sido tan hondo, tan intenso, que durante mucho tiempo no soportaba ver fotos de Clarke y las había escondido todas. No tenían ni siquiera una tumba a la que ir, porque le habían incinerado, y Bev le contó a Cassie que habían ido al mar durante unas vacaciones de invierno a tirar sus cenizas al Atlántico, cuando Cassie todavía no andaba. Bev le había dicho a Cassie que las cenizas se les pegaban a la cara, con el viento, y que seguramente se

habrían tragado alguna. Y dijo también que no les daba asco, que era como un milagro de la naturaleza y que así estaría para siempre dentro de ellas.

Era un milagro que hubiera sobrevivido aquella foto, metida entre las hojas de la Biblia familiar: allí la había encontrado Cassie cuando tenía unos siete años. Cogió la Biblia para construir una pista de carreras para esos cochecitos Matchbox, y la foto que estaba dentro se cayó. Nunca había hablado de eso con su madre, aunque estaba segura de que la habría visto metida en el cajón de la ropa interior porque Cassie no pretendía esconderla.

Lo cierto es que era complicado determinar cuál era exactamente el aspecto de Clarke Burnes: la foto era muy antigua y estaba borrosa; la habían tomado delante de un edificio que parecía un establo un día gris de otoño. El hombre de la foto tenía la cara angulosa y el pelo rubio, con un mechón que le caía sobre un ojo. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón vaquero. Se había movido cuando tiraron la foto, así que no se distinguía si tenía los ojos azules, aunque Bev le había dicho a Cassie que así era. La expresión era indescriptible: parecía estar a punto de hacer algo, no haciéndolo en ese momento. Llevaba puesta una camiseta con el símbolo de la paz y, encima, una camisa de franela a cuadros rojos y negros. La camisa siempre me pareció el elemento más definido de aquella fotografía, lo único que resultaba absolutamente reconocible. Y era extraño, porque tenía la misma pinta que todas las camisas de cuadros de franela que hay por ahí, y habrá un millón. En el diminuto Royston se veían docenas de ellas cualquier día de otoño. Nunca se lo dije a Cassie, ¿para qué? No era lo que necesitaba oír. Así que cuando mirábamos juntas la foto nos limitábamos a buscar los rasgos que ella había heredado, los pedazos borrosos que llevaba en cada parte de su cuerpo.

Y sabiendo todo esto, y lo que sentía por él, yo no tendría que haber sacado el tema como lo había hecho, como si no supiera perfectamente lo que significaba para ella. Cassie no volvió a mencionarlo, pero aquel fue uno de esos acontecimientos que son, a un tiempo, enormes e insignificantes.

Regresamos a casa en busca del queso fundido y los batidos de chocolate. Luego llenamos un barreño de agua y nos hicimos la pedicura una a la otra hasta que llegó Bev a recoger a Cassie. Yo le pinté las uñas con la Union Jack (había visto un vídeo en YouTube donde explicaban cómo hacerlo) y no quedaron mal. Salvo los dedos meñiques, porque las uñas son demasiado pequeñas.

Ella no podía hacerme nada parecido, con la mano así; de modo que me pintó las uñas de azul oscuro y luego me pegó unas estrellitas plateadas. Me quedaron los pies que parecían el cielo de la noche.

Al día siguiente volvimos a la cantera. Nos llevamos unos bocadillos para poder quedarnos más tiempo, quizás el día entero. Mi madre, que estaba escribiendo un artículo, no nos hizo mucho caso, pero le dije que íbamos a dar una vuelta por el bosque y que seguramente tardaríamos en regresar.

—No os acerquéis a la autopista —dijo, cosa absurda, porque la cantera estaba en la otra punta del pueblo—. Y llévate el móvil por si tienes que llamarme.

—Cierto.

—Sabe que puede fiarse de nosotras, señora Robinson —dijo Cassie.

No nos paramos en la tienda de Bell, no nos paramos en el Rite Aid y, cuando pasamos por el instituto, Cassie le sacó el dedo a Beckett aunque estaba demasiado lejos para verlo.

—Por si acaso —dijo.

—Ya. Como espantar a los vampiros con ajos —dije yo.

Cogimos el camino que va hacia el bosque y subimos por el sendero de la cantera como si camináramos en sueños. El sudor empezó a correrme por la espalda, entre la piel y la mochila recalentada, y se duplicó el tamaño de mis dedos, de rayas rojas y blancas. Pero la sombra y las hojas que movía el viento hacían soportable el calor, y la luz, que llegaba en oleadas, lanzaba motas de sol vacilantes sobre parches inesperados de cortezas de árbol o montones de hojas. La vegetación, que olía a verde y a marrón al mismo tiempo, nos llenaba las pituitarias. El bosque parecía estar en calma total y no estar en absoluto en calma, las dos cosas a la vez: había cosas que saltaban, o se sacudían, o golpeaban; pájaros que gorjeaban o ululaban y una brisa que hablaba a través de las hojas. Nos detuvimos a escuchar y Cassie señaló un coche que pasaba por la carretera, a nuestras espaldas, y que sonaba como una ola enorme que rompe contra la orilla.

Al acercarnos a la cantera oímos voces y chapoteos. Pero no los chapoteos de un grupo de chicos divirtiéndose, tirándose a bomba, sino un chapoteo tranquilo y suave, y voces de adultos. Eran el viejo Kirschbaum y su mujer, según vimos cuando nos acercamos al borde del agua. Eran de

Austria o yo qué sé dónde, muy correctos siempre, y nos daban un poco de miedo. El hombre llevaba una barbita apuntada y fumaba en pipa, aunque aquel día no la tenía, y vestía con americana hasta en verano. Así que fue toda una sorpresa verle en bañador, con sus pechos de viejo colgando como bolsas y salpicados de pelos blancos. Su esposa, Adele Kirschbaum, que era muy elegante y daba clases de piano a críos con talento como May Hwang, llevaba un bañador negro de una pieza y un gorro color mostaza pasado de moda, sujeto con una tira. Cuando llegamos estaba nadando de un lado a otro a braza, estilo señora, con mucho cuidado de no acercar la cabeza al agua. Como dijo Cassie después: «Entonces, ¿para qué lleva ese gorro endemoniado? ¿Quiere darnos una lección de moda?».

Cassie y yo nos quedamos escondidas detrás de los árboles. Yo empecé a susurrarle algo, pero ella se llevó un dedo a los labios. Las dos sabíamos que el señor Kirschbaum era un pelmazo con las normas... Claro, era mayor y, sobre todo, austríaco, lo más importante. Y seguro que sabía que nosotras no éramos socias de la cantera. Mi madre había escrito un artículo un par de años antes criticando que fuera necesario ser socio de un lugar como aquel, que a ella le parecía que debía de ser público porque era un espacio natural. Así que cualquiera que me conociera (y los Kirschbaum me conocían, sin duda, porque eran pacientes de mi padre) sabría que los Robinson no éramos socios. Y Cassie... bueno, ella no era de esa clase. Lo sabrían en cuanto la vieran. Una de esas cosas que éramos demasiado jóvenes para saber, pero las sabíamos de todos modos.

Nos quedamos petrificadas unos minutos, hasta que Cassie me dio un golpecito en el brazo y comenzó a apartarse de allí con gestos exagerados.

—Vamos a ir rodeando —vocalizó, sin emitir sonido alguno—. Rodeando, hasta el sanatorio.

Lo único que oí, al principio, fue «rodeando». Estaba intentando, a un tiempo, mirarla a ella, que estaba detrás de mí, y a los Kirschbaum, que tenía delante y que podían oír nuestros pasos, o las risitas que intentábamos sofocar. Pero como dijo Cassie después, «¿Es que no te dabas cuenta, sólo con mirarle, de que está sordo? Y ella llevaba los oídos tapados con el gorro, seguramente para no tener que oírle a él. Porque sólo con mirarle, también, se da uno cuenta de que es un gili... eso».

Era una maldad, pero me reí de todos modos. La risa era lo mejor de

muchas de las cosas que hacíamos juntas. Cassie hacía que casi todo resultara gracioso, como sus pasos de gigante, de puntillas, en dirección a la carretera, su cara de idiota, mirando fijamente y cogiéndose los brazos como si fuera un canguro, con la mano escayolada que parecía una masa informe blanca y brillante en medio de los colores apagados del bosque.

—Ten cuidado —dijo en voz baja cuando nos hubimos alejado lo suficiente—. Por lo que me han dicho, puede que sea cazador. Imagínate que mi patita le parece la cola de un ciervo y nos dispara.

—Podría ser —respondí—. O tu pelo, que es igual de blanco.

No podía evitar llamar la atención. Era incapaz de fundirse con el entorno.

—Pero seguro que no —añadí—. Lo más probable es que se chive a Rudy para que nos coma su perro a la hora de cenar.

—A mí ya me comió un perro a la hora de almorzar —respondió Cassie—. No quiero servir de cena a otro.

Nos quedamos quietas un momento para poder distinguir los sonidos apagados de la charla de los Kirschbaum, que seguían en el agua. Pero entre ellos no hablaban en inglés: eso se notaba aunque no se identificaran las palabras.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

La mochila en la que llevaba nuestro almuerzo se me estaba pegando a la camiseta.

—Pues está claro, ¿no? Picnic en el sanatorio.

—¿El sanatorio?

—Huh.

—Pero es que estoy asada de calor.

—Todo sucede por algo. Mi madre siempre lo dice. Primero el sanatorio, y luego el bañito. No van a quedarse ahí toda la tarde. ¿Tú crees que la dama toma el sol?

—Pero si no sabemos dónde está el sanatorio. No sé ni siquiera si es buena idea.

—Bobadas, Juju. Eso son bobadas. Gatita asustadiza, Robinsona escurridiza que se pierde la diversión porque tiene miedito.

—Nada de eso.

—¿Tienes miedo de los fantasmas, verdad? ¡Boooo! —Puso cara de asustarme—. ¿Estás dispuesta, miedica, o necesitas irte a casa?

—Soy cualquier cosa menos miedica. Vamos.

No había ningún indicador. Como yo insistí mucho seguimos los senderos en lugar de meternos por entre los árboles. El sendero punteado de rojo resultó ser un anillo que nos llevó otra vez a la cantera, al otro lado del aparcamiento, veinte minutos después de que saliéramos de allí. El Prius granate de los Kirschbaum seguía aparcado entre dos arces noruegos. Seguimos el sendero marcado con triángulos azules durante un rato, hasta que Cassie protestó.

—Este sube una colina. Piensa un momento: si volvemos a la carretera principal y seguimos hasta el cruce que baja al sanatorio, no hay ninguna colina en medio. Así que por aquí no vamos bien.

Yo estaba cansada y me estaba entrando hambre. La mochila me pesaba.

—No sabemos qué estamos buscando —dije—. Tal vez tenemos que preguntar a uno de los chicos mayores y volver otro día.

—Ah, ¿y tú sabes quién ha estado allí de verdad? No digo quién va chuleando de haber estado. Digo alguien que haya estado de verdad.

Meneé la cabeza. Lo cierto es que era una leyenda, como la del muchacho ahogado de la cantera. Si uno pasaba en coche, por la carretera, por donde estaba el asilo, no se veía más que una larga tira de piedra, un muro, y una verja cerrada con candado que decía: NO PASAR. Lo que se veía desde la puerta de la verja era un camino de acceso descuidado y lleno de ramas y de gravilla de la que brotaban matojos de flores de zanahoria y vara de oro que nos llegaban a la cintura. No me habría sorprendido si me dijeran que nadie, ni una sola persona conocida nuestra, había visto jamás el edificio. Era ese tipo de cosas que uno deseaba haber vivido, pero sin haber tenido que pasar por ello.

—Sólo queda el sendero verde —dijo Cassie—. Yo voto por que volvamos al aparcamiento, cojamos el camino marcado de verde, y ya veremos.

—Yo voto por comer.

—Como si no fuéramos a comer. No te voy a dejar sin comer, sólo voy a hacer que te lo ganes con esfuerzo.

Cassie podía mostrar afecto y desprecio al mismo tiempo, y yo siempre

tenía la impresión de que, si no tenía cuidado, ganaría el desprecio. Así que volvimos al aparcamiento y cogimos el camino marcado con verde. El Prius seguía allí.

El sendero verde era más lioso que los otros dos, y estaba en peores condiciones: tenía menos uniformidad en las rocas, más diversidad de vegetación y estaba mucho más embarrado. No tardamos en llegar a un riachuelo, que bordeamos. No era especialmente caudaloso y hacía un gorgoteo muy agradable. Era una cinta de agua clara en una pequeña hondonada, que pasaba por encima de un montón de detritos y bordeaba alegremente otros tantos. Era como si pudiera cambiar de tamaño según la estación, igual que cambiaba de talla la señora Buono, nuestra profesora de estudios sociales. Se lo dije a Cassie y ella respondió:

—Es verdad. Ahora estamos en agosto, así que tanto el arroyo como la señora B están en temporada de bikini: exiguos.

Al oírlo, Cassie se echó a reír. La verdad es que la palabra «exiguo» resulta, por sí misma, muy graciosa si la repites varias veces. Pero no pudo evitar añadir un comentario:

—Da igual en qué temporada estemos. El pandero de Buono siempre es grande.

Estábamos riéndonos de la señorita B cuando Cassie señaló un tronco que cruzaba el arroyo y en el que alguien había apilado tres piedras grandes y planas.

—¿Qué es eso?

—No es el sendero. La siguiente marca verde está en aquel árbol de allí.

—No será el sendero, pero es un sendero.

Si mirabas al otro lado del arroyo se podían ver trazas de un camino que pasaba entre los árboles. No estaba marcado, pero el suelo estaba desgastado por más de un par de botas. Parecía que hacía mucho tiempo que nadie lo pisaba, y daba la impresión de que aquello emocionaba aún más a Cassie.

—Estoy segura de que es ese —dijo.

El bosque estaba en calma.

—¿Quién crees que habrá puesto las piedras?

—¿Y qué importa eso? —respondió Cassie—. Llevarán ahí siglos. Mira,

hay musgo.

La pila de piedras estaba salpicada de un musgo casi luminoso que hacía un dibujo como de estrella.

—De acuerdo. Vamos.

Puse un pie en el tronco, que reblandecido y desgastado como estaba por la humedad, cedió un poco bajo mi peso. Pero no se rompió.

—¿En serio?

Los ojos de Cassie refulgían. Empecé a pensar que lo que esperaba era que yo hubiera dicho que no. Me había provocado, se había metido conmigo y me había hecho sentir como una miedica, pero también confiaba en que yo no la pondría en peligro.

—En serio —dije.

Tal como estaba, el sendero parecía ir y venir. La vegetación que colgaba sobre nuestras cabezas se volvió más densa, el sol se oscureció, como si nos estuviéramos adentrando en el bosque. Intenté dibujar mentalmente un mapa: giramos a la derecha, donde había un tocón enorme de árbol podrido, y luego giramos a la izquierda donde los dos troncos de arce entrelazados. Teníamos el agua a la espalda, a la izquierda, y el sonido se acercaba primero y se alejaba después, hasta que volvía a aparecer. Yo sabía que tenía que invertir la posición de todas esas señales a la vuelta (girar a la izquierda donde el tocón podrido) y me preocupaba mucho confundirme. Incluso arranqué algunas hojas de la libreta que llevaba en la mochila y las clavé en las ramas que íbamos encontrando al borde del camino. ¿Destacarían entre aquel verdor difuso como el guante blanco de escayola de Cassie?

El edificio, en condiciones lamentables, parecía enorme. Coronamos la loma y salimos a la luz. Al principio no vimos nada al otro lado, sólo más cielo. A unos cien metros, bajando la cuesta, se terminaron los árboles y surgió ante nosotras lo que había sido una enorme pradera, ahora campo abierto, con la hierba muy alta meciéndose al sol y los grillos aserrando desesperados por todas partes. Dispersas entre la hierba había flores silvestres: destellos de rosa, púrpura y naranja entre las olas blancas que formaba el césped: equináceas, cosmos, caléndula, coreopsis. Y el aire, que hasta el momento había sido húmedo por los árboles, se volvió seco y olía seco, ese olor a prevención de incendios de final de verano. La larga tira de

hierba, interrumpida aquí y allá por algún retoño, terminaba en unos escalones que llevaban hasta un patio de piedra. Habíamos llegado por la parte trasera. En lugar del camino circular, el pórtico y las cocheras, teníamos ante nosotras varias filas de ventanas cegadas que parecían ojos en aquella fachada de ladrillo en forma de U, con tres plantas. El edificio parecía un monstruo casi humano. En el piso bajo, en las dos alas laterales, se veían unas puertas de metal pintadas de marrón, pero en medio de la U —en la hondonada de la letra, por así decirlo—, se abrían unas ventanas francesas que daban a una terraza y allí, durante un instante, se podía uno imaginar lo que aquel edificio había sido originalmente: la residencia de algún hombre rico. Las puertas francesas abiertas, las cortinas movidas por la brisa, unas cuantas mesas en la terraza, a la sombra de enormes parasoles, y una fiesta en el jardín, con hombres y mujeres elegantes yendo de un lado a otro, con sus tacitas de porcelana para el té o fumando un cigarrillo. Y luego te fijabas en la pesada cadena con candados que rodeaba los barrotes del sanatorio, oxidados pero posteriores a la desintegración generalizada que aquello transmitía al principio. En una de las paredes habían hecho unas pintadas torpes en azul. Nos pareció que ponía: ADELANTE, CAVALIERS (el equipo de hockey sobre hielo del instituto de enseñanza superior) e HIJOS DE LA GRAN PUTA.

—Hora de comer —dije yo.

Cuando llegamos al patio, lleno de hojas y de trozos de cristal, de tiras de tejas, de latas de cerveza aplastadas y de colillas de cigarro, me pegué un testarazo con el escalón de arriba. Tenía la casa a mi espalda y el bosque verde y frondoso por el que acabábamos de llegar ante mí. Abrí la mochila sobre el saliente de piedra mugriento. Extendí el paño de cocina limpio de mi madre y puse encima todo lo que habíamos llevado: bastones de zanahoria y pepino, huevos duros con su sobrecito de sal, de esos que ponen en las cafeterías, los sándwiches envueltos... Y la cantimplora de limonada y la de té helado con los cubitos de hielo derretidos hacía rato, después de la caminata.

Mientras comíamos Cassie empezó a cotillear por la terraza, a espiar por las ventanas con el sándwich agarrado con las dos manos, como ella hacía. Aunque el gesto resultara entonces más cómico porque una de esas manos era una garra vendada.

¿Qué sabíamos del sanatorio? No mucho. Lo había construido a principios del siglo pasado un comerciante textil llamado Ebenezer Otis para alojar su colección de arte oriental. Tenía la fábrica en Lowell y su residencia habitual en Commonwealth Avenue, en Boston. Aquella, a las afueras de Royston, era su casa de campo. Perdió su fortuna en el crack del 29 y tuvo que vender la casa y las obras de arte. El museo Peabody de Essex adquirió algunos jarrones gigantescos, dragones de marfil y arcones lacados, algunos de los cuales tiene expuestos.

La propiedad acabó en manos del estado, que la compró a precio de ganga —¿dónde vivirían hoy los descendientes de Otis? ¿En alguna urbanización a las afueras de Gloucester?— y que, tras quedarse vacía unos cuantos años de vacas flacas, terminó convertida en un sanatorio mental para mujeres, el Bonnybrook. Supongo que se llamaría así por el arroyo.⁴ Tenía plazas para alojar a cuarenta y cinco mujeres aquejadas de una amplia gama de dolencias: depresión, paranoias, esquizofrenia, adicciones. Según los registros oficiales, muchas de ellas mejoraron y pudieron regresar a su vida normal.

Pasó el tiempo, los puntos de vista cambiaron y, con ellos, las leyes y la financiación. A finales de los ochenta se vio como algo insalvable y en 1993 lo cerraron de nuevo y el Bonnybrook quedó en el olvido. Parte del mismo terreno que la cantera, se vendió a un consorcio que no consiguió ponerse de acuerdo respecto a su destino: no sabían si convertirlo en un bloque de apartamentos o restaurarlo y convertirlo en un hotel. Corría el rumor de que había tenido lugar un proceso judicial largo y tedioso y al final lo tabicaron y se quedó vacío. Y así llevaba en el mundo más tiempo que yo.

Supongo que el edificio encerraba en su interior toda la tristeza de las mujeres que habían quedado atrapadas allí, adolescentes anoréxicas y madres primerizas que oían voces y mujeres ancianas que buscaban reparar sus pasados, hechos añicos por la tragedia. Yo no lograba verlas... no había una masa visible de fantasmas asomados a las ventanas ojerosas, pero no podía evitar la sensación de que aquellas mujeres habían marcado el territorio de algún modo.

Sin embargo, Cassie no tenía aquella sensación: más bien al contrario. Era inasequible al desaliento. Yo caminaba tras ella, que bordeaba el

perímetro del edificio, subía a una escalera de incendios desvencijada y movía, sin resultados, las ventanas, piso tras piso, como si quisiera sacarlas de sus marcos.

Cuando llegamos a la fachada principal de la casa, con su amplio acceso circular tanto tiempo descuidado y los establos medio derruidos en uno de los lados, Cassie contó los vanos: seis ventanas francesas en el piso bajo y tres puertas, que pudieran verse. Nos asignó la mitad a cada una. Yo oí tintinear un cristal al romperse cuando empecé a manipular, con cierta desgana, un pomo cerrado con llave. Miré a Cassie y la vi extrañamente curvada, con la oreja pegada al cristal de una ventana y la mano vendada apoyada en el marco. Había metido el brazo bueno por el agujero que dejó el cristal roto, como si estuviera ayudando a parir a una vaca.

—¿Es que te has vuelto loca?

No volvió la cabeza. Sacaba la lengua por entre los labios, firmemente apretados, como hacía cuando se concentraba en clase de matemáticas. Pero se tomó su tiempo antes de responder:

—Esto va a funcionar, Juju. Verás cómo lo consigo. —Y después de un minuto intentándolo—: He quitado de un golpe los trocitos que se habían quedado pegados al borde.

—Eso díselo al juez.

—Dios, ¿pero a ti qué coño te pasa?

Volvió a sacar la lengua, a retorcerse, a manipular. Volvió a detenerse.

—¿Es que no te das cuenta de que esto podría ser nuestro? Nuestro propio mundo, un mundo real que hemos encontrado nosotras, que lo hemos construido y que vamos a conservar. Nuestro secreto. ¿Es que no te das cuenta?

Cuando lo dijo así yo lo entendí de pronto. La mansión parecía distinta. Ya no era una casa del dolor, ni un escondite para los jugadores borrachos del equipo de hockey del instituto, ni un posible albergue para los que se escaparan del penal que había en la autovía. Entonces lo vi claro: Bonnybrook era un lugar mágico que podíamos inventar nosotras dos, tenerlo como propio, como habíamos imaginado antes de verlo. Un escenario para nuestras aventuras. Era como ver el sol y los grillos como un regalo, igual que las flores silvestres de colores vivos, y no una amenaza siniestra. Como si tuviéramos el poder, Cassie y yo, con doce años, de convertir aquello en lo

que siempre habíamos querido que fuera.

Entonces yo dije:

—Déjame intentarlo a mí. Tengo el brazo más largo.

Nos miramos la una a la otra, casi sonriendo pero sin sonreír, una especie de mirada de Mona Lisa. Sacó del agujero el brazo bueno con cuidado de no engancharse en los trozos de cristal que sobresalían. Se estiró y se apartó de la ventana, pisando los pedazos de cristal roto sobre la gravilla.

Ocupé el puesto de Cassie y me plegué como una especie de origami, con la mejilla aplastada contra un cristal que no estaba roto y el cuello estirado junto al marco de la ventana. Tenía el brazo izquierdo —que era con el que escribía y que siempre consideré, con un leve sentimiento de culpa, mi brazo bueno— en el interior, retorciéndose y rebuscando.

Dentro de la casa el aire era más fresco y eso se sentía en la piel. Toqué el cerrojo, pero no conseguía llegar bien y agarrarlo para desplazarlo hacia un lado.

Cassie se echó a reír.

—¿Qué?

—¿Esa cara tenía yo?

Puso cara de loca.

—Está muy duro.

—No hace falta que lo digas.

Volvió a reírse, tan ligera con sus huesos de pájaro, como el viento en la hierba.

—No vamos a poder.

Cuando me aparté de la ventana había dejado en el cristal una película de sudor.

—Sí que vamos a poder —dijo Cassie—. Vamos a entrar.

Miré por la ventana. Estábamos en el exterior de una sala común muy amplia, con molduras de adorno en el techo y un friso en la pared que nos llegaba a la cintura. La escayola se estaba desprendiendo y en algunas zonas había salido moho que formaba unas flores gigantes, como si estuvieran pintadas, por todas las paredes. Había una docena de sillas plegables apiladas contra la pared del fondo, y unos botes de pintura viejos y medio oxidados arrimados a una puerta batiente. En la oscuridad se veía el polvo flotando en

el aire y el suelo, que en otros tiempos había sido un parquet decorativo como ese que ponen en los salones de baile, estaba lleno de basura, de trozos de escayola desprendida y de botellas de plástico y recubierto por una capa de algo que parecía barro seco. Del techo colgaban dos lámparas hechas con ruedas de carro, feas y toscas, que seguramente habrían comprado por poco dinero para sustituir a lo que hubiera originalmente en la casa. Junto a las sillas, en la pared del fondo, había una larga barra de bufet. Estábamos en el comedor.

Agucé la vista para mirar por la ventana. Casi podía ver la sala institucional con sus pilas de bandejas húmedas, imitando madera y a las muchachas indolentes, con el pelo en guedejas y apenas mayores que yo, haciendo cola ante los contenedores humeantes de alubias estofadas y plastas de brécol, una versión horrible de los campamentos de verano en la que no te daban un paquete de bienvenida y nadie venía a recogerte para llevarte a casa.

Veía también el suelo de parquet reluciente bajo las arañas de cristal que alguna vez colgaron de aquellas molduras tocadas por el sol, los apliques de la pared lanzando sus destellos por todas las paredes y, de nuevo, aquella luz difusa e inconstante iluminando los rostros de chicas —y chicos— no mucho mayores que yo, pero en otra vida diferente a la mía y marcada por fruslerías cubiertas de brillantina y vestidos de terciopelo; los muchachos con esmoquin y una banda de jazz tocando en el rincón más remoto de la sala, porque podría jurar que había un estrado que habían instalado allí justo para eso. Y en lugar de una barra de bufet revestida con paneles de plástico con las lámparas de infrarrojos, unas mesas largas con manteles y con enormes cuencos de ponche y pirámides de *petit-fours* y fresas bañadas en chocolate. Y detrás de todo aquello, hombres y mujeres jóvenes con su uniforme oscuro de servicio, atentos a todos los caprichos de aquella juventud de la Orilla Norte.

No era más que una gran sala abandonada, casi vacía. Pero igual que Cassie, ahora estaba segura de que íbamos a entrar. Le sugerí que rompiéramos el cristal de encima del que ya estaba roto: así podría agarrar con firmeza el cerrojo de la ventana para abrirlo.

Sabíamos que estábamos cruzando una línea. Y esto era una transgresión mayor que probar un porro con Devon Macintyre en el cementerio en la fiesta de fin de curso de Luna, allá por junio. O que Cassie distrajera un billete de

veinte de la cartera de su madre para comprar una bolsa gigante de Skittles y una botella de cola de dos litros en el multicine, cuando Bev nos había prohibido expresamente hacerlo. Esto era quebrantar la ley, porque el cartel que había en la puerta de acceso, en la carretera, decía: NO PASAR: LOS INTRUSOS SERÁN PERSEGUIDOS, y nosotras ya estábamos a punto de entrar, y no sólo eso: de romper la puerta para ello. Pero sentíamos que teníamos que hacerlo, como si en el fondo no tuviéramos otra opción.

Mandé a Cassie que se mantuviera alejada mientras yo abría la ventana porque no quería que saltaran los cristales y la golpearan, y no quería que se le clavara algún trozo en el vendaje. Se quedó allí quieta, con esa mirada suya como de otro mundo, la misma que había puesto cuando cruzamos el campo. Una mirada como de predestinación, por así decirlo.

Cuando entramos por la ventana que habíamos logrado abrir Cassie lanzó un grito, un grito como de prueba, que subía de tono hacia el final y que retumbó en la habitación vacía. Luego empezó a dar vueltas en círculo con los brazos extendidos, dejando marcas en forma de espiral en el suelo polvoriento, sin dejar de gritar. Yo empecé a quejarme porque me había hecho un corte en el codo con un trozo de cristal: no era profundo, pero me apreté para que saliera un hilillo de sangre y me lo limpié con el dedo y luego lo chupé. Mi madre siempre decía que si no tienes a mano un desinfectante hay que hacer sangrar los cortes un poco, para que la sangre al salir arrastre los gérmenes y limpie la herida. Y eso fue lo que hice.

Empujamos la puerta batiente para cotillear las cocinas: dos habitaciones rectangulares enormes, de lado a lado, con suelo de damero blanco y negro como el de mi casa, pero aquí había varios metros de suelo como en *Alicia en el País de las Maravillas*. Y filas de mostradores de acero inoxidable con mugre de años. Cassie probó a abrir el grifo de uno de los fregaderos industriales, pero de allí no salió nada. Y menos mal, porque el agua habría arrastrado una complicada tela de araña que lo cubría entero. Abrimos las puertas de algunos armarios, que no eran de metal sino de madera pintada — pintada en otros tiempos— y, si las dejábamos abiertas, las puertas se balanceaban en las bisagras como si estuvieran borrachas. No encontramos nada excepcional, salvo un mazo de pinceles tiesos y una botella de plástico de Coca-Cola de cuatro litros, vacía.

—Aquí ha habido gente —dijo Cassie señalando unas marcas redondas pegajosas que había en uno de los mostradores—. Antes que nosotras, quiero decir.

—Pero no han estado mucho tiempo.

—¿Crees que la Coca-Cola es de cuando desmantelaron todo esto, hace veinte años? ¿O más bien del año pasado cuando, digamos, DeLouis Runyon se escondió aquí?

DeLouis Runyon era un alumno del instituto de enseñanza superior de Worcester, famoso porque había apaleado a su profesor de matemáticas, que era también su entrenador de hockey, y se escapó antes de que le cogieran los polis. Estuvo desaparecido durante diecisiete horas y luego apareció. Nadie supo exactamente dónde había estado, o al menos nadie lo dijo. Pero no se escondió en el Bonnybrook, porque está demasiado lejos de Worcester. Lo más probable es que se quedara en el garaje de su novia.

—¿El año pasado? Lo dudo. Pero quizás veinte años tampoco, es mucho tiempo. ¿Recuerdas las cadenas que hay en las puertas de atrás? Son más nuevas. Quizás tuvieran un problema con la gente que no dejaba de venir, ya me entiendes, durante cinco años, o diez, y entonces pusieron las cadenas.

Empezamos a pensar las dos en el increíble número de días que aquel edificio había estado cerrado y cómo cualquiera de esos días —muchos más de los que cualquiera de nosotras llevaba en el mundo, aunque no tantos como la suma de los días de la vida de ambas— podría haber sucedido cualquier cosa en aquella casa. Y lo más extraño de todo era que la mayoría de aquellos días, seguramente casi todos, no había ocurrido nada. Claro que habrían entrado antes chicos y chicas como nosotras, y habrían estado bebiendo en el patio. Y quizás en más de una ocasión a algún loco le había dado por quedarse allí a pasar la noche. Tal vez media docena de noches. Imaginemos que alguien pudiera haber pasado en Bonnybrook un mes: eso dejaría aún diecisiete años y once meses, bastante más de seis mil días con sus noches de silencio absoluto, en un edificio que una vez fue humano y ahora estaba deshabitado, entregado a las arañas, a las ardillas y a los zorzales y tal vez, en alguna ocasión, a un zorro. Sobrecogía, de la misma forma que lo hace el cielo de la noche cuando te tumbas boca arriba en la hierba a mirarlo, con todos esos puntos de luz diminutos, e imaginas las distancias inimaginables entre la Tierra y las estrellas, la cantidad de tiempo que le

llevaría incluso a la luz llegar a nuestros ojos... y que la estrella que ha emitido esa luz puede haber desaparecido ya, en el momento presente.

—Yo voto por que veamos primero lo de arriba —dijo Cassie.

En el vestíbulo principal, frente a la escalera, miramos hacia arriba para contemplar la vidriera enorme: lirios en un jarrón con tracería carmesí. Sólo se habían caído unos cuantos cristales, y los pedazos, de color intenso, estaban desperdigados por el suelo. Alguien había levantado algunos tableros del suelo y lo había dejado lleno de baches. Sin embargo, el poste donde arrancaba la barandilla les había resultado demasiado recio a los ladrones: el pináculo tallado que lo remataba era del tamaño de mi cabeza, una bola magnífica con dibujos de flores y hojas de vid que en otro tiempo debió estar bien pulida. Las hojas de vid recorrían toda la barandilla y el pasamanos.

—¿Es que no ves a esas grandes damas bajando por ella, con sus vestidos de noche? —me susurró Cassie al oído.

—Ya lo creo que las veo. —Era cierto que las veía—. Y justo tras ellas, ¿ves esas dos chaladas con sus delantales azules, el pelo de cualquier manera y los ojos desencajados? —Solté una carcajada que resonó en toda la escalera, y que era la risa maligna de una loca—. Ese ruido lo hacen ellas. Es un ruido muy fuerte, ¿no lo oyes?

—No hagas eso.

Cassie me apretó el brazo y las dos miramos hacia arriba. Vimos las partículas de polvo que flotaban en un haz de luz del sol que entraba hasta el rellano. Podíamos sentir su presencia allí, junto a nosotras. Yo estaba segura de que ella la sentía igual que yo. Y eran nuestras hermanas.

—No hagas eso —repitió.

Estar en aquella ruina con Cassie me provocaba un sentimiento especial, que no he experimentado en ningún otro sitio. Si alguna vez vuelvo a sentirlo lo reconoceré, como un aroma que hace tiempo que no hueles. Aquella tarde, y todas las que siguieron, volverán a mí con toda su visceral intensidad. La de Bonnybrook fue a un tiempo la experiencia más improbable y más vívida de nuestra existencia hasta aquel momento y fue también, milagrosamente, como un sueño. Un sueño que Cassie y yo tuvimos también a un tiempo, porque tocábamos, oíamos y sentíamos juntas. El sanatorio estaba ensombrecido por las huellas de su pasado, y sus silencios lo convertían en un lugar apasionante, algo siniestro. Pero vivirlo juntas nos hacía sentir

seguras. Estar dentro del Bonnybrook era como estar dentro de la mente de Cassie y de la mía, como si tuviéramos una sola y pudiéramos recorrerla juntas, inventando historias y haciendo que todo fuera como queríamos.

Tardamos casi media hora, andando a buen paso, en volver al aparcamiento de la cantera, sudando a todo sudar. No se veía a los Kirschbaum por ningún lado, y aún era muy pronto para los que iban a bañarse después del trabajo. La cantera estaba en calma total y las aguas negras de la poza bañadas en las sombras. Yo volví a insistir con lo de bañarme y aunque Cassie no podía meterse, porque el agua no hacía ningún bien a su mano enguantada, aceptó a regañadientes que me bañase yo —sólo un minuto— y esperarme.

Me quedé en bragas y sujetador —era uno que me gustaba mucho, con un estampado de leopardo en marrón y verde flúor y un remate de encaje también flúor— y me lancé al agua desde las rocas, sin probarla siquiera metiendo primero el dedo. La suave frialdad del agua me inundó el cuerpo por sorpresa, como una especie de shock, y las brazadas que di a lo ancho de la poza me provocaron un hormigueo parecido a las chispas de una bengala.

Cassie había metido los pies y tenía la cara levantada al cielo y los ojos cerrados, como si estuviera rezando. Cuando me paré a descansar empecé a chapotear con los pies en el agua frente a la otra orilla y la miré: brillaba diminuta y frágil bajo la luz moteada del crepúsculo.

Después de aquello volvimos al sanatorio todos los días. Preparábamos la comida para llevárnosla, cruzábamos el pueblo, nos adentrábamos en el bosque y tomábamos el sendero verde que pasa sobre el arroyo. Dejábamos a un lado el túmulo de piedras musgosas, subíamos la cuesta y salíamos al campo de flores donde estaba la casona. Lo más difícil fue no decírselo a mi madre. Yo nunca había hecho nada extraordinario que tuviera que mantener en secreto. Cuando Jake Brenner intentó meterme mano mientras bailábamos una lenta en la fiesta de Hester Lee, en sexto, se lo conté. Cuando Andrew Dray llevó hierba a la fiesta hawaiana del grupo de catequesis de Cassie, se lo conté. Le había contado que llevaba un año colgada con Peter Oundle. Y ella siempre sabía lo que tenía que decir, no intentaba sonsacarme, esperaba a que yo quisiera hablar y me dejaba explicar lo que importaba, sin juzgarme.

Para Cassie no fue tan difícil, porque nunca contaba nada a su madre. En Bev Burnes no se podía confiar: era extraña y voluble a pesar de su sonrisa de dentífrico y, aunque siempre parecía muy guay con todo, cuando pasaba el tiempo no lo era tanto: acababa echándose en cara a la pobre Cassie semanas, o meses, después, o se comportaba como si no hubiera dicho lo que había dicho. Cassie había aprendido de la peor manera posible a no confiar en su madre.

Día tras día subíamos por la magnífica escalera y nos aventurábamos, por largos corredores y habitaciones prácticamente idénticas unas a otras de cuyas ventanas, agrietadas y mugrientas, aún colgaban las persianas rasgadas o a cuyas paredes aún estaban pegados los lavabos con una pasta negra reseca, medio torcidos, con los grifos inservibles. Algunas celdas conservaban los bastidores metálicos de las camas, sin colchón desde tiempo inmemorial, las lamas del somier dentadas como llaves rotas, las patas dobladas y roñosas como una obra de arte hecha por un dinosaurio. Nos maravillamos ante los ocasionales estallidos de moho sobre la pared de algún dormitorio, con su intensa coloración: naranja, sandía, lima. Allí la humedad, al filtrarse, había producido nuevas formas de vida. Queríamos hacer fotos porque yo tenía un teléfono móvil nuevo, regalo de cumpleaños, que las hacía muy buenas, pero nos cortamos.

—Nada de pruebas —advertí mientras examinábamos con detenimiento las flores de mildiu en todo su esplendor, al notar que Cassie me agarraba la mochila intentando sacar el móvil—. No podemos dejar ninguna prueba en ningún sitio.

Se detuvo, parpadeó, se dispuso a replicarme y luego asintió.

—Nada de pruebas —susurró solemne y se empezó a reír—. Está claro por qué saca todo sobresalientes mi amiga Juju. Ella siempre piensa antes de actuar.

Si mi madre llegaba a encontrarme fotos del sanatorio en el móvil, nos dejaba en casa varias semanas. Teníamos que hacer esto a la antigua, como había sido durante siglos, antes de llegar nosotras. Nadie tenía que saberlo.

Exploramos lo que había sido el ala de reclusión —empezamos a llamarla «Ala de aislamiento» entre nosotras— y se extendía en la planta superior, sobre el espacio que abajo ocupaba el comedor. Detrás de dos puertas de

metal reforzado que ya no cerraban bien, un pasillo con celdas a ambos lados, cada una con su propia puerta reforzada con una ventana corredera, como en la cárcel. En el interior de cada celda las ventanas miraban a la calle, pequeñas y altas, con barrotes y rejilla de gallinero en los cristales, detrás de los barrotes.

—Aquí es donde metían a las locas de verdad —dijo Cassie.

—Me pregunto cómo de loca tiene que estar una para esto. Qué tipo de locura...

—Y si había gente suficiente de ese tipo como para llenar tanta celda.

Había unas quince celdas de ese tipo en aquel corredor desolado. Añadió:

—¿Y dónde irían después?

Ni idea. Habían pasado veinte años, pero no podían haber muerto todas. Y aunque hubiera sido así, el mundo no se estaba volviendo más cuerdo. Así que cada generación de locas moribundas era reemplazada, constantemente, por otra generación de locas nuevas, una población de lunáticas que se mantenía constante como las mareas. A menos que no fueran las personas las que cambiaran, sino la sociedad misma: los individuos cambiaban las leyes, cerraban los sanatorios mentales y, de repente, los locos ya no estaban locos. Y quizás cuando la sociedad cambió se decidió de algún modo que aquellas mujeres nunca habían estado locas, que se había tratado de un error de categorización.

¿Cómo se sentiría alguien que había estado encerrada en una de aquellas celdas durante semanas, o meses, o años, y descubriera al final que no estaba loca, que nunca lo estuvo, y que de haber sido el mundo un lugar sólo un poco distinto, podría haberse quedado en su casa, en su propia habitación, todo ese tiempo?

Eso significaría que nadie puede estar seguro de nada. Es mejor pensar que los locos están locos y los cuerdos están cuerdos, que hay dos tipos de personas y se pueden colocar a uno en una pared y a otro en la de enfrente, separados, organizados y ordenados. Y sin eso, ¿adónde irían los locos? ¿Adónde habían ido ya? ¿Estaban entre nosotros? ¿Éramos nosotros?

Las cocinas, los almacenes, los comedores, los dormitorios, las salas de reposo, los baños... todas aquellas hileras de cabinas de ducha abiertas, desoladas, con sus azulejos morados llenos de manchas y las alcachofas de

ducha retorcidas como ojos de cíclope; los corredores que reverberaban, los cubículos del personal, en cierto modo más acogedores que el resto incluso después de casi veinte años de decadencia; habitaciones que todavía tenían molduras y frisos; los anaqueles de obra y los revestimientos de la mansión original, los suelos, todavía de madera y no de cerámica... Todos aquellos rincones los recorrimos juntas, gritando a pleno pulmón en ocasiones para ocultar nuestro miedo, otras veces agarrándonos una a otra por el brazo y andando de puntillas, como cuando oímos a una ardilla que andaba por allí buscando comida y pensamos que era una persona, o el fantasma de una persona.

Cassie y yo nos enfrentamos juntas al sanatorio y al terror que nos inspiraba y, al final de la tercera visita lo sentíamos como algo familiar, incluso como algo heredado de nuestra familia, y corríamos por los pasillos escuchando el golpeteo de nuestros pasos y nos reíamos y gritábamos, incluso nos separábamos, íbamos cada una por un lado. Aquella tercera tarde pudimos al fin jugar como habíamos planeado en un principio: ella hizo de la joven señora de la mansión y yo de su pretendiente, ella se escondía arriba y yo tenía que perseguirla, galantemente, recitando poemas: un soltero del pasado, digno de consideración, que venía a buscarla. Entonces aparecía ella, apoyándose en la barandilla con falsa modestia, y yo conseguía con mis zalamerías que bajase al vestíbulo. Otros días yo era una psicópata que había perdido por completo la chaveta y no lograba recordar quién era ni de dónde y que estaba apartada de sí misma en la Habitación 7, en el Ala de Aislamiento donde —de un modo, por cierto, bastante convincente— yo me acurrucaba en el suelo hecha una bola y me balanceaba y gemía tan fuerte que Cassie acababa encontrándome y subía desde el vestíbulo: era una versión elaborada del escondite y, cuando me encontraba, resulta que era mi hermana, que llevábamos muchísimo tiempo separadas, y se sentaba conmigo, me cogía la mano y cantaba nuestras canciones favoritas para hacerme recuperar la conciencia; me recordaba nuestra infancia, nuestra perra, *Sheba*, a nuestros padres, que eran agentes de la CIA muertos trágicamente en la misma misión que casi acaba conmigo, un trauma que me había borrado por completo la memoria y que me había dejado flotando a solas con mi delirio en una balsa junto a la costa de Maine, que fue como llegué hasta Bonnybrook, a sólo unos kilómetros del amado hogar de mi

niñez, al que Cassie iba a restituirme ahora.

Aquel curso habíamos estudiado mitología griega en el instituto, así que conocíamos lo más básico y decidimos inventar una historia también mitológica. Ella era Yocasta y yo Edipo. Yo era Agamenón y ella Clitemnestra. Ella Heracles y yo Deyanira.

Llegó un momento en el que nos sentimos libres, corríamos y gritábamos como si aquel lugar nos perteneciera. Tuvimos suerte de estar en la planta de arriba cuando Rudy llegó con su camioneta una tarde a primera hora, con *Bessie* en la plataforma trasera: llevaba las patas apoyadas en un lateral y el hocico al viento, e iba ladrando. El ladrido nos alertó. Nos pusimos de pie y fuimos a mirar por la ventana, cada una por un lado. Estábamos en la habitación de siempre, la número 7, con su lavabo inútil en el que habíamos metido las flores que cogimos en el campo, mirando hacia abajo. *Bessie* sabía que estábamos allí. Puede que supiera incluso exactamente dónde. Yo hubiera jurado que levantó las orejas, miró hacia donde yo estaba y detuvo un momento el tamborileo enloquecido de su ladrido. Pero Rudy estaba cansado, o tenía galvana —el aire era húmedo y caliente— y, simplemente, cerró la ventanilla para no oír a *Bessie*.

—¡Calla de una puta vez! A nadie le importan tus ardillas.

Además de sus gritos y de los ladridos de *Bessie* oíamos el tum-tum-tum de la música de los ochenta a todo volumen: ¿Bruce Springsteen, quizás? Una de esas cosas que le gustaban a mi padre. Y yo sabía que Rudy estaba en su propio mundo, que no era el mundo real, imaginando tal vez que aún era joven y tenía todos los dientes y en su coche llevaba a una chica a saber dónde —si alguna vez había hecho eso— con la misma música rugiendo por el altavoz. Y como él podía ver a la chica y a sí mismo, joven aún, y oír su juventud en aquella melodía, era imposible que viera la decadencia y los escombros que tenía en la vida real delante de sus narices.

Aun así, mucho después de que se hubiera marchado camino abajo y desaparecido, levantando polvo por la gravilla, seguíamos temblando. *Bessie* seguía chillando a pleno pulmón en la parte trasera de la camioneta. Después de aquello dejamos de gritar y de hacer ruido. Si Rudy podía aparecer así de repente, de la nada... porque nosotras no le habíamos oído... entonces cualquiera podría hacerlo. Poco a poco los fantasmas de los anteriores reclusos y convictos huidos y los elementos más desagradables del equipo de

hockey de los Cavaliers volvían a nuestras cabezas. Y en la hora siguiente Bonnybrook se convirtió de nuevo en un lugar tenebroso, lo que había sido la primera vez que entramos allí. Nuestro juego dejó de entretenernos y, abatidas, metimos las cosas en la bolsa para marcharnos enseguida, murmurando entre nosotras el parte meteorológico, que anunciaba tormentas esa tarde.

Al día siguiente era viernes y llovió mucho. Bev dejó a Cassie haciendo alarde de un follón y un ajeteo mayores que de costumbre.

—Tengo que irme corriendo. Tengo que ir donde Abe Peterson porque hasta que no llegue yo no puede tomar la morfina. La enfermera de noche no se presentó a hacer su turno, así que lleva sin tomarla desde anoche. Y tiene cáncer de huesos. No sé si os lo imagináis...

—Creo que no —replicó mi madre, haciendo entrar a Cassie y salir a Bev.

Luego, durante la cena, comentaría:

—Si tanta prisa tenía, ¿por qué salió del coche? ¿Para meternos un poco de lluvia en el vestíbulo?

Mi padre sonrió mientras cogía con el tenedor un poco de quinoa y unos arándanos.

—A Bev le encanta montar un poco de espectáculo —dijo—. Si no hay audiencia, no se cree que las cosas hayan sucedido.

Aquello sonó muy verosímil, y me hizo preguntarme qué otros trucos pondría en práctica ese tipo de gente. Me hizo preguntarme si no era yo también de ese tipo de gente, porque a mí siempre me había gustado imaginarme que tenía audiencia. Cuando escribía un diario no podía imaginarme que la única que iba a leerlo era yo, pero precisamente la razón de ser de un diario era escribir en él las cosas que no quieres que lea nadie... Quizás, pensaba yo a veces, los demás lectores eran nuestros otros yo: nosotros mismos de mayores, cambiados por el paso del tiempo. Esto me fastidiaba, porque ¿qué era un yo, una persona, si podía cambiarlo el tiempo, por ejemplo, como un edificio abandonado? ¿De qué podríamos fiarnos entonces, aparte de las rocas de la cantera?

Pero cuando llegó Cassie con su pelo casi blanco cayéndole sobre los hombros, con la mano vendada levantada, en la breve distancia que separaba el Honda de la casa me asaltó otra preocupación: si deberíamos hornear un

poco de pan de plátano o mejor unas galletas con pepitas de chocolate, si deberíamos ver una comedia o una película de acción o si, más tarde, tendríamos que ponernos a tejer brazaletes de la amistad o mejor a escribir una obra de teatro.

El lunes siguiente, a primera hora de la mañana, recibimos una llamada de Marj, que —de esa forma tan suya que tenía de hacer que la ternura pareciera algo profesional— nos comunicó que lo había pensado mucho y que sabía lo afectadas que debíamos de estar por todo lo que había pasado; que si queríamos Cassie y yo volver al refugio para echarle una mano con los gatos, lo que quedaba de mes... Sólo los gatos, eso sí. Porque así todos tendríamos una oportunidad de olvidar lo mal que nos sentíamos con aquella triste historia. Había llamado primero a Bev y a Cassie, según supe después, y Bev ya había aceptado. Eso facilitaba las cosas, seguramente era incluso necesario para que mi madre dijera que sí. De modo que, el lunes por la tarde, ese mismo día, estábamos de vuelta con nuestras batas en la sala de los gatos, helada y maloliente, con las manos enguantadas hundidas hasta los codos en camas de gato llena de cacas y hablando embelesadas sobre los que nos llevaríamos a casa, *Xena* y *Electra*.

A partir de entonces, el último tramo del verano corrió como el hilo de un carrete al tirar. Seguíamos queriendo volver a Bonnybrook, al menos una vez más, pero siempre había alguna razón que lo impedía. Quitaron el vendaje de Cassie y la mano le quedó llena de cicatrices, pero volvió a funcionar. Volvimos a la piscina de los Saghafi con su agua azul sintética, como si la poza de la cantera nunca hubiera estado allí ni nos hubiera interesado. Hicimos planes para el otoño, fuimos a hacer las compras de la vuelta al cole y dormimos sanas y salvas en nuestras camas. Y todo siguió su curso.

Unos meses después oímos que habían vendido el sanatorio y que los contratistas que lo habían comprado estaban negociando en el Departamento de Urbanismo de Boston para construir una urbanización en torno a la mansión. Oímos también que los nuevos propietarios habían protegido el perímetro de la parcela y habían levantado una verja con alambre de espino. Incluía el sendero que llegaba hasta allí desde la cantera, atravesando el bosque.

Por todos estos motivos nuestros días de Bonnybrook, nuestro sueño

conjunto, se acabaron convirtiendo en algo que parecía no haber sucedido nunca. Y tras fracasar en nuestro intento no quedó nadie que nos recordara a Cassie y a mí que aquello había sido real.

SEGUNDA PARTE

Mi madre me asegura que es algo que le sucede a todo el mundo, más tarde o más temprano y por razones más o menos claras. Todo el mundo pierde en algún momento a su mejor amigo. Y no en el sentido de «se fue a vivir a Tucson», sino en el de «nos distanciamos».

Yo, que me enorgullecía de ver venir las cosas, no fui capaz ni siquiera de desenmarañar los sucesos. Cassie tenía su versión, aunque a mí nunca me lo dijo. Y cuando mucho después se lo pregunté sin rodeos («¿Qué nos pasó?») fue la fórmula que elegí porque me parecía más neutra que mis sentimientos) se me quedó mirando un rato largo —con una mirada que podría calificar de dolida, aunque fuese yo la que había sido tratada injustamente, la verdad— y meneó levemente la cabeza. Cuando le di la oportunidad de explicarse, aquella mirada fue todo lo que tenía que ofrecer.

Séptimo es un curso difícil para la mayoría. Mis padres decían que era el momento de la vida que ellos no querían volver a vivir, lo cual no ayudaba mucho porque no me quedaba más remedio que vivirlo. Pero séptimo no es igual para todo el mundo. Para Zach Filkins era difícil porque en enseñanza media no tenían una clase de matemáticas lo suficientemente interesante para él, por lo que tuvo que ir a un instituto de enseñanza superior y unirse a los que acababan de empezar el primer curso, que iban más adelantados que él. Por otra parte, Zach no estaba interesado en ir al baile del instituto, así que no se lo pidió a nadie y no tuvo que considerar la posibilidad de que le rechazaran. En cambio Brent O'Connor —un tío majo, pero que en séptimo todavía no levantaba metro y medio— tuvo que soportar la humillación de que le rechazaran tres chicas, una de las cuales fui yo que ya medía un metro setenta: era imposible. Y luego estaba el caso, un poco diferente, de Alicia Homans: fue la cuarta chica a la que se lo pidió. Ella lo sabía, pero aceptó

encantada y con la cabeza bien alta, como si hubiera sido su primera opción.

En ese curso cada uno de nosotros tiene que pasar su propio calvario: están los problemas sociales, los sufrimientos e incomodidades de la pubertad (nunca olvidaré esa mezcla de triunfo y de lástima que sentí cuando vi a Bridget Mulvaney contoneándose por el pasillo, atusándose sus famosos bucles caoba, con una mancha del período tan grande como un plato de postre en aquella falda de zíngara color púrpura), y el peso del mundo entero que cae sobre nosotros en diferentes grados cuando al fin renunciamos a los cielos de la gloria infantil para vivir, para siempre jamás, en nuestro lugar en la tierra.

En séptimo curso Jude Robben hizo honor a su apellido y le detuvieron por robar una cámara de Walmart. A Andrew Dray le cayó una amonestación de su tío —encargado de hacer cumplir la ley— por fumar hierba y dedicarse al trapicheo. Decían los rumores que Stacey Bilic se la había chupado a media docena de tíos en una noche: fue en la fiesta de Tessa Rubin, a finales de mayo de aquel año. El calvario de Stacey fue que a nadie le importó gran cosa si el rumor era cierto o no. No tenía sentido negarlo a pleno pulmón, porque el que aquello fuese verdad o mentira no significaba más que la historia original: en séptimo curso estábamos ya con un pie en el mundo de los adultos, de sus acciones y sus conjeturas.

Era también el mundo de la conciencia adulta, con toda la extrañeza que conlleva. Por ejemplo, la explicación que dio mi madre de nuestra historia, la de Cassie y mía: que nuestros caminos, siempre destinados a separarse, se limitaron en un momento dado a seguir su curso natural. Por ejemplo, se daba por hecho que yo iría a la universidad: porque mis padres asumían que iría, sí, pero también porque yo quería ir, porque era buena estudiante y estaba orgullosa de serlo y no podía imaginar que no seguiría estudiando cuando terminara el instituto. Hasta cuando soñaba de pequeña con ser una estrella del pop me imaginaba yendo a la Universidad de Nueva York o a UCLA entre actuación y actuación.

Pero la madre de Cassie no había ido a la universidad por el placer de aprender. No había estudiado enfermería hasta algún tiempo después, cuando ya tenía veintitantos años, justo antes de nacer Cassie. Había dejado los estudios a los dieciocho y se había puesto a trabajar primero de camarera y después en el departamento de sombreros y guantes de Macy's, por lo que

parece. Y esto siempre me sorprendió porque yo siempre creí que las dependientas de los grandes almacenes eran mujeres arregladas y elegantes.

Cassie no era especialmente buena estudiante. Estudiar no le gustaba lo suficiente como para esforzarse: esto, en séptimo curso, tuvo sus consecuencias. Habíamos salido de la escuela elemental para pasar a la media, que estaba en la Ruta 29, no muy lejos del refugio de los animales. Para los de Royston la enseñanza media duraba sólo dos años, porque en la escuela elemental de Royston podíamos cursar hasta sexto. Pero la mayoría de los alumnos, que venían de los pueblos de alrededor, llevaban un año allí cuando llegamos. El instituto era un edificio de hormigón gris plantado en medio de un enorme aparcamiento entre dos polígonos comerciales y no tenía nada que ver con el de nuestra escuela elemental, una acogedora construcción de estilo victoriano en el centro del pueblo. Sus praderas de césped artificial lucían extrañamente verdes todo el año, pero nosotros estábamos casi siempre metidos en los pasillos sin ventanas, forrados de taquillas, que a la luz de los fluorescentes tenían un aspecto sucio y grasiento. Los alumnos de otros pueblos parecían más corpulentos y de más edad que los que nosotras conocíamos. Y aunque antes de aquello yo había percibido el colegio como una especie de familia disfuncional, pero animada (a la mayoría de los compañeros de clase los conocíamos de toda la vida), ahora me parecía más bien un circuito para desfiles, un teatro donde se representaban obras extrañas. De repente no todos teníamos los mismos horarios, los mismos profesores, las mismas aulas. Estábamos desperdigados y no necesariamente entrábamos o salíamos a la misma hora. A Cassie y a mí nos separó la burocracia.

A mí me pusieron en matemáticas avanzadas y en inglés avanzado, y aunque el instituto no tenía —técnicamente— una clase avanzada de historia, a Cassie y a mí nos pusieron en secciones distintas y, misteriosamente, a ella le tocó con los liantes: Stacey Bilic y Andrew Dray; yo, sin embargo, estaba con May Hwang y Zach Filkins y con Angie Pitts, la hija del señor Pitts, que era profesor del nivel alto de historia en la escuela superior. Cassie y yo sólo estábamos juntas en educación física y en música, en una orquesta en la que ella tocaba la flauta y yo el chelo y ahí, de todos modos, nos sentábamos en extremos opuestos de la sala.

Eso era lo que mi madre decía que había pasado, y puede que tuviera

razón en parte. Pero yo culpé a una chica nueva, una que venía de dos pueblos más allá que se llamaba Delia Vosul y a la que a mí me dio por llamar Bocado Malvado.

Al principio Cassie se rió y las dos nos burlamos de Delia: tenía el pelo de un color rubio anaranjado y lo llevaba peinado con secador; usaba sujetadores *push-up* y un labial con mucho brillo, y por su forma de mirar a los chicos con el rabillo de los ojos almendrados y somnolientos parecía Sofía Vergara protagonizando una serie de televisión que sólo viera ella.

Pero Delia y Cassie iban juntas a historia, matemáticas e inglés, y a principios de octubre ya quedaban para estudiar. Lo que, como dije a mi madre, parecía más bien quedar para ir a Rite Aid. Cassie intentó convencerme de que Delia era un encanto, de verdad, y muy divertida. Que era muy divertida, cuando todo el mundo sabía que aquella chica tenía el mismo sentido del humor que un ladrillo. Entonces resultó que a Delia le gustaba cantar, que también ella quería ser estrella del pop y había ido a las audiciones que estaban haciendo para el musical de primavera. Sin embargo, cuando se puso a cantar la canción de Adele en la cantina con Cassie haciendo muecas de admiración y enseñando el hueco que tenía entre los dientes, la voz le salió floja y rasposa y sin matices, y así era imposible saberlo. También le fue imposible saberlo al señor Montgomery, el profesor de música, que dio a Delia el solo del coro en el que íbamos a cantar en diciembre, en el recital de Navidad. Probablemente no tendría que haber dicho a Cassie que lo único que quería Montgomery era echarse encima de los huesos de Delia, pero lo hice. En los viejos tiempos Cassie me habría dado la razón o, por lo menos, se habría reído. Pero embobada con Delia como estaba se mordió el labio y miró para otro lado.

Así que cuando pregunté a Cassie qué nos poníamos para Halloween no me sorprendió que me respondiera que no iba a ir por las casas jugando al truco o trato: que iba a pasar la noche en casa de Delia viendo películas de terror. Después me enteré de que aquello era más bien una reunión de parejitas y que iban a jugar a verdad o reto y a la botella con los mayores. Aquella era la apuesta de Bocado Malvado, que había puesto todo de su parte para ser la más guay. Y la apuesta de Cassie también, la verdad, aunque siempre se había reído de esas cosas. Me di cuenta de que sólo iban a estar diez: cinco chicas y cinco chicos. Uno de ellos era Peter Oundle, del curso

siguiente al nuestro y con el que Cassie empezó a salir aquella misma noche —a pesar de que sabía que a mí me gustaba desde hacía siglos— y al que dejó tirado antes de Navidad.

No pude evitar pensar que había empezado a salir con Peter Oundle sólo para hacerme daño. Ella siempre había dicho que no podía entender cómo me gustaba. Tal vez la malvada Delia le había dicho que Oundle estaba comestible, y el asunto no tenía nada que ver conmigo. O tal vez se trataba más bien de lo atraído que él se sentía por ella, porque según Cassie (nunca conseguí decidir si creía o no su versión) Peter había confesado que estaba por ella desde que éramos pequeños. Fuesen sus razones las que fuesen para decir que sí cuando él preguntó si podía besarla, a mí me dolió. No discutimos —no podía arriesgarme a ello— pero nuestra actitud a partir de ese momento fue tirante. Habíamos pasado, a través del espejo, a un mundo de amistades de pacotilla en el que Cassie me dedicaba una amplia sonrisa cuando nos veíamos, aunque no muy amplia, la verdad. Era como una parodia de su antigua sonrisa. Yo sonreía también, aunque sentía aquel gesto más bien como si fuese una mueca, y estaba segura de que todos los que nos rodeaban —Cassie la que más— se daban cuenta de la farsa. Pero ella no daba su brazo a torcer: sonreía sin parar y se hacía la mala y yo, que me sentía como una de esas figuritas de la Virgen María con corazón sangrante que se iluminan, me quedaba allí de pie sangrando, desangrándome sin que nadie lo viera, con la fiambarrera en la mano, con May Hwang colgada del brazo y una mueca pintada en la cara.

Estaba muy pillada con Bocado Malvado. Y si yo me hubiera callado la boca y lo hubiera intentado con más fuerza —no me refiero a ser amiga de Delia, sino a permitir, sin adoptar esa actitud crítica, que Cassie y ella fuesen amigas—, ¿habrían sido las cosas de otra forma? No estoy del todo segura, pero puede ser. Lo único cierto era que yo había enseñado las cartas desde el principio. Había puesto a la chica el mote de Bocado Malvado, por amor de Dios. Y aquello no había manera de arreglarlo.

Aquel septiembre también Bev se enamoró. Al principio no me di cuenta. Bev, tan extraña, siempre sonrosada, con su pelo que olía a miel y sus faldas vaporosas, que parecía más inasequible aún al romanticismo que mis propios

padres, tan inmersa en un mundo sin sexualidad como Nino Zeppala, el profesor que dirigía el taller de carpintería, con su chaleco de cuero y su barba *steampunk*... Bev se enamoró de un hombre que iba con ella al curso de estudios bíblicos. Bev se enamoró del doctor Anders Shute.

Naturalmente, yo me pregunté si se habrían conocido en el hospital de Haverhill cuando Cassie fue a quitarse el vendaje. No recuerdo que Cassie dijera que había visto al doctor Shute aquel día de últimos de agosto, pero eso no significa que no sucediera. Porque parecía demasiada coincidencia que el médico se hubiera unido al grupo de estudios bíblicos justo ese otoño y sin más preámbulo. Bev llevaba años asistiendo a las movidas del Grupo Alpha y a unas sesiones de análisis de las Escrituras con el Pastor Phil, de su iglesia. Era una parte de la vida de Bev de la que Cassie, que levantaba los ojos al cielo con desesperación, no quería saber nada. Era todos los martes por la noche, a la misma hora que la catequesis de Cassie. Actividad, por cierto, que Cassie toleraba porque había un par de tipos que no estaban mal.

No sé exactamente cuánto tiempo tardaría Cassie en notar la presencia del doctor Shute en el vestíbulo de la iglesia, o en verle preparando un puré de patatas de sobre, friendo salchichas en la cocina del edificio o en la sala comunitaria, antes de la reunión, colocando en círculos las sillas plegables con el asiento acolchado. ¿Cuánto tiempo pasó antes de que Cassie se diera cuenta de que Shute estaba allí, de que su madre le ponía ojitos y él respondía, aunque fuese a su manera, siempre insulsa? ¿Y qué nos dice el que yo tampoco supiera nada hasta Acción de Gracias, cuando Bev llamó a mi madre para invitarnos a comer en su casa en esa fecha, algo que no había sucedido nunca aunque ellas dos sí habían venido a nuestra casa un par de veces, en tiempos de calma? Y cuando mi madre le dijo que gracias, pero que iban a venir mis abuelos y el hermano de mi padre con su familia, Bev dijo vale, y que qué nos parecía entonces pasar a tomar un café y un trozo de tarta, aunque fuese después de comer, porque quería que conociéramos a una persona muy especial. Mi madre se avino a lo de la tarta, aunque a mí me dijo luego que estaba segura de que nosotros no íbamos a probar bocado, visto que la especialidad de la abuela Robinson era precisamente la tarta —que hacía con nueces de pecán, arándanos, fresas y ruibarbo— y a las cinco estaríamos todos llenísimos.

Yo me sentí fatal, y eso que no sabía entonces lo que supe después del

doctor Shute. En todos aquellos años mi padre nunca fue a casa de las Burnes, y mi madre sólo en contadas ocasiones: se había quedado a charlar un poco o a tomar un té cuando iba a casa de Bev a recogerme o a dejarme. Pero aquel día en que nos invitó, Cassie y yo ya no íbamos nunca juntas. «Ten paciencia, verás cómo las cosas cambian», decía mi madre; o bien «Hijos mayores, problemas mayores», como si una vez que nos hubieran salido tetas y hubiéramos alcanzado la estatura definitiva, ya menstruando y con el equilibrio hormonal restablecido, Cassie y yo fuéramos a recuperar el ritmo de nuestra amistad de antes, como si Bocado Malvado no hubiera existido nunca. Rara vez nos sentábamos juntas en el autobús; si nos recogían Bev o mi madre íbamos hacia el coche cada una desde una puerta distinta del instituto, y siempre era la madre en cuestión la que hablaba de algo en el camino a casa. Cuando hice esta apreciación mi madre no pareció creerme: pero mi madre siempre llevaba puesta la radio del coche de fondo, así que o nunca había silencio absoluto, o ella no se daba cuenta de si hablábamos o no.

Después de clase Cassie solía ir con Peter y Delia y con Arturo, el novio de Delia, que como Peter estaba en octavo. Parejitas de chicas y chicos guay que quedaban para ir a magrearse contra una pared. Mientras, yo me quedaba de pie en las escaleras con la mochila a los pies y los auriculares puestos, escuchando algo retro, Adele o Duffy, y viendo pasar los coches, con esa actitud del que espera como si tuviera prisa. Tenía otros amigos, sí, pero había perdido a mi amiga más querida. Y la había querido durante tantos años que ya ni acordarme podía. Y me parecía absolutamente esencial no dar señales de que aquello me afectaba.

Y había otra cosa de la que no acababa de darme cuenta: yo ya había alcanzado mi talla definitiva, igual que Delia. Y aunque yo no alardeaba como ella, también tenía tetas y caderas y en octubre me vino la regla. Cassie, mientras, seguía pareciendo una cría: un saco de huesos, menuda, seguía comprando los vaqueros en la sección de niños. No lograba comprender por qué Peter la había elegido *a ella*, por qué quería besarla *a ella*, entre todas las demás, *a ella* y no *a mí*. ¿Era esa separación de los dientes, tan sexy, o la sensación de que no se negaría absolutamente a nada? Pero él no era de esos. Y yo conocía a Cassie y sabía que una parte de ella quería que la negativa viniera del otro, que la rescataran de sí misma. Quizás fue eso lo que le atrajo

de ella. Quizás olió en ella esa necesidad, como si fuese un animal.

Halloween. Un día que yo siempre había esperado con impaciencia se convirtió de repente en un día cualquiera, incluso en algo peor que un día cualquiera, porque en mi memoria seguía siendo un día especial. Decoramos el jardín delantero de nuestra casa —fantasmas de muselina colgando de las ramas del arce, telarañas falsas sobre las matas de acebo, tumbas de poliestireno incrustadas en los montones de hojas caídas— y mi padre vació las calabazas para ponerlas fuera, con velas en el interior. Fuimos al CVS a buscar bolsas de Snickers mini, de Starbursts y Tootsie Rolls de tamaño familiar. Todo aquello seguía igual, pero en lugar de lanzarme sobre una pizza con Cassie, quemándome la lengua con el queso fundido, y en lugar de vestirnos en mi cuarto, entre risitas y flipando con nuestras tonterías, yo me quedé en la cocina de mi casa, sentada a la mesa con mis padres, comiendo unas chuletas de cerdo con puré de patatas y salsa de manzana, lentamente —masticando diez veces cada bocado... esa es la expresión que me viene a la cabeza— y deteniéndome de cuando en cuando, al oír pisadas en las escaleras de entrada. Yo había asumido el papel de mi madre y era quien salía a dar caramelos a los niños, cuyos padres esperaban en el camino de acceso al jardín, entre las sombras. Y hacía lo mismo que solía hacer mi madre: les decía, poniendo voz de falsa sorpresa: «Pero ¿de qué vas disfrazado? ¿De ladrón? ¡Qué buen disfraz! Pues te has ganado otro caramelo».

Los niños de los Saghafi vinieron disfrazados de Tweedledum y Tweedledee, y sus disfraces sí que eran impresionantes: se los había hecho su madre utilizando camisetas de béisbol recicladas, gorros de lana y un buen montón de relleno que no podían ser unos simples cojines, porque estaba demasiado bien repartido por el cuerpo. Llevaban unos zapatos de su padre, seguramente también con relleno, y parecían los suyos pies de payaso. Hice un gesto de aprobación a la señora Saghafi levantando el pulgar. Ella me preguntó:

—¿No sales este año, Julia?

Negué con la cabeza e hice un gesto de hartazgo como en broma, pero que en el fondo era real.

—Todo lo bueno se acaba, ¿verdad?

Se rió y meneó la cabeza.

Iba pasando el tiempo. Ayudé a mi padre a recoger la mesa y mi madre

fue a encargarse del reparto de caramelos para que yo no tuviera que hablar con los chicos mayores, de los que conocía a casi todos. Inevitablemente, apareció una cuadrilla de gente de mi clase, incluida una chica que se llamaba Reba de mi equipo de hockey sobre hierba, que me vio merodeando por allí y gritó:

—Juju, ¿no sales? ¡Venga, vente con nosotros!

Yo puse cara de «Bah, me da igual», y me acerqué a la puerta.

—Nah —respondí—. Creo que se me ha pasado la edad.

—No seas aburrida —dijeron varias voces a coro.

No era sólo Reba: estaban también Brent, Joel y Suzanne, vestida de abeja con unas alas translúcidas y una diadema de antenitas.

—Estoy bien, chicos. Además, no tengo disfraz.

En ese momento intervino Brent, cuyo esforzado intento de disfrazarse se reducía a una chaqueta de béisbol y un sombrero de su padre.

—No importa. Vente sin él.

Me reí, pero detrás de esa risa había lágrimas. Les saludé agitando el paño de cocina y me volví.

—Gracias de todos modos —les dije—. Que lo paséis bien. Os veo en el instituto.

Cuando se marcharon mi madre cerró la puerta y luego entró fingiendo que buscaba el *The New Yorker*, pero lo hizo para ponerme una mano en el hombro sin decir nada. Y ahí fue cuando se me escaparon las lágrimas... sólo un par de ellas. Por suerte, ella estaba a mi espalda.

—Voy a subir a hacer los deberes —dije.

Pero ya había hecho los deberes. Así que estuve mirando Facebook, las fotos que ya había subido Cassie —¡en tiempo real!— de la pandilla de Bocado Malvado, de su madre, la señora Malvado, con una bandeja de *cupcakes* decorados y de Peter —qué guapo, Peter, que tenía que haber sido mío— con el ojo izquierdo y algunos dientes ennegrecidos: llevaba puesto un jersey enorme de Bruins y en la mano un bastón de hockey partido y manchado de pintura roja. Delia iba vestida de conejita, como de conejita de Playboy —¿cómo habría consentido aquello la señora Vosul, tan correcta ella?— y Cassie, a pesar de tener el pelo blanco de conejito, se había disfrazado de gato con un traje de terciopelo negro de una pieza, de lo más

incómodo, que llevaba bigotes, orejas y cola, todo incorporado. No tuve más remedio que sonreír, porque apreciaba en todo aquello el toque sobreprotector de Bev, que no hubiera dejado salir a su hija vestida de conejita de Playboy, del mismo modo que a ella tampoco se le hubiera ocurrido hacerlo.

«¡Menudo disfraz! —comenté—. ¿Obra de Bev?»

Y Cassie me respondió con un mensaje de móvil:

«Ya conoces a mi madre. Q coño! Hasta las 9 y fin.»

«¿Tienes tarea?»

«Ya sabes.»

«Lo siento x ti.»

«TKM, Juju», respondió.

Y eso bastó para que me sintiera compensada, reconfortada, como si de pronto nosotras volviéramos a estar como siempre y mi madre en lo cierto, a fin de cuentas.

Aquella no fue la única vez que fue agradable conmigo. Para ella no había ira ni crueldad en nuestra separación. Era más bien como si yo fuese un par de zapatos viejos, cuando ella tenía ya dos pares nuevos: no se planteaba ponerse los viejos, aunque tampoco tenía por qué tirarlos a la basura. Aquel otoño, junto a Bocado Malvado, Cassie entró a toda velocidad en un mundo nuevo y del todo diferente, más adulto que el mío: un mundo en el que podía ponerse una cara distinta para cada persona con la que tratara. Quizás yo la hacía sentirse atrapada, como si hubiera crecido más aprisa que yo. Y yo, por mi parte, sentía que la conocía demasiado bien, veía perfectamente su interior cuando ella no quería que nadie lo viera. Había intentado interpretar un papel nuevo, y no deseaba que le recordaran que su personaje era falso.

Yo tenía la esperanza de que la visita familiar a su casa el día de Acción de Gracias nos reuniera. Una tarde en que íbamos en el coche con su madre yo pregunté si también estaba invitado Peter.

—¿Peter? —Bev nos miró por el retrovisor—. ¿Y por qué íbamos a invitar a Peter?

—No sé... Pensaba que...

—Cassie, ¿hay algo que yo deba saber?

—Pues claro que no, mamá —dijo Cassie hablando con lo que mi madre

llamaba «el tono».

Bev volvió a mirar por el retrovisor. Me miró directamente a mí.

—A Cassie le molesta esto, ya lo sé, porque ella quiere ser popular. Y creedme que sé lo que es ser adolescente. —Yo ya sabía que la madre de Cassie nunca había tenido que esforzarse por parecer guay—. ¿No se lo has dicho, Cassie?

—Mi madre ha decidido... —comenzó, pero Bev la interrumpió con ojos de acero, pero brillantes.

—No, cariño. *Las dos* hemos decidido. Tuvimos una charla muy larga y las dos lo decidimos.

—Las dos hemos decidido que soy muy joven para tener novio.

—No es demasiado joven para tener amistad con chicos —aclaró Bev—, pero sí para una relación en exclusiva.

—Y se lo dije a Peter.

—Así que ahora son sólo amigos, nada de amigos especiales —dijo Bev con una sonrisa forzada—. ¿Verdad, cariño?

Cassie no dijo nada.

—Y eso está mucho mejor —concluyó Bev—. Significa que pueden ser amigos para siempre, y a su debido tiempo se alegrarán.

Después mandé un mensaje de texto a Cassie para preguntar qué había sucedido.

«Halloween. Bigotes de gato emborrachados —respondió—. Escenita camino a casa.»

Y añadió: «Que la jodan», que era una expresión que no hubiera empleado tan alegremente en otros tiempos. Cassie y su madre siempre habían estado muy unidas, eran como un equipo, cuidaban una de la otra. Cassie se burlaba de los conjuntos de su madre, o de que Bev se negara a tomar postre cuando venía a nuestra casa pero luego se comiera media bañera de helado de Ben & Jerry («el de Chunky Monkey, para este monito que busca cariñito», solía decir), pero no consentía que lo hiciera otro. Tampoco debíamos reírnos cuando Cassie gastaba esas bromas, aunque se suponía que las gastaba para que nos riéramos un poco. Era una especie de equilibrio que había que respetar, y yo había aprendido a hacerlo tiempo atrás. Pero ahora ese equilibrio había cambiado. Ahora estaba Peter. Estaba Bocado Malvado.

Estaba Anders Shute. Bev y Cassie ya no estaban solas... ya no eran un equipo.

Todo esto resultó mucho más evidente cuando fuimos a su casa por Acción de Gracias. Fuimos mis padres y yo, aunque mi padre había intentado hasta el último momento quedarse en casa con mis primos. Mi madre había dicho: «Rich, no puedes hacerte el loco con esto. ¿Qué mensaje envía una actitud así? ¡Que las cosas de mujeres no tienen importancia!». A mi padre esto le molestó, pero también le hizo gracia.

Cuando llegó el momento llevábamos ya veinticuatro horas con la familia de mi padre: mi abuelo, sentado en el sofá con los auriculares puestos, dirigía una orquesta que sólo oía él. Los gemelos Brad y Joe, de ocho años, que eran los pequeños de Mike y Eileen, se pinchaban uno a otro, revoloteando alrededor del abuelo. Mi abuela pasó casi todo el tiempo metida en la cocina, «ayudando». Rectificaba la sazón de las salsas de mi madre, reorganizaba los arreglos florales y pulía la plata de las ocasiones especiales, como si mi madre no se hubiera pasado el domingo anterior haciendo todo eso. Nana Robinson no podía quedarse quieta ni callada. Le encantaba hablar, le encantaba reír, le encantaba que hubiera un grupo de gente reunida, le encantaban las celebraciones.

—Si además le encantara escuchar... —solía decir mi madre en un susurro, aunque luego pedía disculpas.

Todos adorábamos a Nana, pero era complicado tenerla de huésped en casa. También mi abuelo la adoraba, aunque a veces le resultaba complicado ser su marido. De ahí los auriculares, unos Bose carísimos que cancelaban el ruido y le trasladaban, de inmediato y por completo, a un universo sonoro elegido por él mismo y que lo abarcaba todo. Le encantaban Satie y Debussy, y la música íntima, límpida. Nana era más de Wagner.

En cuanto a Mike y Eileen... tenían cuatro hijos: los gemelos, que contaban como un solo niño, pero completamente loco. Jake era el mayor, un retraído como Abuelo. Lanky, diecisiete, llevaba unas gafas enormes que hacían más grandes sus ojos oscuros; tenía un brote de granos rojos que le cubría toda la frente, blanca como la porcelana. No estaba predestinado a ser un friki: lo era por elección propia. Podría haber sido guapísimo, y de hecho lo fue después. No tenía ningún defecto del habla, ni halitosis. Tenía el pelo oscuro y rizado, y unos labios llenos que resultaban muy sexies. Pero aquel

otoño pasó la mayor parte de su visita metido en la habitación de invitados del ático, enganchado a algún juego que le trasladara a un mundo alternativo. «Parece una cucaracha: sólo sale cuando se apaga la luz», dijo mi madre.

Su hermana, Una, era más o menos de mi edad: aquel otoño tenía diez años y estaba en quinto curso. Siempre me había admirado. Como dice mi madre, la imitación es la forma más elevada de halago. Cuando a mí me empezó a gustar Harry Potter, a ella también. Cuando me dio por llevar Doc Martens, ella pidió unas. Cuando me dejé flequillo en quinto, como mandamos a los primos una foto mía del colegio, la siguiente vez que la vi se había cortado un flequillo que le llegaba hasta el borde de las gafas. Pero aquel año la distancia entre nosotras, entre quinto y séptimo, parecía insalvable: demasiado grande para cualquier puente. Y mirarla a los ojos, detrás de aquellos cristales tan gruesos de sus gafas, las horquillitas con chismes que llevaba en el pelo, su cuerpecillo diminuto y plano, que parecía Gumby, con el que aún podía hacer volteretas hacia atrás o laterales, un cuerpo sin masas por ningún lado, ni emanaciones olorosas ni secreciones que había que enmascarar... Era como mirar al otro lado de un río y contemplar una orilla en la que nunca hubieras puesto los pies. Yo había estado intentando evitar a Una casi todo el tiempo, con su conversación sobre libros o conciertos o películas o cantantes de moda. Quería gritar: «¿Es que no ves que estoy contaminada? ¿Es que no ves toda esta mugre adulta que me cubre de los pies a la cabeza?».

Mi madre estuvo enfadada conmigo todo el tiempo que duró la visita. Sin duda, porque yo no era muy buena anfitriona con mis primos, pero también —y esa era la verdadera causa— porque encontraba asfixiante tener a tanta gente alojada en casa, todos de la familia de mi padre. Pero eran tan encantadores que no era capaz de demostrarlo, ni siquiera dar a entender que estaba un poco irritable. Los primos estaban allí por mi padre, y ella deseaba con todas sus fuerzas ser buena persona y no enfadarse porque él también intentaba poner buena cara a la familia de ella sin perder la calma, o al menos sin que se notara mucho. Así que yo era la única persona a la que podía fustigar sin sentirse mal. Ella lo sabía y yo lo sabía, y trataba de no tomarme muy a pecho sus estallidos.

Así que fuimos los tres en el coche de mi madre a casa de las Burnes. Eran más o menos las seis de la tarde.

—Creo que es mejor que conduzcas tú, cariño —dijo mi padre.

Y allá fuimos, después de dejar a mis primos viendo *Noche en el museo 2*, que fue la única película en la que coincidieron todos.

La casa de las Burnes estaba iluminada como para un rodaje, con luz en todas las ventanas. Cuando llegamos, los perros de los Aucoin empezaron a ladrar. En medio del aire helado de la noche se podía oler el fuego que tenían encendido. De las casas colindantes llegaban sonidos vagos de celebración y tras las persianas se veían las sombras de la gente, moviéndose. A pesar de las luces, la casa de las Burnes estaba en calma y silenciosa. Cuando tocamos el timbre Cassie abrió inmediatamente, como si hubiera estado allí esperando que llamásemos. Tenía el teléfono móvil en la mano e inmediatamente se lo metió en el bolsillo.

Cassie actuó con mis padres con toda normalidad —súper correcta, comportamiento impecable— y en medio del ajetreo soltó un «Hey, Juju» dirigido a mí. Nos acompañó al saloncito, a unos tres pasos a la izquierda de donde estábamos. Allí nos esperaba Bev vestida de chifón azul real y con aspecto de cantante de ópera, de pie y con su porte imponente junto al doctor Anders Shute. Yo le reconocí enseguida.

Bev nos presentó y todos nos sentamos como si nos hubieran dado la señal para ello. Habían sacado una silla del comedor para que hubiera el número exacto de asientos: seis. En la mesa baja de cristal había un ramo de flores silvestres de la floristería de Royston: llevaba toda la semana viéndolo en el escaparate, hojas de otoño con una calabaza redonda y verrugosa en miniatura y un elaborado lazo hecho con una cinta en color teja brillante. Me pregunté si lo habría comprado Bev o si se lo había regalado Anders. La calabaza parecía la cara de un hombre feo y se me ocurrió que en otro momento Cassie y yo nos hubiéramos reído mucho con aquello.

—Me suena mucho su cara... —dijo mi madre dando una palmada—. ¡Claro! ¡El doctor Shute! Usted es el que remendó a la pobre Cassie este verano, en el hospital.

—Exactamente —dijo él con su voz suave y una sonrisa lineal—. Allí la remendamos.

—La importancia de ser paciente —continuó mi madre—. ¡No seas *im*-paciente! ¡Qué buena frase!

Él agachó la cabeza, aún sonriendo levemente.

—De modo que así os conocisteis —dijo mi padre inclinándose hacia delante en el sillón reclinable: sus pantalones de franela emitieron un crujido al rozar el cuero—. Ponedme al corriente, chicos.

—No, no —dijo Bev agitando sus manos diminutas y elegantes: se había pintado las uñas a juego con el vestido, pero en un tono de azul metalizado—. Nos conocimos en la iglesia.

—Así que no os conocíais de antes...

Mi madre miraba a uno y a otro.

—Bueno, nos dimos cuenta enseguida. Antes de lo de Cassie. Hablando de coincidencias...

Anders Shute asintió una vez más. Mantenía su sonrisa lineal. Daba la impresión de que le habían superpuesto la chaqueta, la camisa y la corbata como se superpone la ropa a las muñecas recortables, que siempre les queda un poco torcida. Todo colgaba por donde no debía: el cuello, las mangas. A lo mejor era, simplemente, su excesiva delgadez.

—Sí, es de locos, ¿no? —dijo Cassie—. Es como... vamos, ¿qué probabilidades había?

—Tenemos que creer que el Señor tiene un plan para nosotros —dijo Bev—. ¿Verdad que es sorprendente?

Luego se levantó del sofá con un movimiento ágil y dijo:

—Bueno, ¿quién quiere un poco de tarta?

Mis padres y yo emitimos unos sonidos que indicaban nuestra buena disposición.

—Lo he dejado todo sobre la mesa del comedor, así que vamos para allá. A servirse todo el mundo. Luego si queréis nos sentamos a charlar para que os conozcáis. —Se detuvo en la puerta, sonrojada y casi hermosa durante un momento—. ¡Estoy tan contenta de que hayamos podido reunirnos! Llevo tiempo esperando este momento.

Se me ocurrió que no sólo estaba encantada de tener una relación —Bev no había tenido ninguna pareja después de Clarke, desde luego no mientras Cassie estuvo en el mundo: no había querido—, sino también de poder mostrar al doctor Shute que era amiga de mi padre, el dentista. Y de demostrar, por fin, a mis padres que había valido la pena esperar, porque su novio era médico y eso, en alguna escala invisible, superaba a ser dentista. Cuando Bev dijo que estaba muy contenta había sido sincera: había planeado

mucho aquel momento, que probablemente había imaginado un sinfín de veces.

Estaba esperando a que Cassie me hiciera una seña para largarnos escaleras arriba y meternos en su habitación. No podía creer que no fuera a hacerlo, pero mientras estábamos en la salita, poniéndonos rosas con aquel calor excesivo, con el fuego crepitando y los adultos hablando sin parar («Luego siete años en Bangor —decía el doctor Shute—, en el hospital de allí») y la tarta de nueces de pecán tan dulce, más que la de Nana si es que eso era posible, me empezó a doler una muela de atrás, la del lado derecho, y supe que tenía otra caries... y todo eso siguió y siguió, y sentí una sacudida repentina que me hizo pensar que tal vez había estado fantaseando, que las cosas entre nosotras estaban peor incluso de lo que había imaginado y que el castigo por mi estatus de militar degradado, recién adquirido, era quedarme allí atrapada durante toda la visita, ahogada por una sobredosis de chintz. Me preocupaba que Cassie prefiriese soportar el aburrimiento de los adultos que estar conmigo a solas.

Sin embargo, al cabo del rato y con una voz tan amable y tan exenta de afectación que sólo yo podía afirmar que la estaba impostando, Cassie se ofreció a preparar más café y yo dije que iba con ella. En la cocina el ambiente fue tenso durante unos instantes, pero había entre nosotras una familiaridad tan profunda, tan implantada en la médula, que acabó por imponerse. No había terminado de dosificar el Colombia Tostado de Starbucks en la Coffeemaster, cuando solté:

—Qué carajo, Cassie. ¿Cómo ha pasado esto? Shute ha disparado a tu madre. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Esto no es una broma, Juju.

—Pero ¿cuánto tiempo llevan?

—Vino a casa por primera vez hace unas semanas. Como un fantasma de Halloween horroroso, a la mañana siguiente: justo después de la gran bronca por lo de Peter.

—¿Tan malo fue?

Resopló, mientras forcejeaba con el grifo del fregadero y la cafetera.

—¿Que si tan malo fue? De putos locos. Mi madre me arrastró de los pelos hasta la escalera. Aún me sorprende no tener un agujero en el cuero cabelludo...

—¿En serio?

—En serio. —Y añadió—: Lo único que hicimos fue magrearnos un poco. Por amor de Dios, era una fiesta. Los padres de Delia estaban en la habitación de al lado. Pero Bev se puso como una psicópata. Sonó la música tétrica...

—Mierda —dije yo.

—Se habían estado viendo, antes de traerlo a casa. —Señaló con el mentón en dirección a la salita—. Llevaban un mes o así. La primera vez que los vi hablando en el grupo de la iglesia fue después del Doce de Octubre.

No tuvo ninguna duda sobre la fecha: la tenía grabada. El fin de semana de la conmemoración del Descubrimiento yo había ido con mis padres a Nueva York: nos habíamos alojado en un hotel y mi madre compró entradas para el musical *Wicked*. Y a Anders Shute le habíamos conocido al mismo tiempo en Urgencias: éramos prácticamente hermanas entonces. Y de eso hacía sólo cuatro meses.

—¿Cómo es?

—Exactamente como le ves.

—¿Flaco?

Esperaba que se riese.

—No es de los que van a la iglesia. A la nuestra, desde luego, no había ido ni una vez. Y un buen día se presenta allí como quien no quiere la cosa. Al grupo de estudios bíblicos. ¿Qué te parece?

—¿Le invitó alguien?

En casa bromeábamos con lo del grupo de estudios bíblicos de Bev: nos parecía una alternativa para encontrar pareja más propia de los inadaptados sociales. Pero a Cassie nunca le hubiera dicho algo así. Continué:

—¿Fue allí con un amigo suyo, o algo así? Ya sabes...

—No conocía a un alma. Lo dejó bien claro. Dijo que había leído que se celebraban esas reuniones en el tablón de anuncios de Market Basket. ¿Te lo puedes creer?

—Un tipo solitario.

—Te voy a decir lo que me parece a mí —dijo Cassie—. Creo que nos estaba buscando. A nosotras... A mí. Creo que se enteró de lo del grupo de catequesis para jóvenes porque vio nuestro álbum de fotos en internet, y

luego descubrió el de estudios bíblicos y a mamá. Así fue. Ni siquiera vive en Royston, joder. Vive en Haverhill, y trabaja en Haverhill.

—Sí, no parece muy probable, ¿verdad?

—Ah, ¿no?

—¿No había formas más sencillas de dar contigo que hacerse pasar por un cristiano practicante de toda la vida?

—Seguro que las había, pero ese es el camino más seguro para ganarse a mi madre. Y ella está totalmente colada por él. Es surrealista.

Me paré a pensarlo.

—¿Por qué crees que iba buscándote a ti? ¿Es que es... raro? ¿Te asusta algo de él? ¿Ha dicho algo que...?

—No.

Entonces pude oír hablar a Shute: estaba en la otra habitación, enumerando las diferencias que hay entre ser médico en Maine y serlo en Massachusetts. Cassie se había inclinado hacia mí para decirme, en voz baja:

—Todo lo contrario. A mí ni me mira. No me habla. No se queda en la misma habitación que yo cuando ella sale. Siempre tiene algún motivo para salir detrás de ella.

—Eso es bueno, ¿no? Supongo que a ti tampoco te gustaría hablar con él a solas.

—Dios, no. Pero es muy raro. Admite que es una situación muy rara.

—Él es raro. Esa es la cualidad más obvia que tiene. A lo mejor se siente incómodo.

—¿Incómodo?

—Cuando se dio cuenta de que eras la hija de Bev. Quizás eso lo complica todo y lo hace más raro: que cuando la conoció a ella, resulta que ya te había conocido a ti.

Cassie resopló.

—A lo mejor lo que le incomoda —yo sabía que estaba patinando sobre hielo muy fino— es que siendo él tan poca cosa le guste una mujerona como tu madre.

Cassie me lanzó un paño de cocina, pero me di cuenta de que su reflexión había sido un alivio: quizás la perversión que parecía ocultar no era más que cierta inclinación por las formas rotundas. Cassie incluso sonrió.

—Ese comentario no es muy amable... Mi pobre madre —dijo; y añadió —: Aunque no es que se haya ganado mi amabilidad en los últimos tiempos, precisamente...

—Cuéntame entonces lo de Peter.

—Déjame que lleve el café y nos vamos arriba.

En el coche, cuando volvíamos a casa, mi madre se puso hecha una furia conmigo.

—Habéis sido muy groseras, niñas —susurró, mientras mi padre suspiraba—. Me avergüenzo de las dos. Vamos, Cassie no es asunto mío. Pero tú ya eres mayorcita para portarte así, Julia.

—Venga, Carole —dijo mi padre, atrincherado en el asiento del copiloto—. Estás exagerando un poco, ¿no te parece? Son dos crías.

—¡Se han reído de él, Rich! Sin disimular. Muy groseras.

—No sé a qué te refieres.

—Tú entraste con el café y te quedaste parada junto a la puerta y pusiste los ojos en blanco porque estaba él hablando...

—Pero él no lo vio —dije—. Y Bev estaba de espaldas a nosotras.

—No se trata de eso, Julia. Y lo sabes.

—Él también se pasó un poco —dijo mi padre—. Yo no tengo nada contra el hombre, pero parece un poco... es como...

—Es como... autista, o algo así, ¿verdad?

En circunstancias normales mi madre se habría reído. Se habría puesto de mi parte.

—Así que ahora eres neuróloga o psiquiatra... Con doce años, diagnosticas a la gente. ¿Es que no ves dónde está el límite?

—Pero mamá...

—Y si ese hombre estuviera dentro del espectro... ¿te parece cosa de hacer bromas? Si sólo tuviera una pierna, o estuviera sordo, ¿te burlarías de él?

—Pues claro que no, pero mamá...

—Me parece una absoluta falta de caridad, y de buenos modales. No me gusta pensar que te hemos educado así. Es una vergüenza.

—Carole, te estás pasando.

Mi padre le puso la mano sobre el brazo, pero como tenía agarrado el volante al zafarse de él dio un tirón. El coche se fue contra la mediana. Por suerte no había tráfico.

—Vamos, cariño, no vayamos a tener un accidente por esto. No vale la pena —dijo mi padre con voz calmada, aunque se notaba que estaba sorprendido—. ¿Por qué te has puesto así?

—No lo sé —la voz de mi madre sonó también calmada, de repente, como si se hubiera asustado—. No lo sé.

Estuvimos callados un minuto. Luego yo pedí disculpas.

—No queríamos resultar maleducadas —dije—. Queríamos marcharnos arriba, eso es todo.

Mi madre respiró hondo.

—Ya lo sé, amor mío. Me he pasado de la raya —y un minuto después—: Por alguna razón había algo que no me parecía correcto.

—Pero eso no es culpa de Julia. Ni siquiera de Cassie. —Mi padre empezó a jugar con las toberas del aire—. Ese Shute es un tipo raro.

—Tampoco es que Bev sea como el común de los mortales... —concedió mi madre—. Bueno, me alegro por ella. Lleva mucho tiempo sola.

—No es verdad —dije yo—. Tiene a Cassie.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Quieres decir que es mejor una relación con Anders Shute de Maine que una cita clandestina con esos Ben & Jerry de Vermont...

—¡Rich! —Mi madre meneó la cabeza, pero ya no estaba enfadada—. ¿No te da vergüenza? Ahora sé de dónde lo saca nuestra hija.

Entrábamos en nuestra parcela. Por la ventana del salón, iluminada de un modo discreto, pero impresionante, se los veía a todos: Abuelo estaba dormido, tirado en el sofá, con Una a su lado: extasiada, con las piernas dobladas y las rodillas a la altura del pecho, llevaba puesto un pijama de una pieza en color pastel y en las gafas se reflejaba la luz del televisor. Abuela tejía a toda máquina mientras Jake, sentado en el suelo, miraba el teléfono: tenía los ojos fijos en la pequeña pantalla y hacía caso omiso de la grande. Mike y Eileen y los gemelos no salían en la foto —los gemelos estaban ya probablemente en la cama— pero incluso sin ellos la escena parecía normal y acogedora. Y, pensé, transmitía tanta seguridad...

Es difícil captar tantas cosas distintas como suceden —o sucedieron— al mismo tiempo. Aquel otoño conocí en clase de arte a Goya, un pintor español. Nuestro profesor de arte estaba obsesionado con él, y acabé por hacer un trabajo sobre su vida. Mucho más tarde, cuando estudiamos la Revolución Francesa en historia universal, me di cuenta de que Goya trabajaba en Madrid como pintor de la corte al mismo tiempo que decapitaban a María Antonieta. Quién lo hubiera dicho. España y Francia están pegadas una a la otra, pero en este caso era como si estuvieran en distintos planetas, de la misma forma que, para mí, él estaba en la clase de arte de séptimo y la Revolución Francesa en la clase de historia de noveno curso, ¿y quién se iba a parar a establecer la conexión?

Eso fue más o menos lo que pasó con Cassie y conmigo. Supongo que yo era Goya, y estaba ahí haciendo mis cosas, y ella era la Revolución Francesa.

Después de acción de gracias el señor Cartwright, que daba la clase de inglés avanzado, me llevó aparte y me preguntó si quería formar parte del equipo de debate. Aquello daba mucho prestigio: nuestro instituto había sido el segundo del estado durante seis años consecutivos, había ganado premios e incluso participado en competiciones en Washington DC. Ni se me pasó por la cabeza no aceptar. Y me vi inmersa en un cuadrante de prácticas que empezaban después del horario de clases, de concursos y de gente nueva, algo que no era compatible con las Burnes. Mi madre solía recogerme cuando ya había oscurecido: al salir del colegio yo veía nuestro Subaru azul, solitario en un rincón del aparcamiento. Tenía los faros apagados, pero lo distinguía porque mi madre tenía encendida la luz interior y puestas las gafas de lectura, y estaba enfrascada en algún número de *Harper's* o de *The New Yorker*. Los demás padres dejaban encendidos los faros y apagada la luz interior y estaban, seguramente, escuchando la radio.

Jodie y Jensen eran mis nuevos amigos del equipo de debate. Eran hermanos, de Georgetown. Se llevaban un año. Rubios, fibrosos y muy importantes para el equipo. Jensen era el mayor: estaba en octavo curso y preparaba sobre todo discursos políticos, además de participar en el debate posterior al discurso; sin embargo Jodie, que estaba en mi clase de inglés, prefería los temas relacionados con la motivación o los monólogos de obras

de teatro, porque era fundamentalmente actriz. En clase se mostraba silenciosa y apocada, razón por la que yo no había reparado en ella antes. Pero en el escenario se transformaba: su versión del discurso «Yo tengo un sueño» me hizo llorar.

A veces, los fines de semana en que no había campeonato, Jodie y yo nos juntábamos para ensayar nuestras intervenciones o hacer deberes, o simplemente pasábamos el rato buscando en YouTube posibles monólogos. Cotilleábamos un poco, hablábamos de nuestros ídolos, actores y estrellas musicales, o de los chicos que nos gustaban de los equipos de debate de otros colegios. Los imaginábamos, competíamos, fantaseábamos... A veces Jodie y yo —en alguna ocasión, también Jensen— hacíamos cosas que me trasladaban directamente a los tiempos de Cassie, como hornear pan de plátano o curiosear la sección de peluches de la tienda de Bell. Yo tenía que contener la respiración: ¿Dormiría aún con el cerdito *Hubert*? ¿Le gustaba hacer tartas a Bocado Malvado? Pero, sobre todo, me parecía bien verla a veces a la hora de comer: los miércoles, por ejemplo, nuestras horas de comer coincidían y Delia tenía clase, así que Cassie y yo nos sentábamos juntas. Sobre todo, después de que Peter y ella rompieran.

Los viernes, si yo no tenía reunión del grupo de debate nos recogían a las dos juntas, normalmente mi madre. Cassie siempre decía que tenía que irse a casa, aunque Bev aún fuese a tardar varias horas en llegar. Así que la dejábamos en su casa, y yo me volvía a mirar aquella figurilla menuda quieta en la puerta de la casita blanca con el Bosque Invasor al fondo. Me ponía muy nerviosa porque parecía una escena sacada de una película de miedo: sobre todo en invierno, que se hacía de noche enseguida. Pero a Cassie no parecía importarle. Cuando le pregunté si no le daba miedo estar sola en aquella casa ella levantaba una ceja con gesto de suficiencia.

—Ya somos mayorcitas para tener niñera, ¿no te parece? Yo creo que puedo cuidar de mí misma. No sé tú.

Quería recordarle que cuando una hace de niñera siempre hay otra persona en la casa, aunque sea una persona muy pequeña que no sirve de ayuda si hay complicaciones. Pero sabía que se burlaría de mí. Si ella no lo sentía —¿es que no veía, como yo, *CSI* o *Mentes criminales*?— me parecía una crueldad ser yo quien le metiera miedo.

Lo que sí me preguntaba era qué haría aquellas tardes, y no sólo las de los

viernes. Porque los días que yo tenía reunión con el grupo de debate la llevaban a su casa otro padre u otra madre. Me parecía que pasaba mucho tiempo sola. Yo, cuando estaba sola —y me encantaba estar en mi habitación, tumbada en la cama leyendo o escuchando música y mirando las estrellas que mi padre había pegado en el techo cuando era pequeña, que brillaban en la oscuridad— oía a mi madre moverse por la casa, sentía el crujir de la tarima del piso de arriba o el murmullo tenue de la radio de la cocina, y entonces llegaba el olor de la cena: las cebollas en la sartén, el aroma de la carne asándose o el delicioso perfume de la masa de algún pastel que hubiera en el horno. Incluso cuando estaba sola me reconfortaba saber que no estaba, en realidad, sola del todo. Con Cassie no era así.

Durante todos los años que fuimos amigas, desde siempre, habíamos utilizado las mismas palabras quizás con distinto significado: ligeramente distinto unas veces, radicalmente distinto otras. Y nunca nos habíamos dado cuenta. Era como si yo hubiera tenido en las manos una manzana creyendo que era una pelota de tenis. Por ejemplo, «casa». Para mí, se refería a la nuestra, vieja, siempre crujiendo, con sus ventanas que traqueteaban y su bomba de calor, tan ruidosa. Una casa que se había vuelto más pequeña —y también más acogedora— gracias a los montones de ropa doblada y de revistas que mi madre tenía por todas partes, a la música clásica o a las voces de la radio que sonaban de fondo, a las visitas de amigos y familiares y a la seguridad de que mi padre estaba «trabajando» y que yo podía lanzar una pelota (o una manzana) desde la ventana de mi cuarto y él se encontraba a tiro. Casi a diario mis padres me abrazaban, y cuando estaba leyendo en la cama, por las noches, casi a diario venía uno u otro a darme un beso antes de apagar la luz, una costumbre que se había perpetuado desde mi infancia y que a mí me seguía gustando. «Casa» era esa sensación de quedarme dormida con el murmullo de la conversación de mis padres a lo lejos, un sonido que subía atravesando la tarima del suelo casi como una reverberación, que no sólo llegaba a mis oídos sino a todo mi cuerpo. Era un conjunto específico de olores familiares —el jabón de flores naranjas del baño de abajo, o las notas del humo del fuego del día anterior en el salón, incluso en verano, si llovía... — y las zonas de aire caliente al lado de las toberas de la calefacción, o de aire fresco junto a las ventanas. Era la seguridad de que siempre había alguien cerca. Y si no, siempre se oía un burbujeo constante, junto al camino. A fin

de cuentas, Rite Aid no cerraba hasta medianoche. Si necesitaba salir corriendo a la calle, siempre me oiría alguien.

A veces tenía la impresión de que hacerse mayor siendo una chica era aprender a tener miedo. Sin caer en la paranoia, o no exactamente... Era más bien la imposición de estar siempre alerta y pendiente de dónde estaban las puertas de la sala de cine o la salida de incendios en un hotel. Llegabas a saber que el cuerpo que habitabas era vulnerable, una fortificación imperfecta, de un modo que nunca percibiste siendo niña. En la televisión, en los periódicos, en libros y películas... nunca violan ni raptan ni apalean ni descuartizan ni queman con ácido a un hombre. Pero en los relatos y en los programas de crímenes, en series de televisión y en la vida real, ocurre continuamente, a nuestro alrededor. Y así aprendemos —preparamos nuestra mente para ello— que nuestro cuerpo necesita protección. Que es precioso pero también totalmente prescindible, depende de con quién nos topemos. Ninguna chica quiere terminar en una fiesta sin saber cómo volver a casa. Ninguna chica quiere verse caminando sola calle abajo —sobre todo si es una calle solitaria— cuando ya es de noche. Ninguna chica quiere abrir la puerta a un desconocido, desde luego, nunca lo quiere, si está sola en casa, aunque sea un hombre de uniforme. Porque el uniforme podría ser un disfraz. Esas cosas pasan. Lo he visto en la tele.

Empiezas a hacerte mayor y aprendes cómo es el mundo. Lo aprendes de todas esas historias que te rodean y empiezas a perder libertades. No porque nadie te diga, con palabras, que las has perdido, sino porque sabes que tienes que tener cuidado. Si no vas con alguien, nada de montar en bici por el anillo de Audubon, nada de bañarte en la poza de la cantera, nada de pasear por el bosque. Cuidado con la oscuridad, con estar sola, con estar fuera. Cuidado con las ventanas que no están cerradas con pestillo, con los hombres que no conoces. Y entonces te das cuenta de que incluso los hombres a los que conoces, o a los que creías conocer, pueden resultar problemáticos.

Al profesor de matemáticas de un instituto de los alrededores de New Hampshire le pilló el FBI ese otoño con miles de fotos de pornografía infantil en el ordenador, fotos de niñas pequeñas metidas en jaulas, dijo no sé quién. A un rabino de Boston le cogieron espionando a las mujeres de su congregación durante uno de sus baños rituales. Al dueño de la cafetería a la que íbamos a

veces cuando volvíamos de la playa, a menos de media hora de mi casa, le acusaron de acoso sexual a sus camareras e incluso de forzar a una de ellas... ¿O fueron tres? ¿O cinco? Seguían saliendo de la nada. Parece ser que aquello había sucedido durante años... lo de irse a la cama con él. Así que cuando recordé a la mujer que nos había servido la última vez, con unos vaqueros de tiro alto muy ceñidos, con aspecto de agobiada y una marca rosa de nacimiento inolvidable, del tamaño de una bola de chicle, en la mejilla derecha y los ojos pintados con un delineador en azul eléctrico muy marcado, y pensé que de no ser por todo aquello habría resultado bastante mona, que sin duda lo había sido hasta que la vida la había apaleado y desgastado prematuramente, dejándole surcos en la piel, me pregunté si ella sería una de aquellas mujeres, si la habrían obligado a ponerse de rodillas en la bodega al terminar su turno o si la mancha de nacimiento la habría librado de ello, como lo que me había contado Cassie de la señal de Dios en la Pascua Judía: tal vez aquel defecto le había proporcionado protección divina.

Cuando pasas de secundaria empiezas a plantearte estas cosas. El mundo se abre, la historia se extiende ante ti, el futuro se extiende ante ti y tú te das cuenta de repente de que toda la gente que te rodea tiene una vida interior incontrolable que no es posible conocer. Te das cuenta de que absolutamente todas las personas, todas y cada una, viven en un mundo del que no se habla, tan pleno y extraño como el tuyo, y tú no puedes pensar en saberlo todo de ellos, pero tampoco de ti.

Sin embargo, del mismo modo que se abre, el mundo también se cierra. Las cosas revelan sus formas, que antes no habíamos imaginado. Sin que nadie lo hubiera expresado con palabras a mí se me trató como a una niña con un futuro prometedor, y a Cassie... bueno, no es que no pudiera tener un futuro prometedor, pero su camino y el mío no coincidían. Sin que nadie lo hubiera expuesto tan claramente a mí se me dijo que mi camino era el de más valor. Eso lo aprendí de mis padres, y del señor Cartwright, cuando me seleccionó para el grupo de debate. Y de mis profesores, cuando me daban un golpecito en la espalda y me ponían buenas notas. Y de mi abuela, a quien cuando me preguntó por Cassie el día de Acción de Gracias le respondí que nos habíamos distanciado y entonces ella me acarició la mejilla con la mano reluciente —que olía a agua de rosas— y dijo: «Es duro hacerse mayor, porque cada uno de nosotros ha de seguir su propia estrella». Lo cual era, en

sí mismo, bastante neutro. Hasta que añadió: «Y algunos, me temo, tienen que seguir una estrella más brillante que los demás».

Y si estábamos creciendo, ahora ya cada una por su lado, y se percibía cierta amenaza sobre la adolescencia y la adultez que se extendían ante cada una de nosotras, como si a lo largo del camino fueran inevitable la criba y las drogas, la violencia, los accidentes de coche, la desgracia generalizada o, para las chicas, la locura del sexo descuidado o los peligros de los depredadores agazapados, escondidos entre nosotras como los soldados de la guerrilla, imposibles de identificar. Y el grito silencioso que reverberaba por todas partes era: ¡Ponte a salvo!, porque estaba claro que no podías hacer otra cosa. E incluso eso podría resultar imposible.

No podías intentar salvar primero al otro. Como esas normas de seguridad de los aviones, cuando te dicen que la máscara de oxígeno te la pongas tú en primer lugar. Eso es lo que importa. No puedes ayudar a nadie si no te ayudas antes a ti mismo.

Por lo que yo sé Cassie no estaba pensando todo esto. Ni entonces ni después. En mi cabeza, sin embargo, aquellas letanías eran como un *riff* que no me dejaba en paz. Mi madre me obligó a dejar de ver programas de crímenes en la tele. Cuando un día, en el trayecto del instituto a casa, desapareció una chica de New Hampshire que era un par de años mayor que nosotras, mi madre ya no volvió a dejar el periódico local por la casa y apagaba las noticias cuando empezaban a hablar de ello. Más o menos en la misma época pasó lo de la mujer de la Universidad de Portland: nunca encontraron el cuerpo, supusieron que un tipo al que conocía del trabajo la invitó a su casa, donde estaban él y su novia, y ambos la mataron y tiraron su cuerpo al océano. Uno se preguntaba por qué lo habían hecho. ¿Sólo porque podían? ¿Y qué clase de novia era aquella? ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Qué tipo de persona era?

—Son depravados —despotricaba mi madre—. Es un ciclo que se perpetúa en esa sociedad enferma. Como feminista, tengo que encontrar la forma de que hagamos frente a esto.

—¿Hagamos?

—Tú y yo.

—No sé de qué hablas...

—Me gustaría que el mundo no fuese así —dijo—. Una parte de mí

quiere protegerte, que no lo sepas, pero el mundo es así. Así que tenemos que encontrar la manera de hacerle frente.

Y se encogió de hombros. Si fue por los hechos en sí, o por la cultura, o por la ira que aquello despertaba en mi madre, o fue simplemente por mi temperamento cobarde, lo único que sacamos en claro de la situación es que a mí me entró miedo, una especie de miedo de perfil bajo que me inundaba continuamente... estaba en algún rincón de mi cabeza, oculto, pero siempre allí.

Con Cassie no sucedió, o al menos no lo daba a entender. Si yo me estaba dejando hundir en un estado de ansiedad casi perpetua, experimentando palpitaciones y temblores continuos al más mínimo sonido inocente, Cassie se estaba endureciendo: pequeña, dura, implacable, hasta su risa sonaba crispada. Su cuerpo de niña parecía un cuerpo a un tiempo inacabado y agostado en la rama. Cuando estábamos juntas me contaba algunas cosas... pero siempre en tono de broma. Como si fueran una broma de mal gusto. Supongo que así fue como lo soportó.

En primer lugar, Anders Shute pasaba cada vez más tiempo en su casa. «Gracias a Dios que tiene el hospital —decía Cassie— porque hay veces que con eso del horario rotativo se tira varios días seguidos metido en mi casa.» Pero luego, en Año Nuevo... ya había roto con Peter Oundle de verdad, no sólo por contentar a su madre. Lo entendí mucho después: lo supe por él, y para mi enorme sorpresa aquella ruptura se produjo tras una fuerte discusión que habían tenido, porque había dicho a Cassie que tenía que enfrentarse a su madre y decirle que las cosas con Anders Shute no iban a funcionar, que su presencia le hacía muy infeliz. Entonces Cassie le respondió que se metiera en sus putos asuntos, que había visto a su madre sola y triste durante toda su vida —la vida de Cassie, claro está— y que Bev había hecho muchos sacrificios por ella a lo largo de los años, que siempre había pensado que ningún hombre la querría por tener una hija y que había perdido toda esperanza. Y que ella, Cassie, no iba a ser la razón por la que su madre volviera a ser infeliz.

Aquello era todo lo contrario de lo que yo había esperado, pero tenía sentido. Cassie y Bev eran como troncos de árbol que habían crecido unidos. Ella dependía de su madre y viceversa. No podía ser feliz si se sentía responsable de la desdicha de su madre. Pero ¿y la suya?

Comoquiera que fuese, Cassie rompió con Peter y dijo que él le exigía demasiado. Él dijo que lo entendía, más o menos: habría sido diferente si a ella le gustara otro. Pero era un asunto entre Cassie y Bev, que creía que Cassie y Peter habían roto en Halloween. Y es que es agotador mentir y fingir que tu novio no es nadie especial cuando —aparte de tu madre— anda por ahí ese tipo vigilando cada movimiento que haces.

Peter se quedó muy maltrecho: a mí me lo contó así, me dijo que incluso muchos meses después habría vuelto con ella en cualquier momento, si ella hubiera querido. «A mí siempre me ha gustado —me confió—. ¿Recuerdas el verano pasado, cuando pasasteis las dos por donde estábamos jugando al baloncesto y Beckett gritó no sé qué grosería? Yo sabía que tú te reirías y le quitarías importancia, pero a ella le afectaría. Y por eso fui tras vosotras. Quería que supiera que no había sido yo.»

—Querías gustarle —dije yo.

—Sí.

Peter era muy sentido. Es muy sentido. Aunque no quería que la gente lo viera: él quería resultar interesante, y las emociones no lo son. Pero no podía evitar ser como era. Y a mí todo aquello me parecía clarísimo, y era en parte lo que siempre me había gustado de él. De alguna manera se podría afirmar, también, que me encantaba lo mucho que quería a Cassie, aunque hubiera preferido que me quisiera a mí y no a ella. ¿Y ella? Ella no creo que lo considerase amor. No en aquel momento. No era sincera como él. Era fría en el fondo, fría y distante. Esa era la palabra correcta. Y eso era, en parte, lo que a Peter y a mí nos gustaba de ella.

En cuanto a las demás amistades de Cassie, ni que decir tiene que a Bev no le gustaba Bocado Malvado mucho más que a mí, aunque yo quiera pensar que algunos de sus motivos no coincidían con los míos. Pero eso significaba que Cassie no hablaba mucho del colegio en casa, y viceversa. Decidió separar estos dos ámbitos de su existencia y acabó por llevar dos vidas: guardaba los pintalabios y el delineador y los vaqueros rotos en la taquilla del instituto (además de unas toallitas desmaquillantes) y se acostumbró a vestirse por segunda vez antes de que sonara el primer timbre, y por tercera antes de que sonara el último. Poco dejaba traslucir Cassie cuando hablaba conmigo, y Delia pensaba que todo era muy gracioso. Yo podría haberlo encontrado gracioso si aún hubiéramos estado unidas, pero cuando se lo

conté a Jodie puso en blanco aquellos ojos suyos nítidos, color avellana, sin maquillar, y dijo en voz baja:

—¿Es que no te parece terriblemente triste? Quiero decir... es casi patético. Es como si no se sintiera bien siendo quien es. Como si se pusiera un disfraz, como si se vistiera de otra persona. Y todas las mañanas así.

—¿Y si sintiera que el personaje que lleva el disfraz es el que representa en casa? Como si allí no le estuviera permitido mostrar su verdadero yo...

Jodie meneó la cabeza.

—Pero es triste, ¿verdad?

Ya en Año Nuevo, quizás a finales de febrero o así, después del día de San Valentín —puede incluso que lo decidiesen en esa fecha durante una velada que Bev y Anders Shute pasaron haciéndose cucamonas junto a un plato de *lo mein* y a una vela tiki en el Lotus Garden de la Ruta 29, mientras Cassie veía una reposición de *Friends* en la tele y mandaba mensajitos a Delia con *Electra* sentada en su regazo— el doctor Anders Shute se trasladó a vivir a la casita blanca con la valla.

Cassie dijo que le habían hecho sentarse para decirle que estaban casados a los ojos de Dios. Que habían rezado juntos por ello, dijeron Bev y Anders Shute —dice Cassie que estaban sentados en el sofá hablando, cogidos de la mano, y que cada uno terminaba las frases del otro— y Dios había bendecido su unión como marido y mujer. Si aún no estaban casados por un juzgado, dijo Anders Shute, era únicamente por ella, por Cassie: no querían complicaciones legales mientras ella no se sintiera cómoda. Anders Shute se esforzó en aclarar que aquel era el deseo de Bev. Pero a partir de entonces serían una Familia —dijo Cassie que ambos pronunciaban la palabra como si se escribiera con mayúscula— y Anders Shute dijo que podía considerarle su Padre (también con mayúscula). Ante esa afirmación, dijo Cassie, Bev no hizo intención alguna de acabar la frase, y cuando él la pronunció Cassie vio que Bev no miró a su hija, sino que bajó la mirada. «Porque sabía que de eso nada, ni de coña. Como si cualquiera pudiera ser mi padre, cualquiera que no fuese mi padre de verdad», dijo Cassie.

El doctor Anders Shute dejó su piso de Haverhill, metió sus pertenencias en un guardamuebles (con la excepción de unos pocos artefactos inexplicables, como una pelota de béisbol de los Red Sox firmada y metida en una caja forrada de satén, un cuadro bastante ostentoso y no precisamente

pequeño de una puesta de sol en Maine con sus peñascos, su paisaje marítimo y muchas manchas de rosa y púrpura, con un marco dorado y lleno de adornos, y un cuenco decorativo enorme, de cristal soplado y en tonos amarillos y naranjas que tenía toda la pinta de ser un regalo de boda y con el que te entraban ganas de preguntarle si no había estado casado antes) y llegó una tarde de domingo, según Cassie, con tres grandes maletas y una caja de libros en su Honda Civic verde metalizado que era igual que el carmesí de Bev, aunque un modelo más moderno. Dice Cassie que su ropa, una vez fuera de las maletas, olía como la tienda de alimentación ecológica... sobre todo esa peste a vitaminas que sale de los botes de pastillas y que te da ganas de vomitar. A Cassie también le molestó descubrir que usaba el mismo champú que ella, Herbal Essences de Clairol, el mismo acondicionador para cuidar sus bucles mates y Listerine azul para enjuagarse la boca.

—Sólo de pensar en él usando nuestro baño ya me repugna —me dijo en la cantina un día de principios de la primavera.

Bajo aquella luz del fluorescente se veía que tenía los ojos enrojecidos, y también la nariz. Y su aspecto de conejillo blanco era más intenso de lo habitual.

—Pero aún crees que es tan...

—Pues claro. —Se volvió hacia las patatas fritas y mojó un par de ellas, juntas, en ketchup—. Pero sobre todo es gilipollas.

—Gilipollas. Ay, no. ¿Por qué?

—¿Sabes que creo que antes de unirse al grupo de estudios bíblicos de mi madre no había ido a la iglesia en su vida? Bueno, pues actúa como si fuera el más cristiano de todos. —Cassie meneó la cabeza—. ¿Está tratando de impresionarla? ¿Realmente se cree todas esas mierdas? ¿O es sólo una manera, calculada, de controlarnos? De controlarme a mí.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo la ropa, el maquillaje...

Miré la camiseta que llevaba puesta, negra, de un concierto, y los vaqueros rotos. Los ojos de mapache y el labial morado.

—Pues parece que estás esquivando la bala bastante bien, por el momento.

—Sí, por el momento. Pero no tienes ni idea. Me revisan el armario. Me han confiscado tres faldas porque son demasiado cortas. Dijo a mi madre que

mis zapatos de fiesta tenían demasiado tacón. He tenido que quitar algunos pósters... como el de *Supernatural*, por ejemplo. Dice que no es apropiado porque en la serie salen demonios.

—Ah, ¿entonces no es porque los actores están muy buenos?

—Puede que también por eso. Pero de repente quieren ver todos los vídeos de YouTube que veo, todas las páginas web en las que entro, todos los libros que leo, escuchar todas las canciones que escucho...

—¿Él sólo? ¿O tu madre también?

—Los dos. Pero ha empezado él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Yo le creí. No hacía falta ser loquero para darse cuenta de que aquel tipo podía hacer de Bev lo que le diese la gana, casi cualquier cosa.

—¿Y lo otro?

—¿Qué otro?

—Bueno, tú pensabas... en Acción de Gracias: dijiste que quizás él era...

Si ella no recordaba lo que había dicho, yo tampoco quería recordárselo. Afortunadamente lo había olvidado: eso significaba que no era verdad.

—Ya sé a qué te refieres. A que yo creía que él iba detrás de mí. Que se había encontrado con mi madre, pero era a mí a quien iba buscando. Eso querías decir, ¿verdad?

Asentí. No entendía por qué me sentía incómoda, pero así era.

—Mira —dijo Cassie, y como yo la conocía tan bien como me conocía a mí misma, podía afirmar que hablaba en serio, aunque en cierto modo, al mismo tiempo, también estaba actuando: estaba «actuando en serio», por así decirlo, como si formara parte de un episodio de *Supernatural* o algo parecido, cualquier psicodrama juvenil que era, a la vez, realista y no—. Verás, yo no sé exactamente de qué va ese hombre. Algunas veces me mira... le pillo mirándome con esos ojos diminutos que tiene y se me ponen los pelos como escarpas.

—Pero ¿ha...?

—No hace nada. No dice nada. Nada de lo que yo pudiera acusarle para ponerle en una situación complicada. Nada que tú pudieras considerar inadecuado. Simplemente, está off... ¿entiendes? Empezó soltando citas de la

Biblia, de las escrituras, como él dice. Y siempre parece estar en reposo... como si acabara de aprenderse de memoria toda esa mierda, como quien hace los deberes.

—¿Qué mierda, exactamente?

—¡Pues si ya lo sabes! «Los pecados de la carne son manifiestos, y son fornicación, inmundicia y lujuria.» O «Todo aquel que oculta sus pecados no prospera, pero el que los confiesa y renuncia encontrará la piedad». Mierda de locos, para asustar a la gente.

—¿Y tu madre?

—Mi madre en plan... como si ese tío fuera el enviado de Dios. Literalmente. Como si no se pudiera creer que haya tenido tanta suerte.

Cassie bajó la vista. Miró a la mesa y durante un segundo no hubo pretensión, ni máscara tras la que ocultar su rostro. Su expresión era de tristeza y abatimiento. Era como había sido de niña.

—No quiero ser yo quien se lo arruine todo, ¿no lo entiendes? No puedo hacerle eso.

Ya había oído aquello antes. A Peter. Pero su desesperación sonaba real, como si tuviera color y llenara el aire. Era ocre. Ocre y acre.

—¿Qué puedo hacer, Cassie? ¿Cómo puedo ayudarte?

Volvió a su versión enmascarada y lanzó una risotada cortante como un ladrido. Sin rastro de alegría.

—Dice Delia que puedo ir a vivir con ella, a su casa. ¿Qué te parece ese arreglo?

—Pues no muy bien. —Yo estaba intentando llevarla de nuevo a mi terreno, recuperar a la chica que era en realidad—. Pero tal vez tu madre no se negara si se lo digo yo, o mi madre, si quieres venirte a vivir con nosotros una temporada. No me cuesta nada preguntar...

—Qué mona eres, Juju. Siempre has sido de lo más mona. Pero sabes que no puedo vivir en tu casa. No funcionaría.

—¿Por qué no? Hay sitio de sobra, y tu madre nos conoce perfectamente.

Me puso una mano en el antebrazo, como si el director de una serie de televisión hubiera sugerido ese gesto, ideal para mostrar la combinación perfecta de condescendencia y burla, y dijo:

—Créeme: no es buena idea.

Mis nuevas amistades, gente como Jodie y Jensen, no lograban explicarse mi lealtad hacia Cassie. Cuando conoces a alguien desde la guardería, el margen es más amplio: todos hacemos excepciones cuando juzgamos una situación así. Pero el tono de Cassie cuando dijo que yo no podía ayudarla de ningún modo... de repente vi que mientras yo sentía que nuestra amistad era lo más preciado para mí, aunque se encontrara en un tramo turbulento, ella se burlaba en mis narices. Yo había estado dando vueltas a las palabras de mi madre («Espera y verás cómo todo cambia»... «Las cosas se ven distintas, según desde dónde las mires»), ella tenía en la cabeza una jerarquía muy diferente, en la que interpretaba a Regina George de *Chicas malas*, mientras yo era Janis. Y, francamente: si ella quería jugar a eso, yo podía hacer una lista de al menos una docena de cosas en las que yo era mejor, desde mis notas a la casa de mis padres, mis tetas o mis valores morales. No es que me enorgulleciera de aquella diatriba interna, pero sabía de sobra que no tenía que exteriorizar aquellas ideas malvadas ni decirlas en alto, ni siquiera a mi madre. Pero las tenía. Y no sólo me sentía herida: también la odiaba un poquito.

Luego descubrí que podía odiarla un poco y, como no se lo decía, como nuestra relación seguía adelante con este formato a tiempo parcial que no daba lugar a discusiones, no hubo ningún cambio perceptible en nuestra amistad. Ella no sabía que mis sentimientos habían cambiado y yo asumí que ni se lo imaginaba. Además, podía añadir a mi lista de cosas en las que yo era superior el hecho de que yo era más sensible y observadora que ella, y notaba cuando estaba fingiendo y su reverso no era, aparentemente, sincero.

Aquella primavera tuve yo mucha vida exterior, con los estudios y el grupo de debate; pero también mucha vida interior haciendo de confidente de Cassie, que me contaba sus intimidades como si aún fuese su amiga del alma. Aunque en cierto modo me sentía como una espía reuniendo datos para elaborar un informe profesional.

Pero no fue por eso por lo que me hice amiga de Peter. Él había venido a verme un día de aquel invierno, después de cortar con Cassie. No nos juntábamos en el instituto: él era todo un atleta, el amo de la pista, y estaba bueno hasta cuando llevaba todo el pelo oscurecido por el sudor y era brillante en matemáticas y en ciencias. Pero me llamó una noche de enero y me invitó a la cafetería de Royston: quería hablar de Cassie, porque estaba —

dijo— preocupado por ella. Fue entonces cuando me contó cómo habían roto, que había sido decisión de ella. Aunque él, en lo más hondo de sí, esperaba que las cosas tuvieran arreglo.

Después de aquello habíamos hablado por teléfono con cierta frecuencia, quizás unas cuantas veces por semana: una extraña amistad que en un comienzo rara vez se había manifestado cara a cara. No había, en nuestras vidas de estudiantes de enseñanza media, otro modo de pasar algún tiempo juntos. Y aunque al principio hablamos sobre todo de Cassie —de que no parecía conocerse bien, de la influencia excesiva que Delia ejercía sobre ella y de que se estaba volviendo, igual que un heliotropo, hacia la parte oscura de la pandilla de una forma que a Peter le consternaba, él que deseaba con tal pasión convertirse en su salvador— con el tiempo empezamos a hablar también de otras cosas: cómo le presionaban sus padres (su padre era ingeniero de Henkel y su madre abogada: tenía un despacho en Newburyport y, aunque él solía decir que no era «nada del otro mundo», lo cierto era que para ella sí que era algo del otro mundo ejercer como abogada, y eso lo colocaba a él en el grupito de estudiantes en el que estaba yo también, de los que se esperaban grandes cosas), o los cotilleos del colegio (qué fiestas se habían celebrado, aunque él iba a casi todas y yo a casi ninguna, qué había hecho la gente que estaba allí, si había sido gracioso o predecible o cómo de borrachos o de puestos iban todos), o algún comentario malicioso sobre los profesores o los alumnos del instituto. Tenía sentido del humor y se daba cuenta de las cosas: que monsieur Favreau, el profesor canadiense de francés que era a la vez entrenador de hockey, parecía un pato cuando hablaba por megafonía, o que cuando nadie recogía los globos pinchados del gimnasio, después de algún baile de invierno, sus cadáveres de caucho se quedaban colgando de las cuerdas como condones de colores durante una semana, o que el olor de la cantina los días que había chile se parecía un poco al aroma que le llegaba cuando recogía la mierda humeante del perro labrador de la familia. Me hacía reír. Yo le hacía reír. Y sí, Cassie se interponía entre nosotros, aunque era la razón de ser de nuestra amistad. Pero poco a poco dejó de ser el centro de nuestra relación: fue cuando el invierno se volvió primavera.

Cassie tampoco iba a volver con él, eso quedó claro. Aquel invierno estuvo dando la nota en todas las fiestas, bebiendo, ligando y yéndose a lo

oscuro con otros tíos. Eso fue lo que me dijo Peter. Pero cuando pregunté a Cassie —y le dije «ten cuidado» en un tono un poco de niñera, pero sincero — me respondió que sabía perfectamente lo que hacía y que nunca había bebido más que un par de copas. «Piénsalo, Juju: mi madre viene a buscarme a todas las fiestas a las que voy. ¿No te parece que si estuviera cocida lo notaría enseguida? Es enfermera, por si no te acuerdas.» Me aseguró que no se colocaba, que nunca había pasado de magrarse con algún chico... aunque admitió que hubo más de uno, y siempre de octavo o incluso de noveno curso.

Yo quería creerle. Pero Peter me contó otras cosas, cosas que no tenía ningún motivo para inventar. Visto en perspectiva me pregunto si lo que me contaba Cassie no sería lo que ella quería que sucediera, y no la realidad. Toda esa historia sigue sin encajar con Bev y Anders Shute, que la habrían vestido como a una menonita si hubieran podido, pero nunca le prohibieron ir a fiestas. ¿Acaso no hacían más que fingir que estaban pendientes de ella, cuando en realidad estaban demasiado pendientes el uno del otro? ¿O es que Bev sentía impulsos contradictorios (mi madre siempre decía que «las personas estamos llenas de contradicciones») y por un lado redoblaba su devoción religiosa en secreto, incluso de manera inconsciente, pero por otro le encantaba que Cassie fuese una chica tan guay y se comportara de un modo que ella sólo había alcanzado a imaginar y que a Cassie la aceptara gente que la hubiera rehuido a ella cuando tenía su edad?

¿O tal vez todo era mucho más sencillo y Cassie se estaba convirtiendo en la perfecta mentirosa, con su dulce carita de niña, sus ojos grandes y el pelo puro, prístino, casi blanco, que llamaba la atención de todos los adultos y les inducía a creer lo que ella quería que creyeran? Cuando me dijo que estaba bien, que controlaba, que sabía dónde estaban sus límites, yo le creí. Sentada frente a ella en la cantina, con sus luces carcelarias y sus olores horribles, yo le creí. Pero después, cuando hablé con Peter, me pregunté si estaba en lo cierto, dudé, y pasé a no creerle en absoluto.

Con todo, la defendí. La gente estaba empezando a hablar, a dar algunas cosas por hechas, a repetir rumores. Un día, mientras íbamos botando dentro del autobús rumbo al campeonato de debates, cuando los cerezos florecieron como muchachas vestidas para el baile y la lluvia hacía que el asfalto emitiera, bajo los neumáticos, un sonido chirriante, como si los sorbieran,

Jodie me preguntó si era verdad que Cassie iba a los vestuarios de los chicos cuando acababan las clases, y «hacían cosas».

—Hacen... ¿qué cosas?

—Ya sabes. Cosas. Un grupo de chicos del equipo de *lacrosse*... estaban allí, al tiempo que Cassie. Ese tipo de cosas.

—Eso es mentira, Jodie. —Me temblaban las manos, sobre el regazo—. No puedo creer que andes repitiendo esa basura. ¿Y si se tratara de ti?

—Yo nunca estaría en esa situación.

—Eso tú no lo sabes. La gente la tiene tomada con Cassie. Le tienen envidia.

—¿Envidia?

—Porque es popular con los chicos. Porque es guay.

—¿De verdad piensas que Cassie es guay? —Jodie sentía algo a medio camino entre el cabreo y la compasión—. Nadie piensa que tu amiga es guay. Es triste y está jodida, esa es la verdad. Y la única razón por la que te sigue hablando es porque eres la única persona que todavía considera que es guay. La gran pregunta es: ¿por qué le sigues hablando?

Aquella noche llamé a Cassie por teléfono. Tenía el móvil apagado, así que lo intenté por el fijo, cosa que no había hecho en mucho tiempo. Me sorprendió que respondiera Anders Shute: por alguna razón, durante todas esas semanas había seguido sin parecerme real, pero al oír su voz queda, suave, me sorprendió sobre todo darme cuenta de que llevaba meses ya viviendo en aquella casa, la de Cassie, que todas las noches se sentaba a la mesa a la hora de cenar y todas las mañanas ponía la radio, que los vellos púbicos que se le cayeran se quedarían enredados en el desagüe y los vestigios de su olor flotando en el dormitorio de su madre.

—Siento mucho que Cassie no pueda ponerse —dijo.

—Soy Julia —dije yo—. ¿Sabe a qué hora llegará a casa?

—Está en casa —respondió—. Pero en este momento no puede ponerse.

—Ah, entiendo —repliqué yo en un tono que dejaba bien claro que no lo entendía.

—Es una norma de esta familia —explicó—. Cassie no puede hacer vida social hasta que no haya acabado los deberes.

Le di mi número, aunque Cassie ya se lo sabía. Norma de la familia. ¿Qué pretendía? Él no era de la familia.

Aquella noche Cassie no me devolvió la llamada, y cuando hablamos de lo que se rumoreaba en el instituto se puso a la defensiva y montó en cólera. Parecía incluso un poco asustada.

—Es repugnante, Juju. No me puedo creer que se te haya ocurrido ni siquiera preguntarme.

—No te he preguntado si lo hiciste. Te he dicho lo que la gente anda diciendo.

—Sólo mencionarlo es como asumir que es cierto.

—No se lo voy diciendo por ahí a todo el mundo, ¿verdad? Te lo estoy diciendo a ti, ya está.

Meneó la cabeza.

—¿De qué lado estás?

—¿Es que tiene que haber bandos?

—Las amigas no propagan cotilleos de mierda entre sus amigas.

—Yo no he hecho eso. Les he dicho que es todo mentira. Pero pensé que deberías saber lo que se dice por ahí.

Cambió de tema. Empezamos a hablar de lo difícil que le estaban resultando las matemáticas, de si debía ir a clases particulares. Me enseñó una foto que salía en *Seventeen* de una mochila de piel que costaba doscientos dólares y que quería por su cumpleaños, aunque sabía que no se la iban a regalar.

—Si mi padre viviera —dijo— seguro que me la compraba.

Recordé la voz de Shute al teléfono, la noche anterior, comportándose como si fuera su padre.

—Imagino que le echas de menos.

—Tía, ni te lo imaginas —dijo en tono teatral.

Luego empezó a pasar las páginas de una revista hasta que llegó a un artículo sobre One Direction.

—¿Tú cuál te pides? —preguntó—. Harry Styles está buenísimo, desde luego, pero me parece que es el que se piden todas, ¿no te parece? No sé... Es como si fuera la opción predeterminada.

Después de aquello intenté reproducir la conversación sobre One

Direction con mi madre, que siempre intentaba parecer más joven de lo que era. Me hizo el juego durante cinco minutos, luego gritó —en broma— e hizo como que se tiraba del pelo.

—¡La inanidad! —gritó—. ¡No puedo soportar la inanidad!

—Entonces, ¿de qué quieres que hablemos?

—¿Qué te parece la carrera presidencial, y el hecho de que estemos a punto de elegir al máximo dirigente de nuestro país (el mismo o uno nuevo) dentro de unos seis meses? ¿Qué te parece si hablamos de eso en lugar de, por ejemplo, One Direction?

—¿Es necesario?

—Pues son cosas serias, bombón. Claro que es necesario.

Luego me obligó a escuchar un programa político por la radio y hablamos de ello con mi padre, durante la cena. Era como dar la clase de ciudadanía en casa. Y yo, hosca y de mal humor, accedí.

Parecía que a Peter Oundle también le interesaba la política, y cuando le mencioné lo del programa de radio resultó que lo había oído también él, pero no porque nadie le mandara, sino porque le gustaban esas cosas. Me dio algunas ideas, me habló de algunas revistas que podía ver en internet y que hacían una cobertura del asunto, según sus palabras, «muy acertada». Así que me puse a buscar en la red como si estuviera buscando grupos musicales por recomendación de un chico guapo: sin esperar realmente que me gustara la música, sólo como un ejercicio básico de ligoteo. Era lo que mi madre llamaba erotomorfia: una enfermedad que, según ella, aquejaba a la mitad de las adolescentes estadounidenses. Los artículos no eran muy interesantes, pero tampoco eran insoportables. Me dijo que tenía que ver una película que se titulaba *Gasland*, donde explicaban lo que era el *fracking*. Y yo me iba dando cuenta de que los temas que más le interesaban a Peter —la naturaleza y el medio ambiente, el *fracking* y el calentamiento global— eran más importantes que nuestra existencia como individuos.

En determinados niveles los temas medioambientales me parecían abstractos y remotos, pero aun así estaba convencida de que podría armar un discurso apasionado sobre los efectos del calentamiento global. Así que fui a ver al señor Cartwright y se lo sugerí, como tema del discurso para el trabajo de fin de curso. Aquello suponía un cambio de categoría: pasar de

«Declamación y recitado» a «Tema original», y era problemático sólo porque yo era nueva en el equipo: normalmente sólo hacían tema original los de octavo. Pero el señor Cartwright me dio su aprobación y me dijo que tenía dos semanas para preparar el texto, porque quedaba poco más de un mes para el campeonato.

Me explicó que la mejor manera de escribir un discurso para que resulte convincente era llevándolo al terreno personal. Pero nuestra casa no había sufrido inundaciones ni había sido destruida por un tornado. No había caído ningún árbol sobre nuestro coche. Yo podía hablar del miedo que me daban las tormentas de nieve: la primera que viví —nunca había visto una tormenta de nieve con truenos y relámpagos— pensé que aquello era el Apocalipsis. Pero no me parecía un tema lo suficientemente interesante. Podía hablar de la devastación del huracán *Katrina*, pero había sucedido mucho tiempo atrás —era ya historia— y yo nunca había estado en Nueva Orleans. Podía intentar preparar algo sobre el terremoto de Japón, un suceso horrible y aún reciente que había causado, además, un accidente nuclear y había tenido lugar hacía sólo un año. Pero no tenía ninguna vinculación personal con el asunto, por un lado, y por otro no se trataba de una cuestión de calentamiento global, o no sólo eso: aunque se podía decir que se había producido como consecuencia del calentamiento global, no se podía reducir a eso.

Entonces mi padre me recordó a Rudy, el vigilante.

—¿Te acuerdas de aquella tormenta horrible que hubo hace unos años? El huracán... ¿quién? ¿Qué era?

—No me acuerdo —respondió mi madre.

—¿Era chico o chica? —pregunté yo.

A mí me encantaba que las tormentas tuvieran género.

—No te sabría decir. El asunto es que fue una tormenta muy rara, un huracán tardío. No tendría que haberse producido aquí, tan al norte. Predijeron una crecida del nivel del mar y todo el mundo puso tarimas en las ventanas y evacuaron todas las casas de la línea costera, pero luego no fue tan malo como se había temido.

—¿No fue tan malo?

—Vientos fuertes, lluvia, pero como esos que hacen que se inunde la carretera en veinte minutos. Un estallido momentáneo, no duró mucho.

—Ya me acuerdo —dijo mi madre de pronto—. Hubo una cadena de

minitornados, ¿verdad? ¿Cómo se llaman esas cosas?

—Que me aspen si me acuerdo.

—Lo busco en el teléfono —dije yo.

En aquellos tiempos yo era la única de la familia que tenía un teléfono con conexión a internet.

—¿Qué busco? ¿El nombre de un minitornado?

—No es un tornado en realidad —dijo mi padre—. Es parecido a un tornado.

—¿Qué estás haciendo con el teléfono en la mesa? —dijo mi madre, levantando la voz—. Ya hemos dicho cuáles son las normas para estas cosas.

—No está en la mesa. Está cerca de la mesa.

—¿Y eso hace que sea correcto?

—Deja que lo mire. Me fastidia mucho no acordarme.

—Ah, por amor de Dios...

—¿«Diablo de polvo»? ¿Es eso?

—No, sigue buscando.

—¡Rich! ¡Estamos en la mesa!

—No te parecería mal si hubiera ido a buscarlo en la enciclopedia, ¿verdad?

—Pero...

—Pero no podría buscarlo en la enciclopedia, porque no sabe cómo se llama.

—¿Derecho?

—¡Bingo! Eso es. Gracias, señorita Julia. Una cadena de derechos. ¿Qué pone en la explicación?

—Son fenómenos tormentosos de vientos, pero no tornados: «Se trata de tormentas que provocan fuertes vientos que soplan en línea recta y que pueden causar daños similares a los de un tornado».

—¿Ves? Justo eso. Recuerdo haber hablado de ellos con Rudy en el aparcamiento del Rite Aid. Me lo explicó él. Los provocaban los huracanes. Una cadena de derechos, sí. Suena mexicano: como Doritos y nachos en una palabra, le dije. Pero me dio la impresión de que estaba decepcionado... como si un tornado tuviera más caché. Una categoría superior de tormenta.

—Papá...

—La cuestión es que uno de esos derechos destruyó su casa. Una casa prefabricada. La tenía en el bosque, al lado de la carretera de Vine Tail, donde la reserva natural. Ya vivía allí con su madre y, por lo que yo recuerdo, ella había muerto poco antes. Así que la destrucción de la casa le resultó especialmente dolorosa. Yo me acerqué a verla con Eric, cuando ocurrió. Estaba toda aplastada, como si la hubiera pisoteado un gigante.

—¿Y dónde vive ahora?

—En el mismo sitio.

—Mi padre se levantó a quitar la mesa.

—¡Rich! ¡Le toca a Julia!

—Da un respiro a la cría. Estoy terminando de contar la historia.

—¿Reconstruyó la casa?

—No. Llevó un remolque y lo colocó encima de una base de hormigón. Básicamente lo que pudo permitirse con lo que le dio el seguro. Todo muy montañés. Muy primitivo. Al perro lo tiene en una especie de corral, fuera de la casa. Por las noches aúlla como si fuera un hombre lobo.

—Una historia estupenda, pero a Julia de poco le sirve para preparar el discurso.

—¿El derecho tiró la casa abajo? ¿O fue un árbol que le cayó encima?

—Puedes preguntárselo a él. Pero es cierto que el viento derribó una fila de pinos viejos que parecían cerillas... parecía una carretera abierta en medio del bosque, aún se puede ver. Imagino que la casa estaba allí en medio. Parecía una pila de leños retorcidos con algunos muebles manchados de barro por aquí y por allá. Así estaba cuando fui a verlo.

—Mi madre suspiró.

—Pues no es que sea para animar a nadie. —Sacó del congelador el helado de vainilla—. Creo que nos hace falta un momento parisino. ¿Alguien quiere *poires* Belle Hélène? Voy a calentar el chocolate fundido, por si os decidís.

—Creo que deberías entrevistar a Rudy —dijo mi padre—. Con su historia puedes armar un buen discurso.

—Pero ¿fue el calentamiento global lo que lo provocó? —pregunté.

—Mi madre puso las peras en cuencos con unas bolas de helado.

—Pues claro que fue el calentamiento global. ¿Quién había oído hablar

de un huracán, aunque fuera un derecho de esos, tan al norte y en noviembre? Nadie, hasta ese momento.

—Muy bien —dijo mi madre—. Pero es la hora de la cena y Rudy puede esperar. Cariño, ¿por qué no nos cuentas lo del partido de lacrosse de esta tarde? ¿Quién ganó?

Así fue como entrevisté a Rudy Molinaro por lo de su casa. Eso lo convirtió en una especie de aliado mío. Yo no conocía a ningún adulto que no estuviese vinculado a mis amigos o a la escuela: él fue el primero. Con Rudy uno pensaba que ser adulto era tan raro como ser chico. Era como si las cosas nos pasaran sin que pudiéramos hacer nada por cambiar el curso de la vida. Una especie de predestinación.

Un domingo por la tarde mi padre me llevó a casa de Rudy y estuvo sentado en un taburete de bar, en la cocina, leyendo el periódico, mientras yo entrevistaba a Rudy con el viejo grabador de bolsillo de mi madre: «las herramientas del periodista», había dicho al sacarlo, triunfal, del cajón donde había rebuscado.

—Yo a ti te conozco —dijo Rudy cuando llegamos, señalándome con su dedo gordezuelo—. Vas con esa chica rubia, menuda. Tiene el pelo blanco como un ángel. Os he visto por el pueblo.

—Bueno, ya no tanto —respondí—. Pero... sí.

Sentados en el pequeño sofá de pana marrón, mis rodillas casi tocaban las de Rudy. Una quemadura de cigarrillo en el cojín, pegada a mi muslo, me distrajo: dentro del agujero se veía la espuma amarilla y peludita del relleno y mis dedos, preocupados, querían entrar a cogerla. Acabé por sentarme encima de mi propia mano, para impedirselo.

La historia de Rudy era muy triste. Había crecido en aquella casa del bosque. Al terminar el instituto había trabajado como aprendiz de electricista en una empresa de Lawrence, y había ahorrado lo suficiente para irse de casa de sus padres y alquilar un apartamento en Royston: esto lo convirtió en el primer morador de un apartamento de Royston que yo conocí en mi vida. Había estado saliendo con una chica durante un tiempo, incluso hablaron de casarse. Pero ella quería irse a vivir a Boston y él quería quedarse cerca de su lugar de origen, donde conocía a todo el mundo y todo el mundo le conocía a él. Entonces su padre sufrió un ataque al corazón un día, mientras iba

conduciendo, y tuvo un accidente con la camioneta en la interestatal. Tenía cincuenta y nueve años, y Rudy, que tenía treinta y uno y estaba soltero (y sin novia, porque se había ido ya a Boston), se vio abocado a una dura decisión.

Su madre seguía viviendo sola en la casa del bosque. Era diabética y tenía una pierna mal, así que no podía conducir. Tampoco podía trasladarse a un apartamento del centro, por las escaleras. Así que Rudy volvió a la casa de Vine Tail y sustituyó a la novia por *Bessie*, la hembra de pastor alemán. Y como a una novia la quiso, aunque no le estaba permitido meterla en casa a dormir. Rudy pasó allí casi una década. Dejó de formar parte de la plantilla de electricistas de Lawrence en 2009, cuando empezó la crisis y empezaron a reducir personal, aunque él fue el último empleado en irse: el último que no tenía relación de consanguinidad con el propietario y fundador, Dough Bergdahl, que cantó a los cuatro vientos lo mucho que le dolía despedirle.

Después de aquello vinieron los trabajillos y luego el puesto como vigilante y responsable de mantenimiento de la Asociación de Tierra Local, en cuyos terrenos estaba el sanatorio mental. Un ingreso fijo que complementaba con algún contrato temporal de limpieza, no muy bien pagado pero, Dios bendito, al menos era un trabajo, que no era fácil encontrar uno... y eso le permitía cuidar de su madre. Su deterioro, desde el momento en que se había ido a vivir con ella, era manifiesto. Echaba de menos a su padre, según Rudy, pero luego mi padre me dijo que la señora Molinaro nunca decía que no a un trago, lo cual aumenta las complicaciones si uno es diabético. Y las complicaciones aumentaron hasta tal punto que la señora Molinaro quedó postrada en la cama, y ahí se le escapó a Rudy alguna lágrima al recordarlo. No entró mucho en detalles, pero dijo que aquel hospital de cuidados paliativos había sido estupendo, que no sabía qué habría sido de él en otras circunstancias. Y con eso se refería a Bev Burnes. Me lo imaginaba, aunque el remolque en el que estábamos sentados en aquel momento tomando un café instantáneo no era, obviamente, lo mismo que la casa prefabricada que había quedado destruida, pero me lo imaginé en un estado similar de suciedad, con las alfombras pringosas y bolas de pelusa y marcas de vaso por todas partes. Me imaginaba a Bev, bulliciosa, voluminosa y siempre correcta, llegando en su Civic, traqueteando por el camino de acceso, con su estetoscopio colgado al cuello, su cara rubicunda y un pelín jadeante, metida en la nube de olor dulce que siempre la rodeaba, con sus

uñas de colores pastel danzando sin parar mientras ponía todo en orden, un pequeño derecho de limpieza en el hogar, que lo mismo pasaba la bayeta por la encimera que la mano por la frente, tomaba el pulso, cambiaba un pañal o, llegado el caso —convertida en el Ángel de la Muerte— administraba su dosis, seductora y esencialmente fatal de morfina.

Y en medio de aquella actividad frenética Rudy se había sentido desconcertado y agradecido, muy agradecido. No era —no es— lo que mi madre llama un «reciclado», pero tampoco lo que mi madre llama «sofisticado». Seguramente Bev le parecía una especie de faro en lo alto de un peñasco, una luz robusta pero amable que transformó aquella oscura esquina de Royston.

Su madre murió en marzo de 2010 de una apoplejía: «Una bendición, porque ya sabíamos que estaba en un camino sin retorno», dijo que había dicho Bev. En aquel momento no había aún nada que hiciera presagiar la primavera en todo el bosque, ni abajo en el suelo ni en lo alto de los árboles, no había pájaros que lo consolaran con su canto, y Rudy se sintió muy solo. Salvo por *Bessie*, que estuvo aullando tres días seguidos, como si quisiera restañar su dolor.

Así que cuando llegó la tormenta aquel otoño, tan tarde, y aplastó la casa destruyendo lo que quedaba de su vida conocida, la devastación fue absoluta. Claro que él no lo expuso así: no era el tipo de persona que dice esas cosas. De hecho, se miró las manos y murmuró: «Fue atroz, verdaderamente atroz», y después, durante unos tres minutos, no dijo nada más (yo me quedé mirando en silencio el reloj digital del horno, intercambiando miraditas con mi padre, esperando), como si pretendiera que aquellas cuatro palabras llenaran la habitación, los huecos que había entre nosotros, el horror total e inexplicable de su pérdida. Y me pareció que Rudy tenía la sensación de que había caído sobre él el peso de una justicia oscura, que estaba trabajando de manera soterrada: estaba perdiendo objetos materiales que representaban lo que ya había perdido al morir su madre, como si la naturaleza le obligara a comprender que tenía que empezar de nuevo desde cero y que nada volvería a ser jamás como había sido antes.

La noche de la tormenta había estado jugando una partida de póker en el pueblo, en un encuentro mensual que celebraban los antiguos compañeros del instituto. Como la predicción del tiempo no era buena había metido a *Bessie*

en la camioneta porque «Odia las tormentas, como todos los perros: las huele antes de que lleguen», y la había dejado en la cabina con la llave echada. La perra se sentaba en el asiento del conductor con el hocico apoyado en el volante y las orejas enhiestas.

—En plena tormenta, en el peor momento, fui a ver cómo estaba y la encontré llorando. Llorando mucho. Había tenido cuidado de no aparcar cerca de los árboles, por si acaso. Ya sabes, las ramas que se caen y eso. Pero aquel llanto me rompía el corazón. Así que pregunté a Ham si podía meterla en casa, que la dejaría en la cocina. Me dijo que sí y salí a por ella. Pero no dejó de llorar. Nos estuvimos riendo, los chicos y yo: una perra grande y fuerte como *Bessie*, asustada por el mal tiempo. Yo pensé que era el viento, ¿sabes? El ruido que hacía. —Rudy meneó la cabeza—. Pero después... Ham me hizo quedarme hasta que se pasó la tormenta, nos quedamos todos e hicimos un maratón de póker. Esa noche perdí unos cuantos cientos de dólares... Y después, cuando volví a casa y vi... en fin. Me imaginé que *Bessie* lo había sabido en todo momento. Creo que lo supo cuando estaba pasando.

—Menos mal que te la llevaste —dijo mi padre.

—Lo puedes decir bien alto.

Rudy sonrió. Tenía uno de los incisivos gris, muerto. Cuando sonreía parecía una calabaza hueca con la vela dentro. Le faltaban más dientes, molares, lo que hacía que se le arrugase un poco la cara. No daba miedo: de cerca no asustaba, con su barriga y sus dedos gordezuelos y el pelillo cano y rizado. Tenía la piel de los pómulos roja y gruesa, y los ojos como los de un perro: oscuros, esperanzados y tristes.

—Lo más sensato que he hecho en mi vida ha sido eso, llevarme a *Bessie* aquella noche. —Podía verle claramente, imaginando la alternativa—. Nada, no creo que hubiera podido soportarlo. Ella es todo lo que tengo. Ella es mi familia. Es mi cordura.

Volví a recordar aquella tarde de finales de verano, Cassie y yo encerradas en el sanatorio, mirándolos a él y a *Bessie* y a la camioneta a través de las persianas, cuando yo sentí la seguridad de que la perra sabía que estábamos allí.

—Los pastores alemanes son unos perros muy listos, ¿no?

—Más que la mayoría de la gente —dijo—. Más que la mayoría de la gente que yo conozco, desde luego.

Entonces recordé haber pensado que con la música de Springsteen, que oía a todo volumen, estaba reviviendo su juventud despreocupada. Ahora sin embargo lo veía de otra manera: no podía haber sido así. No podía haber sido ese tipo de hombre que va en la cabina de la camioneta rodeando con el brazo a una chica, seguro de sí mismo. Conocía alguna versión más joven de chicos como él. Estaban en mi instituto: torpes, solitarios, algo lentos, gravitando alrededor de otros chicos iguales que ellos sólo por sentir el consuelo que da la compañía, esperando poco y con escasas esperanzas de obtenerlo y siempre agradecidos, muy agradecidos, por lo que tenían.

El discurso salió bien. «Una combinación casi perfecta», según el señor Cartwright, de lo personal y lo científico. Seleccioné algunos detalles de la historia de Rudy: detalles que hacían que a la gente se le saltaran las lágrimas, como el momento en que encontró la foto favorita de su madre, donde aparecían ella y el padre de Rudy cuando eran jóvenes, cubierta de barro en un amasijo de ramas mojadas y escombros, a la mañana siguiente de la tormenta. Y aunque la gran intuición de *Bessie* me serviría para componer una buena historia y para mí era la parte más cargada de significado, la deseché porque no tenía mucho que ver con el calentamiento global. El señor Cartwright nos dijo que hay que dar forma a la historia para que se convierta en una exposición, y eso implica que hay que decidir qué se usa y qué se desecha. Empecé con Rudy, seguí con el huracán *Katrina* y otros sucesos importantes que han tenido que ver con el clima y luego pasé a las estadísticas. El señor Cartwright siempre nos decía que reaccionamos ante lo individual, no ante lo colectivo, que nos conmueve más la muerte de un niño solo, pero concreto, que la noticia de la muerte de quinientas o mil personas, así que en todo momento tuve eso presente. Quizás construí un Rudy más heroico y estoico de lo que era en la vida real (en la vida real, como decía mi padre, desde la muerte de su madre Rudy parecía haberse quedado anclado en su amistad con el pariente pobre de Johnnie Walker), pero eso contribuyó al desarrollo de mis ideas y no me inventé nada. El señor Cartwright dijo que estaba seguro de que mi ensayo quedaría en buena posición en el campeonato, lo cual era una alabanza equiparable a las que ofrecía a los demás. Así que me quedé contenta. Quedé la tercera, pero los dos que iban por delante de mí eran ambos de octavo, así que me supo a triunfo. A Jodie,

que estaba en una categoría totalmente diferente, interpretando un monólogo de *La fierecilla domada*, hasta le dio un poco de envidia.

Es curioso lo que hace el tiempo: una gota de agua que cae cada día sobre una piedra, sin que nos demos cuenta, va formando una suave oquedad. A finales de la primavera yo ya no pensaba tanto en Cassie. No había dejado de verla en ningún momento, pero ya no íbamos juntas. Peter Oundle era más amigo mío que novio suyo y, si la razón para ello era que su romance había fracasado, pues eso que le agradecía a Cassie. Aunque Peter la adoraba, y tal vez la quiso aún más después de romper con ella, yo sabía que no era la chica adecuada para él. Claro que él corría los cuatrocientos metros y lo invitaban a todas las fiestas. Pero en el fondo era un poeta: a mí me enseñó sus poemas y me habló de ellos, me pedía mi opinión sobre una palabra o un verso. A algunos de esos poemas —los que rimaban, que no era lo habitual— les puso música y los convirtió en canciones, que también me mostró. Incluso me invitó a su casa, y la primera vez me puse tan nerviosa como si aquello *significara* algo, aunque luego quedó claro que no había en ello nada especial. Desde luego, no para él.

Peter tenía en su habitación un teclado y una guitarra, y tocaba y cantaba para mí. Juntos arreglábamos las letras. Yo no tengo formación musical, pero de alguna manera sé distinguir si una canción funciona, igual que sé distinguir si una historia funciona o que soy capaz de anticipar la trama del episodio de una serie antes de que se desarrolle, y casi siempre acierto. Él me dijo que no conocía a nadie —aparte de mí— que tuviera esa facilidad, y nos convertimos en colaboradores. Dijo también que siempre se le olvidaba que yo era menor que él, porque le daba buenos consejos y le hablaba con sensatez. Y yo intentaba con todas mis fuerzas que aquellos halagos no me parecieran algo más.

No lograba imaginarle haciendo todo aquello con Cassie, ni halagándola así. Pero siempre rompía una lanza por ella —o por lo que imaginaba de ella— y no encontré ni una brizna de interés romántico por mí, por mucho que me empeñara. Por la forma en que se le dulcificaban la voz y la mirada cuando hablaba de Cassie, supe que aún estaba enamorado de ella. Tenía la costumbre de frotarse el índice de la mano izquierda con el pulgar derecho siempre que hablaba de Cassie, como si consolando a su mano se consolara

él, como si fuera difícil hablar de ella aunque quisiera. Conmigo, sin embargo, todo era fácil y sin ataduras: no había miradas prolongadas ni silencios incómodos ni gestos torpes. Yo buscaba todo eso, sin duda: lo buscaba y esperaba que sucediera. Recordaba cómo me quemó su mano cuando la depositó, brevemente, sobre mi hombro aquella mañana de verano, hacía tanto tiempo. Lo buscaba, pero no hubo nada.

Peter me dijo en más de una ocasión que se sentía afortunado por haber tenido una amiga, de sexo femenino, tan íntima y cercana. «Eres como una roca», me dijo. Me dijo todo tipo de cosas: me habló de su madre, que bebía demasiado y, aunque no era una alcohólica estrictamente hablando, se excedía con más frecuencia de la cuenta. Me contaba que gritaba a su padre y que él odiaba aquellas situaciones y al mismo tiempo sentía lástima por ella. Me habló de su hermano mayor, que tenía una fuerte dislexia —Josh tenía cinco años más que él, iba ya a la universidad— y que nunca le había ido bien en el colegio y le costó mucho acabar octavo: me lo contó hablando como si fuera su padre, adoptando una sonrisa de arrepentimiento. Me contó lo mucho que había decepcionado Josh a sus padres, que esperaban que él lo compensara. Me habló de su fobia a los insectos y del asma que sufrió de pequeño, de lo mucho que le gustaba la música antigua —Bob Dylan, por ejemplo— y el *anime* japonés. Me enseñó montones de fotos de Tokio en el ordenador: soñaba con ir un día. Me habló de todo y de cualquier cosa, pero como si fuéramos dos amigas, o dos abuelos. Era inmune, intuitivamente o de forma premeditada, a mi interés.

Mi madre me dijo que se daría cuenta cuando llegara el momento. «No seas *im-paciente*», bromeó, aunque a mí me costaba mucho entonces esbozar una sonrisa si se mencionaba a Anders Shute, que se había convertido en el símbolo de todo lo que había ido mal.

Desde la primavera de séptimo curso hasta otoño de noveno hay un trecho. En ese tiempo pasan muchas cosas. Algunas suceden rápidamente, como un accidente de coche o un ataque al corazón; otras ocurren despacio, como la desintegración de una amistad o de un matrimonio, o el cáncer, y uno no sabe que están pasando hasta que llega la crisis. Y en ese momento, es demasiado tarde.

Con una persona a la que conoces de toda la vida y a la que has querido

sin pensarlo se produce, además, la extrañeza de saberlo todo y no saber nada de ella al mismo tiempo. En el colegio, en el instituto, charlábamos muchas veces por los pasillos o en la cantina y Cassie siempre hacía una mueca determinada, o empleaba una palabra determinada, o se pasaba la mano por el pelo con un determinado movimiento, y yo sabía exactamente qué sentía en ese instante. Y en ese instante estaba todo lo que había entre nosotras. No se podían borrar nuestras vidas de un plumazo. Pero nuestra amistad era, al mismo tiempo, como una ciudad a la que hace mucho que no vas: te sabes las calles de memoria, pero las tiendas y los restaurantes han cambiado, así que no te pierdes si tienes que ir desde la iglesia hasta la plaza, no hay problema con eso. Sin embargo, no eres capaz de encontrar un sitio donde vendan helados o un sándwich decente.

Cassie y Bocado Malvado estaban siempre juntas. En octavo iban juntas a fiestas, los fines de semana. Se las veía en Instagram en las fiestas del instituto y Peter, con quien yo seguía hablando y escribiéndome mensajes y al que veía con regularidad aunque él iba al instituto de enseñanza superior de Royston, me decía cuando las veía después de la fiesta de apertura de curso o en la noche de las hogueras o en el baile de invierno, que estaban siempre juntas riéndose a carcajadas y gastando bromas pesadas sobre la priva y la hierba. Si no estaban siempre de farra, se las arreglaban para que todos creyéramos que sí.

No lograba creer cómo consentía Bev aquello. Tal vez estaba distraída con su romance. Un sábado estábamos toda la familia cenando en el Lotus Garden cuando entraron Bev y Anders Shute. Se detuvieron en nuestra mesa y mi madre preguntó por Cassie. Bev dijo que había querido quedarse en casa haciendo deberes, y a mí aquello me pareció muy raro... Cenar tenía que cenar, ¿no? Me imaginé que Bev y Anders Shute estarían encantados de estar juntos y Cassie feliz de estar sin ellos. Pero me parecía una actitud muy solitaria en una chica de esa edad. Luego se me ocurrió pensar que tal vez no estaba sola y que, aunque lo estuviera, seguramente no estaba estudiando. Yo tenía matrícula en todas las asignaturas y no tenía tantos deberes. Cuando éramos pequeñas, Bev solía decir un refrán: «Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas» antes de encargarnos cualquier tarea para mantenernos ocupadas. Y creo que aquel día el diablo estaba prestando más atención a Cassie que la propia Bev.

Lo que no supe hasta mucho después —aunque podía haberlo supuesto— fue lo tormentoso que se había vuelto todo en casa de las Burnes. Mi padre se había enterado por el señor Aucoin, el día que fue a hacerse la limpieza semestral, que una noche se había encontrado a Cassie caminando sola cerca de la Ruta 29, en dirección a la ciudad, lejos de su casa y cuando ya era noche cerrada. Dijo mi padre que el señor Aucoin le contó que había parado el coche y le había dicho que subiera, que la acercaba a su casa. Pero Cassie, muy correcta, le había respondido que no, que muchas gracias, que iba a casa de una amiga. Y el señor Aucoin le había dicho entonces: «Pues si eso es verdad no sé cómo no te ha acercado tu madre. No puedes ir andando por aquí, tan cerca de la autopista. Así que sube que te llevo a casa». Y como ella volvió a negarse, él le dijo: «Cassie Burnes, no te voy a dejar en paz como no te subas al coche. O, si lo prefieres, llamo al 911 y le digo al oficial Callaghan que te lleve él en el coche patrulla». Entonces subió al coche, dice mi padre que le contó el señor Aucoin, y la llevó a su casa.

Cassie nunca me contó su versión de esa historia, lo que significaba que no le parecía una situación sobre la que pudiera gastar bromas. Pero sí pensé cómo se habría sentido: ir andando en medio de la oscuridad por aquel camino... Supongo que no se sentiría bien, ¿verdad? A lo mejor su plan era marchar, sin destino concreto: largarse de allí, lejos de allí. Si no, ¿por qué iba a hacerlo? A menos que Bev no estuviera localizable y Cassie necesitara ir a algún sitio (pero ¿adónde? La casa de Delia estaba demasiado lejos, no puedo ni imaginar dónde planeaba ir... Hasta mi casa está a más de kilómetro y medio de la suya, y la de Peter a tres veces esa distancia) y no quería pedir a Anders Shute que la llevara. O puede que estuvieran los dos fuera, ella sola en casa, y pensara que no daba más miedo ir andando sola por el borde de la autopista que quedarse sola —*Electra*, la gata, hacía tiempo que había huido al bosque— en aquella casita del final de la calle.

Independientemente de la razón por la que iba caminando por allí, ¿qué sentiría cuando aquel coche abandonó la fila y se paró junto a ella, los faros cegadores como el resplandor de una hoguera? Y el coche, ¿qué coche era aquel? No lo distinguiría en la oscuridad, no sabría si era o no de alguien conocido, no distinguiría la marca ni el color. Como en una pesadilla, se baja el cristal y aparece un hombre que te dice que subas, y es entonces cuando te das cuenta de que es una persona conocida, es tu vecino de al lado, y una

sensación de calma te empapa y te sientes como si te renovara todo el torrente sanguíneo, todo a la vez, un cambio de la temperatura interior de tu cuerpo... Salvo cuando insiste en que subas al coche, eso que siempre te dijo tu madre que no hicieras, que nunca te subieras al coche de un desconocido... Pero él no es desconocido, es el señor Aucoin, grande y peludo como un oso, puedes ver la pelambreira en el dorso de su zarpa, que tiene sobre el volante, la ves con el reflejo de la luz. Y entonces se apodera de ti un frío nuevo: es muy raro que insista tanto, de esa manera... No le conoces bien; conoces a su mujer y a sus perros mejor que a él... ¿Y no te han dicho nunca que un gran porcentaje de secuestros los llevan a cabo personas a las que la víctima conoce? ¿Cómo has llegado a encontrarte en una situación en la que estás al borde de la autopista y un hombretón está a punto de obligarte a que entres en su coche? Debe de pesar más del doble que tú. No tienes ninguna posibilidad. Y si no entras en el coche del señor Aucoin, ¿cuánto tardará en pararse otro coche, en bajarse otra ventanilla, en aparecer otro hombre —otra cara que aún no conoces, esa cara de tus pesadillas— que también insistirá de la misma manera? Y luego dice lo del oficial Callaghan y ahí te tranquilizas... No mencionaría a un policía si planeara matarte, ¿verdad? Así que accedes, subes al coche. Y los asientos de símil cuero de su Buick LeSabre están cuarteados, pero suaves; por las toberas sale aire caliente que te da en las mejillas, ardiendo ya. Vuelve a salir a la carretera a toda velocidad, levantando la gravilla, y mientras oyes el sonido metálico del cinturón de seguridad piensas ya estoy jodida, ya estoy jodida, me va a matar después de todo, y sólo recuperas el resuello cuando apaga el motor al llegar al camino de acceso a tu casa, con esa barriga embutida en un jersey lleno de pelotillas que se apoya contra el volante; se aclara la garganta de esa forma tan peculiar, como le has oído hacer tantas veces en verano, a través de las ventanas abiertas, y te dice: «Muy bien. ¿Necesitas que entre y tenga unas palabras con tu madre, o crees que podrás bandear esto tú solita?». Y por primera vez te toca, ligeramente, el antebrazo, un toque que percibes a través de la chaqueta y sientes que es ligero como una pluma, sorprendente en un hombre tan carnoso. Y él dice con cierta urgencia: «Tu madre tiene que entender, y tú tienes que entender, que no puedes ir andando sola por el borde de la autopista a esas horas de la noche. No es seguro. ¿Me oyes?».

Y tú asientes, das las gracias educadamente, aunque hay una parte de ti

que vuelve a preguntarse si es un perverso sólo por pensar que no es seguro que hagas eso. Él no tiene hijas, ¿qué sabe él? Entonces sales del coche, le dices adiós con la mano desde la puerta de tu casa, donde estás de pie, iluminada por la luz amarilla, y le ves hacerte un gesto con la cabeza, una especie de reverencia a medias, que te lleva a preguntarte si sabe más de lo que aparenta.

Y después de eso, la aprensión fugaz, la ansiedad de pensar que todas esas emociones y temores que has sentido eran en sí mismas una especie de pornografía, una especie de miedo impostado, como ese miedo que uno siente cuando juega a imitar a alguien o en las películas de miedo, un temblor casi erótico que llevas impreso porque entiendes perfectamente cómo pasan las cosas, cómo funcionan las historias, qué es lo que va a suceder, y que cuando una chica, una adolescente va andando sola por la noche siempre hay una historia, un relato que lleva implícito su castigo. Y si ese castigo no es absoluto, con violación y asesinato incluidos, entonces tiene que haber al menos una amenaza de esas posibilidades, el miedo a que ocurran. Y que todas las historias con las que has crecido te han hecho sentir, en ese momento y en esa autopista, no sólo como una víctima, sino como una heroína de otra historia que alguien contará, contigo como protagonista: esa rara ocasión en la que serás la estrella del espectáculo.

Todo esto pienso de Cassie en el invierno de octavo curso. No importa mucho que no me lo dijera, ni a mí ni a cualquiera que yo conozca, porque yo también lo he vivido. Aunque me sigo preguntando si Cassie, cuando el coche se paró a su lado, lo único que sintió fue fastidio —en plan: «¿Y ahora qué coño pasa? ¿Es posible que el día de hoy se ponga aún peor?»— y si se habría subido a un coche, al coche de cualquiera, más rápido aún, si hubiera contado con la posibilidad de que la llevaran más allá, hacia lo más oscuro, lo más salvaje. Somos muy distintas Cassie y yo, siempre lo fuimos, siempre quisimos aferrarnos a unas cosas, liberarnos de otras, que no coincidían. Como esa canción de Janis Joplin que tanto le gusta a mi madre, «libertad no es más que una palabra para decir que no te queda nada que perder», quizás Cassie ya estaba entonces preparada para lo siguiente, aunque no tuviera ni idea de lo que era.

Ahora, claro, después de tanto tiempo, me pregunto por qué cuando mi padre me contó lo del señor Aucoin yo no escribí a Cassie un mensaje, ni

siquiera la llamé, ni fui a hablar con ella a su taquilla para decirle que me lo contara. Si he de ser sincera, ni siquiera se me pasó por la mente. Meneé la cabeza y me tragué el cuento. No se lo conté a Jodie —¿para qué, si ya sabía lo que me iba a decir?— pero sí a Peter. Hablamos un poco del asunto y él escribió una canción: una canción lenta, triste, sobre una chica que iba de noche caminando junto a la autopista. Yo dije que era la canción más hermosa que había compuesto hasta el momento (lo era, de verdad) y, por lo que yo sé, él tampoco habló nunca con nadie del asunto.

Pero seguramente la razón por la que el señor Aucoin contó aquello, mientras estaba tumbado en la silla de dentista con la boca abierta, vulnerable bajo aquellas luces tan intensas y con las manos enguantadas de mi padre hurgándole las encías, fue que sabía que Cassie y yo habíamos sido muy amigas, amigas eternas; sabía que mi padre me lo contaría a mí y debió pensar que así toda la información quedaba en buenas manos y alguien, alguien, la emplearía con los mejores fines.

Aquel verano me fui de campamento por primera vez en mi vida. El señor Cartwright nos recomendó un campamento de teatro en Lake George, en el estado de Nueva York, donde él había dado clases cuando era joven. Jodie y Jensen también habían pensado ir, pero salía muy caro, sobre todo porque ellos eran dos. Así que fui sin conocer a nadie. Me llevaron mis padres. Pusimos todas mis cosas en la parte trasera del coche familiar y me ahorraron el momento de decirles que se fueran apenas traspasamos la verja del campamento. «Nos parecería raro que no quisieras disimular que nos conoces, conejito», dijo mi padre —¿cómo podía llamarme conejito allí, donde cualquiera podría oírnos!— y mi madre se puso sentimental. A ella le encantó aquella experiencia, de pequeña... ¡Tiro con arco! ¡Canoas! ¡Fuego de campamento! Sin embargo, aquel mundo de aspirantes a actores, muchos de ellos de Nueva York, le parecía extraño y un poco intimidatorio.

A mí me encantó: las cabañas polvorientas que olían a madera vieja y la luz sobre el agua por la mañana temprano. Hasta la comida, que era horrible, y las cabinas de ducha, llenas de barro y con sus cortinas de caucho industrial, me parecían parte del encanto del lugar. Y sobre todo me encantó la gente, y las obras que representábamos. Montando un escenario me hice un agujero en el dedo medio: todavía contemplo la cicatriz blanca con placer y

un poco de orgullo. Me entretuve mucho —tanto como me enfadé— con «la pandilla Teflon», un grupito de niños actores extrañamente guapos y casi triunfadores que repartían retratos suyos y tenían los dientes de un blanco nuclear. Aunque estos no eran más que un pequeño porcentaje de otro grupo, más numeroso, que incluía a seis niños becados del centro de Chicago, la hija de un granjero canadiense y el hijo miope y heroicamente *nerd* de una diseñadora de ropa neoyorquina que estaba muy de moda. Siempre se estaba subiendo las gafas de culo de vaso que le resbalaban nariz abajo, y era famoso por sus chistes malísimos.

Nuestros consejeros también eran una extraña banda de chicos recién salidos del instituto o de primeros cursos de la universidad que se sabían de memoria oscuros monólogos. Una niña que iba vestida como un druida sabía recitar «El rizo robado», de Alexander Pope, entero. Otra había visto *Ángeles en América* catorce veces; una tercera iba por ahí cantando las canciones de *Wicked* a todo volumen. Los técnicos eran magos de la informática y maestros carpinteros capaces de transformar un escenario en una discoteca del centro urbano o en el Bosque de Arden, con luces de colores, arpillera y contrachapado pintado. Para representar una versión experimental de *Cloud Nine* que iba a interpretar un grupo de participantes mayores, la diseñadora de vestuario y su equipo construyeron un escenario inclinado, en forma de diamante, con piezas de madera en forma de damero —todo en cuatro días— con lo que la obra parecía una fantasía de Lewis Carroll.

En aquel lugar había un orden social diferente donde las habilidades de cada uno —resolver un cubo de Rubik en menos de diez minutos, confeccionar un traje de Lady Marian con cinco metros de poliéster color turquesa y un poco de cinta de adornos navideños, tener el tono de voz exacto o una memoria fotográfica perfecta para tu papel o la capacidad de imitar muchos acentos distintos— eran monedas de cambio social mucho más cotizadas que tener un buen cutis o un par de sandalias caras.

Yo iba por primera vez —para algunos niños era la cuarta o la quinta— y no me dieron el mejor papel de la obra más importante que me tocó interpretar (hice de nodriza en *Romeo y Julieta*) pero interpreté a Ann en una lectura dramatizada de *En casa en el zoológico* de Albee. Y lo cierto es que lo pasé estupendamente trabajando de ayudante del apuntador en el musical.

Aquel mes Royston me pareció lejanísimo: por primera vez pude

visualizarme en cualquier otra parte, haciendo algo útil e inesperado. Ya no parecía algo imposible, fuera de mi alcance.

Cuando regresé a casa pasé mucho tiempo contando a mis padres y amigos historias del campamento. Ellos sonreían y hacían como que escuchaban, pero yo advertía un brillo en su mirada. Envié muchísimos correos electrónicos y mensajes de texto a los amigos que hice allí, y recibí sus respuestas como si cada una fuera de un nuevo novio.

En agosto pasé dos semanas con mis padres en una casa que alquilamos en Mount Desert, donde estuvimos paseando por el parque nacional de Acadia y montando en barca o bañándonos en el agua helada del mar. Yo leí, empecé a escribir una obra de teatro que nunca terminé —sobre dos amigas que van de camping juntas y una de las dos sufre un accidente— e imaginé todos los aspectos en los que ya sería diferente cuando volviera al instituto. Y pensé en cómo podría materializar aquellas diferencias: podía ser actriz, quizás montar un grupo de rock. Comencé a escuchar a Amanda Palmer, de la que era fan Shu-Lee, mi compañera de litera en el campamento. Decidí empezar a pintarme los ojos con delineador, y vestir de otra manera —estilo *vintage*, porque los vestidos de los años cincuenta y sesenta con botas militares me parecían la combinación perfecta— y pregunté a mi madre si podía cortarme el pelo en Portland o incluso en Boston: en algún sitio más moderno que aquel Supercuts que había junto al Target de Haverhill. Y ella me dijo que claro que sí, que me llevaría a la ciudad antes del Día del Trabajo.

Así que fue un día de chicas: nos hicimos la manicura y comimos en el Copley Plaza, además del corte de pelo. Me lo hizo un tipo joven con al menos seis *piercings* —sólo en la cabeza— y los brazos con tantos tatuajes, tan coloridos, que apenas se veía un centímetro de piel. Cuando terminó de cortar en capas mis rizos oscuros la forma de mi cabeza parecía diferente, y mi rostro delicadamente redondeado en lugar de alargado y con forma de bloque. Había sido capaz de captar mi faceta de actriz —dura pero suave, extrovertida pero con estilo— sin que yo le dijera nada. Vamos, que me pilló, no sé cómo. Me dijo que tenía unos ojos preciosos, lo que para mí significó mucho, aunque era gay y no paraba de hablar de su nuevo novio. Mi madre no se cortó el pelo, pero se compró un vestido de cóctel en tono verde pavo en una tienda de ropa de Newbury Street, después de probárselo dos veces —

antes y después de comer— y quejarse un poco de lo caro que era.

—¿Y cuándo me lo voy a poner? —se inquietaba—. Y si no me lo pongo, no tiene sentido que me lo compre.

—Puedes dormir con él, si quieres —dije yo—. Puedes ponértelo para ir a una cena cualquier día. No es tan formal.

Me daba la impresión de que lo quería de verdad y lo único que buscaba era que yo le diera permiso. Mi madre se debate entre la extravagancia y la tacañería inesperada. Cuando tira las sobras de la comida medio desintegradas que llevan tres días en la nevera, siempre habla de la infancia de sus padres, niños en tiempo de guerra, como si quisiera explicarlo. Y deja la pastilla de jabón en el lavabo hasta que está tan pequeña que ya no hay quien la agarre. Pero luego puede dar la vuelta y dilapidar cientos de dólares en un solo día comprando cosas que, estrictamente hablando, no son necesarias. Ella lo llama espontaneidad. Se habrá puesto aquel vestido tres veces.

A mí me gustó que se lo comprara. Luego comimos ensalada de langosta en un restaurante de mantel blanco y yo me sentí muy guapa y renovada tras los cuidados del estilista tatuado. De vuelta a Royston, en el coche, mientras íbamos las dos mirando a la carretera (hasta los bordes de la interestatal estaban bonitos a la luz moteada del sol del crepúsculo) le dije a mi madre que le estaba muy agradecida por aquel día que habíamos pasado juntas y que me sentía muy afortunada por tenerla como madre.

No volví a hablar ni a ver a Cassie hasta después de empezar las clases de noveno curso, de nuevo en el centro de Royston. El instituto estaba en el edificio por el que pasábamos y al lado del cual jugamos durante tantos años. Aunque no había crecido mucho —no creo que llegara al metro sesenta de estatura, y seguía estando muy delgada— las facciones le habían cambiado: tenía la nariz más ancha, la frente más alta, la curva de los pómulos más definida. Tenía cara de adulta, una cara que parecía la de una mujer de un metro ochenta de altura, y no de una chica del tamaño de una muñeca. Ya no tenía aquel aspecto inacabado que había tenido siempre, y se había puesto guapísima. Tan guapa que hacía que mi corte de pelo moderno pareciera un fraude, porque en Cassie no había nada artificial que apartara la atención de sus rasgos. Llevaba el pelo suelto, eternamente fino y pálido, por debajo de

los hombros, y o bien se había convertido en experta con el maquillaje, hasta tal punto que se lo aplicaba sin que se notara, o había renunciado a él. Su piel, ligeramente salpicada de pecas, parecía de crema salpicada de canela. Era tan perfecta que el hueco que tenía entre los dientes parecía obra de algún artesano que, consciente de que la perfección provoca rechazo, había hecho gala de toda su pericia para dotarla de aquel defecto que tal bien le sentaba.

También le había cambiado la expresión. Parecía adulta, sí, pero una adulta melancólica, como si sobre sus hombros hubiera caído una pesada carga tras la última vez que la vi. Sus ojos, siempre pícaros e insolentes, tenían ahora un aire receloso, precavido. Aquel primer día se mostró extrañamente amigable. Atravesó corriendo todo el patio y vino a abrazarme con los brazos extendidos.

—¡Juju! —gritó—. Te he echado de menos.

No pude recibir su abrazo relajada: Jodie me dijo en el descanso que la familia Vosul se había mudado a Maine. Aquella estúpida de la madre había encontrado trabajo en Portland... así que Delia no estaba.

—Quieres decir que, de pronto, Cassie se ha quedado sin muchos amigos...

—Es posible.

Cassie y yo comimos juntas en la cantina varias veces, con otros chicos y chicas. Ella seguía yendo con la misma pandilla de hacía un par de años: la pandilla de Bocado Malvado, pero sin Bocado. Sin embargo, sin su mejor amiga, Cassie ya no se sentía parte de aquel grupo. A mí siempre me había parecido una especie de renegada: no exactamente una líder, pero sí un espíritu libre. Pero al contemplarla aquel otoño tuve una sensación diferente: era insignificante, y su insignificancia le provocaba angustia y la volvía violenta. Aquella actitud desafiante era una reacción a su impotencia, una bravuconería del tipo «mejor saltar la valla que guardar la cola». Estaba mucho más guapa que antes, pero también llevaba dentro una herida que le hacía intentar desesperadamente ser como todo el mundo.

Vino a mi casa una tarde de finales de septiembre. Desde el instituto podíamos ir andando. No fue algo planeado: íbamos andando por el pueblo con las mochilas, llamó a Anders —había empezado a llamarle así— y le dijo que no fuese a recogerla, que iría a casa por su cuenta. Al otro lado del

teléfono la voz de Anders sonó petulante y mucho más fuerte de lo que yo recordaba. La presionó un poco con los deberes y la cena, que había que preparar, pero no gritó ni nada por el estilo. Cuando colgó Cassie soltó un exabrupto. «Gilipollas.»

—¿Cómo va... todo eso? —pregunté haciendo un esfuerzo por parecer interesada.

—No me trates como si fuera tonta, Juju.

—No era mi intención.

—Muy bien, me queda claro. Como dicen Shute y mi madre, el mundo se encarga de separar al trigo de la paja. Es una cosa de la Biblia. Conmigo lo han dejado por imposible.

—No seas tonta.

—¿Eso crees? Mi madre dice que yo nunca llegaré a nada, y Anders... Bueno. Ese haría cualquier cosa para que no llegue.

—¿Qué significa eso?

Meneó la cabeza.

—Nada. No significa nada.

—¿Estás intentando decirme algo?

—Te quiero mucho, Juju. Qué mona eres. Si estuviera intentando decirte algo, te lo diría. Simplemente, expondría los hechos.

—Tenemos toda la vida por delante.

—¿Es que no ves lo que ofrece este pueblo? Poner rulos en The Mane Event, trabajar en la línea de montaje de Henkel...

—Nos vamos a ir de aquí. Las dos. No hay que irse muy lejos para darse cuenta de que el mundo es enorme y está lleno de la mierda más loca que te puedas imaginar.

—Corrijo: las dos nos vamos a ir de aquí, pero yo tendré que buscarme mi propio camino. Tengo que trazarme un plan.

Tomó aire y las palabras salieron en cascada, como el vapor de una cafetera.

—¿Quieres saber lo que he hecho este verano? Campamento de matemáticas. Cuidar a los críos de los Callaghan y los Justice, con ese odioso de Jackson que todavía lleva pañal y agarra unas perretas horribles: se tira al suelo delante de todo el mundo y empieza a agitar los brazos y las piernas

como si fuera un escarabajo y a llamar a gritos a su madre. Horrible y jodido, sí. Ah, y he visto *Modern Family*, haciendo enormes esfuerzos para que no me pillara el capullo ese porque, aunque no te lo creas, no le parece bien que la vea. Tú te fuiste a un campamento muy molón y luego a Maine con tus padres. Yo he estado tres meses como en la cárcel. Estaba deseando que empezaran las clases. Yo, Cassie Burnes, ¿te lo puedes creer? No veía el momento de salir de casa.

En ese momento llegamos a mi casa. Mi madre estaba sacando la compra del coche, y nos pusimos a ayudarla. Hizo muchos aspavientos al ver a Cassie y dijo lo mucho que se alegraba de verla con una expresión enfática, intentando mirarla a los ojos («Te hemos echado tanto de menos, de verdad») y que esperaba verla más ahora que íbamos al instituto del pueblo.

—Ven cuando quieras —dijo mi madre—. Como si fuéramos tu segundo hogar.

—Así os considero. Gracias, Carole.

Subimos a mi habitación corriendo por las escaleras, como si estuviéramos jugando. Volvió aquel golpeteo familiar de los pies sobre los peldaños que hacía tanto que no se oía en mi casa.

—Cuidado, chicas.

Del tono de voz de mi madre deduje que estaba sonriendo.

¿De qué hablamos? De Peter: quizás un poco, sí. De otros chicos y chicas del instituto, de los profesores. Vimos vídeos en YouTube, de música sobre todo —pop y rap— pero también de comedia, intervenciones de Eddie Izzard, Key y Peele. Cosas superficiales que nos hacían reír un poco, pero nada que nos importara. Luego nos llamó mi madre para decirnos que iba a recoger una cosa y que si quería Cassie que la llevara a casa. Y nada más.

Si mi madre creyó en algún momento que aquella sería la primera visita de muchas, se equivocaba. En el instituto Cassie se mostraba bastante cercana, como si yo no tuviera el corazón helado. Como si no tuviera razones para tenerlo. Pero estoy segura de que notó algo. O eso, o decidí guardar las distancias. Yo no iba a hacer ningún acercamiento significativo. No podía. Estaba en juego mi orgullo. Y ella tendría que haber hecho un esfuerzo importante para parecer vulnerable: se arriesgaba a sufrir mi venganza. A mí me gustaba pensar que no la estaba rechazando, pero es posible que sí lo hiciera. Y es posible que yo hubiera sentido la necesidad de ejercer mi

superioridad si ella me hubiera dado la ocasión. Pero no me la dio.

—¡Es más falsa...! —me quejaba a Peter, que también hablaba con ella en el instituto, nada más—. Es como un ciborg. La chica de carne y hueso que fue amiga mía durante tantos años se ha pasado al lado oscuro.

Peter suspiró.

—Tiene problemas.

—¿Y cómo vamos a saberlo?

Yo sabía que estaba en lo cierto, pero aun así...

—La cuestión es que no quiere que lo sepamos. Uno no se esconde si no tiene algo de lo que esconderse. Es como un planeta: sabes que es redondo, pero sólo ves la mitad: una especie de media luna, media naranja. Deduces que hay otra mitad que está en tinieblas, y sabes qué es lo que provoca esas tinieblas.

—¿Y si no hubiera un *allí*?

—Eso son chorradas, Juju.

Lo eran.

—Anders Shute —dije.

—¿Qué pasa con Anders Shute?

Empezamos a hablar de eso.

—Anders Shute es el que está entre las tinieblas. Aunque tal vez la persona a la que ella odia realmente es Bev. Como eso no es aceptable, utiliza a Anders de víctima propiciatoria.

—Puede. Pero parece más complicado que eso.

—No creerás que está haciendo algo malo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes lo que quiero decir con eso.

—No sé ni por qué se te pasa por la cabeza.

—Porque esas cosas pasan.

Peter frunció el ceño.

—¿Te ha dicho algo?

—No exactamente.

—Tienes que tener cuidado, Juju. No puedes ir por ahí diciendo cosas de esas. Ni siquiera pensándolas. Es peligroso.

—Muy bien. ¿Y si el peligroso fuera él? ¿Y si fuera él la Cosa Oscura?

—¿Qué?

—¿Y si necesitara nuestra ayuda para librarse de él?

—Pues tendría que pedirla, ¿no te parece? Sin eso, puede que estemos montando un lío donde tal vez no lo haya.

—Pero y si...

—No puedes convertir una hipótesis en una causa —dijo entonces, más convencido—. Mi madre es abogada y siempre lo dice. A menos que Cassie te diga algo, o me lo diga a mí (lo que no parece probable) todo son conjeturas. Y eso es como decir que no hay nada. Así que no vayas por ahí diciendo esto a todo el mundo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ni a tu madre, ni a Jodie ni a nadie. No es una broma.

—Ya lo sé.

No me lo tomé a la ligera. Pero una vez que aquello se me metió en la cabeza, no pude olvidarlo del todo. Lo encontraba lógico, de algún modo. Yo leía los periódicos, veía la televisión. Esas mierdas que ocurren continuamente, a veces a la vista de todo el mundo. Y a fin de cuentas él era el padrastro, ¿o no? Y si las madrastras malvadas se llevaban la peor parte en todos los cuentos de hadas, los padrastros se la llevaban siempre en las historias del mundo real, según había visto yo. Todos tenían el mismo poder que un padre, y no sentían sus limitaciones. Y si no era Anders Shute, ¿quién había convertido a Cassie en una media luna, con su lado oscuro?

No volvió a venir a mi casa después de clase hasta finales de enero. A última hora de la mañana se desencadenó una tormenta de nieve, antes de lo previsto y más intensa de lo que decían las previsiones. A partir de la una se cancelaron todas las clases teóricas y prácticas. Bev y Anders estaban trabajando y Cassie no tenía forma de volver a su casa. Así que le dije que se viniera a la mía. Antes de aceptar preguntó a otras dos o tres personas, pero todos vivían más lejos. Así que fuimos andando por la nieve, con el viento cortándonos la nariz y las mejillas.

Le recordé nuestro mejor invierno, con el trineo, cuando teníamos ocho o nueve años, y el fuerte que habíamos construido en mi jardín con la nieve, con ayuda de mi padre: un auténtico iglú, perfectamente compactado. Nos metimos dentro a tomar chocolate caliente que nos hizo mi madre, con una

bolsa de caramelos que había sobrado de Halloween. Estábamos encantadas con el iglú y hacíamos como que no nos importaba congelarnos. Nos quedamos allí hasta que no sentimos los dedos de los pies. Después nos dimos un baño caliente en la enorme bañera victoriana con patas de mi casa, riéndonos y llorando al tiempo, al sentir arder las piernas heladas en contacto con el agua caliente. Probablemente fue la única vez que habíamos estado juntas completamente desnudas. Incluso entonces a mí me había dado un poco de corte: me sentía como un gigante de huesos grandes en aquella bañera de porcelana.

Al recordarlo nos sentimos casi conspiradoras. Cuando llegamos a mi casa mi madre no estaba, y preparamos nosotras un chocolate caliente como en los viejos tiempos. Nos sentamos a tomarlo en los taburetes de la cocina. La nieve caía veloz en pequeños copos, casi de lado por el fuerte viento. La cocina estaba iluminada por una luz blanca. Teníamos la cara roja del contraste del calor con el frío de fuera, lo que mi madre llamaba «ese color sonrosado tan saludable», y yo me di cuenta de que a través del pelo, color de nieve, Cassie tenía el cuero cabelludo también sonrosado.

Nos sentíamos cercanas, haciendo chocar los pies con los armarios de debajo de la isla de la cocina y hundiendo la nariz en la taza de chocolate humeante.

—¿Qué pasa contigo? —pregunté—. Lo digo en serio, no es una forma de hablar.

—¿A qué viene eso?

—En los últimos tiempos sólo muestras la cara luminosa. Igual tú no te das cuenta, pero es así. Sé que algo pasa.

—¿Ah, sí?

—Vamos, Cass. ¿Desde cuándo somos amigas?

—¿Aún somos amigas?

—Ah, ¿no lo somos?

Se puso seria de pronto.

—Somos amigas, claro que lo somos. ¿Te acuerdas la canción de las *girl scouts*?

—Ya lo creo que me acuerdo.

—Pues tú eres mi amiga de oro. La más de oro de todas.

—¿Pero?

—Pero ¿qué?

Aparté los ojos.

—Pero nada —dije.

Volví a mirarla y sonreí, con una perfecta sonrisa falsa.

TERCERA PARTE

Cassie desapareció a principios de abril de noveno curso. Y no desapareció una vez, sino dos. Aunque vistos desde fuera, los dos incidentes constituían uno.

Algunas cosas las escribí en mi diario. Sé que aquel nueve de abril, más o menos una semana después de Pascua, todo el mundo hablaba de ello en el instituto. Era martes. Cassie había desaparecido, aparentemente, la noche del viernes o la madrugada del sábado, pero Bev y Anders no denunciaron la desaparición. No inmediatamente. Habían tenido una discusión y Cassie se había saltado el toque de queda el viernes noche y no llegó a casa hasta las dos de la mañana. Según dice Peter, que se lo oyó contar a la propia Cassie durante los escasos momentos que duró su reaparición, Anders amenazó con echarla de casa para siempre.

—¡De mi propia casa! —había dicho Cassie a Peter con los ojos enrojecidos y aún enfadada—. ¿Te lo puedes creer? De pie, en mi cocina, con esos pantalones de Jockey, a las dos de la mañana. ¡Esa puñetera pechuga de pollo llena de granos, con esa barba rala de chivo entre las tetas, plantado ahí de pie y diciéndome que voy a perder el derecho a estar en mi puta casa!

Según parece, mientras Anders chillaba a Cassie, Bev seguía en la habitación.

—A mi propia madre no le importa una mierda —le dijo a Peter dos días después, aún sin poder creerlo—. Después de todo lo que he soportado, día tras día, hace más de dos años ya... Mordiéndome la lengua siempre, siempre por ella. Y no es capaz de sacar el culo de la cama y bajar las escaleras cuando me hace falta. En el fondo casi llegué a pensar... no, qué coño, en el fondo no me pareció ni medio raro que le hubiera enviado ella. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿Es que no te lo imaginas? Se estaría ahuecando el pelo

mientras ligoteaba con él, en plan «Ah, Cassie está fuera de control, yo no puedo con ella, Anders cariño, ve tú...». Y toda esa mierda de que somos un equipo. Toda la vida así: «Tú y yo solas, Cassie. Mientras estemos juntas, podremos hacer lo que sea. Solas tú y yo, Cassie». ¡Puto coño embustero! Todo chorradas. Todo mentiras. Desde el principio.

Cassie había ido a ver a Peter. Se lo contó porque era el único amigo en el que confiaba. Y a él le sorprendió enormemente que lo fuera a buscar —hacía eones que no salían juntos— aunque me dijo que al cabo de unos minutos se sintió como si no hubiera pasado el tiempo. Cassie le dijo que sabía que estaba enamorado de ella. Cuando me contó eso, puse los ojos en blanco: todos lo sabíamos. Peter no había salido con ninguna otra chica después de dejarlo con ella, y Cassie sabía que él era un tipo fuerte y sensato. Peter me dijo que en cierto modo se había sentido aliviado, porque al menos pudo ver que tenía una idea clara de él. Le dijo también que sabía que no intentaría nada, como así fue. Pero cuando intentó abrazarla —como amigo, me dijo, sólo para consolarla— ella se apartó enseguida muy airada y se tumbó en su cama, mirando a la pared. Estaba hecha polvo.

Él no fue capaz de articular palabra. No podía tocarla. Se quedó escuchando su respiración arrogante, entrecortada a posta, y así esperaron los dos en silencio, como si ella fuese un animal herido que ha caído en una trampa. Él veía, a través de la ventana, cómo la luz se iba apagando fuera. El crepúsculo azul, congelado; los ojos de Cassie fijos en el cielo y él, sentado en el suelo con las rodillas dobladas y la espalda apoyada en el costado de la cama. Esperó y esperó, hasta que notó que la respiración de Cassie se había vuelto más serena. Se había quedado dormida.

Naturalmente, esa no era la historia. Era el entreacto de una obra teatral que era la vida de Cassie, tan lejos de cualquier juego de imitación. Estuvo durmiendo en la cama de Peter con la ropa puesta, sin moverse, desde primera hora de la tarde del miércoles hasta última hora de la mañana del jueves. Él no se lo dijo a sus padres. Fingió que estaba enfermo y se saltó la cena. Bajó sólo a decir que se iba a la cama y se quedó junto a ella hasta quedarse dormido él también, en el suelo y con la cabeza apoyada en un cojín. Cassie le había hecho prometer a su llegada que no diría a Bev dónde estaba. Lo cual suponía que los padres de Peter no podían enterarse, porque

entonces insistirían en avisar a los de ella. Después de todo, Cassie era oficialmente una persona desaparecida.

—Tienes que entender que según ella esto era una cuestión de vida o muerte —me dijo Peter—. Insistió mucho en que volver a casa la mataría.

—¿Ellos la matarían? —pregunté.

Cuando Peter y yo tuvimos esta conversación Cassie se había vuelto a marchar: no se sabía dónde estaba, y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que estaba realmente desaparecida. La primera vez también pareció real, hasta que regresó. Pero esta vez no teníamos ni idea de lo que había sido de ella.

La historia oficial —la de Bev— fue que habían tenido una discusión, otra más, la número cien mil, y Cassie se había marchado ofuscada. Parecía perfectamente lógico que hubiera una discusión que formara parte de la verdad, e igual de lógico que no constituyera toda la verdad. Y pensamos que, seguramente, el siniestro Anders Shute tenía algo que ver en esa verdad.

—Pero ella no dijo eso —insistió Peter—. Dijo que *volver* a casa la mataría. Y eso cobró significado en cuanto me contó la historia completa.

Según Peter la historia era así: en invierno, más o menos cuando Cassie vino a mi casa durante la tormenta de nieve, vivir en su propia casa se había vuelto insoportable. No hacía nada bien. Parecía que Bev, Anders y hasta Dios mismo estaban conspirando contra ella. Y Cassie, sin su Bocado, sin mí y sin Peter estaba al borde de la desesperación.

Estoy intentando imaginar la sensación de soledad que experimenta alguien que siente lo que ella sentía en aquellos momentos. Y creo que no puedo. Yo soy un perro y ella era un gato: yo soy zalamera y entusiasta; ella, contenida e intimista. Durante mucho tiempo eso no tuvo importancia. Pero por su naturaleza felina Cassie estaba sola y se sentía sola. Y yo debería haberlo notado. Porque ella era demasiado orgullosa para decírmelo, o para decírselo a Peter. Y yo demasiado orgullosa —y me sentía demasiado herida — para verlo.

Sin embargo, siempre había tenido un ángel de la guarda. Siempre había creído en él. Un ángel que la llamaba muñequita, que la protegía de todo mal y veía lo mejor de ella, mientras Anders y Bev sólo veían el tizne. Y Cassie tenía fe en la fe de él: no estaba loca. Siempre le habían dicho que estaba

muerto, pero para encontrar su camino en la vida, el camino que la sacara de Royston, decidió ir en busca de Clarke Burnes y comprobar qué era capaz de averiguar.

Ya lo había intentado antes. Lo intentamos juntas una vez, con el ordenador de mi madre, cuando éramos pequeñas. Pero a Peter le contó que, desde el momento en que Shute se fue a vivir con ellas, adquirió la costumbre de comprobar de cuando en cuando si encontraba algún rastro de su verdadero padre. Quería saber quién era ella, le dijo, y en quién podía convertirse. Había escrito su nombre en Google un centenar de veces y nunca encontró nada relativo a él. Había un Harvey Clarke Burnes en Rome, Georgia, y una Lucile Clarke Burnes que había muerto mucho tiempo atrás, una Ann Clark (sin *e* al final) Burnes que sí estaba viva y tenía una cuenta en Facebook. De vez en cuando encontraba alguna página donde aparecían, juntos, un señor Clarke y un señor Burnes. Eso la confundía, después de acelerarle el ritmo cardíaco durante un minuto. Pero en aquella ocasión, en invierno de 2013, cuando escribió en Google el nombre de Clarke Burnes, encontró —no fue en la primera página de resultados: tuvo que seguir buscando hasta llegar a la quinta— una referencia a un tal Arthur Burnes, entrenador, «también conocido como Entrenador, Capitán Clark y Capi Crunch». Era el pie de foto de un diario de Maine, exactamente de Bangor (el *Bangor Daily News*) tomada unos meses antes, cuando el equipo de fútbol americano del instituto de enseñanza superior de Bangor ganó la liga. En la imagen aparecía todo el equipo junto a Arthur Burnes, también conocido como Capitán Clark, que era su entrenador. Cuando tecleó su nombre escrito de otro modo —Arthur C. Burnes— junto a «Bangor» descubrió que era un profesor de matemáticas muy querido en el instituto de la ciudad donde había impartido clases los últimos catorce años.

Escudriñó la foto del periódico. La amplió: el Capitán Clark se veía pequeño y borroso y al ampliarla logró verlo más grande, pero también más borroso. Un hombre corpulento, sonriente y calvo con mejillas carnosas y una barba corta y cana. La chaqueta de deporte se le ceñía, tirante, sobre la barriga. En la foto sus brazos, que tenía cruzados delante del pecho, parecían cortos, ligeramente simiescos. ¿En eso se había convertido el tipo con el pelo largo y la camisa de franela que aparecía delante de aquel granero? ¡Quién lo diría! ¿Cómo había sucedido todo?

Pero imaginemos, imaginemos por un momento que a Cassie se le ocurriera, aquel horrible invierno, que existía la mínima posibilidad, una posibilidad incomprensible, aterradora y milagrosa, de que aquel Capitán Clarke sonriente fuera, hipotéticamente, pudiera ser —¡no podía no serlo!—, el hombre que según había confesado a Peter ella nunca creyó, en lo más hondo de su corazón, que hubiera muerto: su padre.

Cassie no habló con nadie de sus pesquisas. Convencida de que Anders fisgaba en su teléfono y en su ordenador, comprobaba todas las búsquedas que hacía y le hackeaba las cuentas, borró todo lo que tenía en él relacionado con la búsqueda y, a partir de ese momento, siempre buscó al Capitán Clarke en el ordenador de la biblioteca del instituto. A Peter le dijo que era impresionante lo que puedes averiguar de una persona si escarbas un poco.

Arthur C. Burnes tenía cuarenta y un años. Se había casado en 2001 con Anna Maria Machado, de treinta y seis, funcionaria del ayuntamiento de Bangor: trabajaba en el departamento de tributación. Cassie imaginó que era un hombre con sentido del humor y al que le gustaba comer. Anna Maria — Cassie decidió que utilizaba los dos nombres, de no ser así, ¿por qué iban a aparecer ambos?— era buena cocinera, preparaba muchos platos de carne en salsa y parecía amable. Hablaba además con cierto deje... como arrastrando un poco las erres.

Tenían cuatro hijos, de entre tres y once años. Vivían en el 36 de Spring Street en una casa tipo rancho de varias plantas y pintada de azul claro, con un aro de baloncesto sobre el garaje y tenían un husky o algo así al que en Google se veía jugando en la pradera de delante de la casa. El husky, claro está, podría haber sido el perro de un vecino que pasaba por ahí al tiempo que la furgoneta de Google con su cámara. Un perro intruso. Difícil saberlo.

Durante los meses de febrero y marzo Cassie se vio inmersa, cada vez más, en la vida de la familia Burnes de Bangor. Pasó muchas tardes en la biblioteca del instituto, lo que debió de sorprender a cualquiera que se fijara un poco; pero parece que la única persona que se percató fue la bibliotecaria, Lee Ann Barocca, una mujer discreta y anticuada que no quiso invadir la intimidad de Cassie ni espantar su creciente interés en lo académico por acercarse a ella sin que se le diera pie. Así que la señorita Barocca se limitó a observar a Cassie desde el mostrador de préstamos, por encima de sus gafas de media luna, y a sonreír para sus adentros imaginando que su amada

biblioteca iba a salvar el futuro de otro estudiante, una fantasía con la que solía consolarse cuando descubría algún libro pintarrajeado o un comentario obsceno en las mesas.

En ese tiempo Cassie comenzó a escribir notas en una libreta que dejaba escondida en la taquilla del instituto para mantenerla a salvo de los ojos fisgones que acechaban en su casa. En ella iba anotando los hechos según los iba descubriendo. Por unas fotos de las Navidades de 2012 que colgaron en Flickr supo cómo se llamaban los niños. Las habían sacado en la cabalgata del ayuntamiento de Bangor, donde los dos mayores —Jason y Marisol— estuvieron ayudando a repartir regalos envueltos en papeles de colores estridentes que habían colocado bajo el enorme abeto iluminado: era parte de una campaña que llamaron *Juquetes para los niños*. En una foto del mismo día pero tomada más tarde aparece la familia al completo —salvo Arthur Burnes, precisamente— junto a la madre: Jason, Marisol, Jennifer y la benjamina, Brianna, una pequeña llamarada de pelo rizado y envuelta en tules verdes. Jason parecía meditabundo y un poco tímido, con una sombra incipiente sobre el labio: seguramente buen estudiante, quizás dotado para las matemáticas. Marisol parecía todo lo contrario: una sonrisa toda dientes, mejillas regordetas... ese tipo de chica que escribe el punto de la i y de los signos de exclamación como si fuera un globo y que da palmas cuando se emociona. Jennifer era difícil de interpretar y eso le gustó a Cassie: era a Jennifer a la que más cercana se sentía, en espíritu. Tenía una expresión melancólica y surcos oscuros bajo los ojos. Anna Maria, la madre, tenía el pelo oscuro y era menuda y llenita. Llevaba una coleta, como si fuera una niña, y un jersey navideño rojo con brillos. Parecía amable, pero tenía aspecto de cansada. Cassie pensó que seguramente no gritaba a los niños cuando se enfadaba, sino que les hablaba despacio y con voz firme: una forma de ira perfectamente aceptable.

Cassie dijo a Peter que soñaba con aquella mujer, con aquellos chicos —su familia postiza— y con aquellas dos fotografías. Que fantaseaba con pasar tardes enteras en su compañía. Yo supongo que intentaría descubrir en aquellos rostros con ojos oscuros de los niños algún rasgo del suyo. ¿Las orejas, tal vez? ¿Los huesos? No estaba segura. No consiguió encontrar más fotos de Arthur. Ciertamente, su padre era un hombre esbelto, y no recio, pero la gente cambia. Y mediaba toda una vida. Toda la de Cassie,

sin lugar a dudas. ¿Había jugado Clarke Burnes al fútbol americano en la universidad, o en el instituto? Cassie no lo sabía y no podía preguntar a su madre. Nunca hablaba de su padre con ella. Si de pequeña había hecho algún amago, ahora ya había desistido. El oscurantismo venía de familia, y era absoluto.

Es difícil decir si las fantasías de la vida junto a los Burnes de Bangor, que cada vez se extendían más, complicaron aún más su situación en casa o si su vida en casa estaba, simplemente, abocada al deterioro, pero en aquellos meses de finales de invierno Cassie, su madre y Anders Shute vivieron en estado de alerta permanente, como esperando una erupción volcánica o un temblor de tierras y sus réplicas. Entonces ninguno fuimos capaces de entender cómo era su día a día, pero Cassie se lo explicó a Peter el día que estuvo en su habitación. Perdió su derecho a utilizar el teléfono. Se quedaba castigada. Tuvo que sacar el ordenador al comedor y trabajar allí, para que pudieran ver en todo momento lo que tenía en pantalla. Hablaba con un tono poco respetuoso, no hacía bien sus tareas, se quedó sin paga por tiempo indefinido, le quitaron el pestillo de su dormitorio.

Con tantos problemas en casa Cassie empezó a destinar sus energías, cada vez más, a las fantasías de Bangor. Eso fue lo que le contó a Peter, y también lo que me contó a mí. Empezó a ver cómo podía llegar hasta allí sin coche: tenía que coger un autobús de Greyhound que iba a Boston y que salía del Dunkin' Donuts de la Ruta 29 a las 6.10 de la mañana; luego otro autobús, un Express, hasta Maine con parada en Portland, Bangor y finalmente Mount Desert. En Bangor había un albergue juvenil por veintinueve dólares la noche (se dormía en literas, en un dormitorio compartido, y había que llevar la ropa de cama). Parecía que la casa de los Burnes estaba a unos tres kilómetros de la estación de autobuses, así que podía ir andando. Tanto si había veredas para peatones como si no, podía llegar caminando, entrar por el sendero de acceso a la parcela y tocar el timbre de la puerta principal. Claro que no lo haría en pleno día, quién iba a estar en casa a esas horas aparte del husky, que podía no ser mucho más amigable que esa *Lottie* de los Aucoin. Llegaría al caer la tarde, a última hora, cuando empezaran a salir las estrellas y el Capitán Clarke —también conocido como Capi Crunch— hubiera terminado ya el entrenamiento y estuviera reunido con sus hijos. Entonces podría preguntarle... ¿Qué le preguntaría?

Durante un tiempo Cassie sólo veía obstáculos. Preguntar «¿Es usted mi padre?» era demasiado directo. «¿Sabe quién soy?», demasiado agresivo. «¿Le dice algo el nombre de Bev Burnes?» era otra posibilidad, pero quién sabe por dónde podía salir aquello. Si realmente Clark Burnes estaba vivo, y no muerto como Bev había asegurado siempre, entonces había fingido su muerte para largarse, o bien habían terminado muy mal. Los tiempos parecían coincidir: una ruptura y la marcha a Maine. Habría empezado a dar clases de matemáticas en el instituto más o menos en la misma época en que se suponía que había abandonado el planeta. Y ser profesor de matemáticas era compatible con la biología. Coincidían la edad, el nombre, vivía relativamente cerca... No podía ser tanta casualidad. También podría preguntarle: «¿Ha utilizado alguna vez el nombre de Clarke Burnes?». O bien: «¿Conoce usted a un tal Clarke Burnes?». Al final decidió que tendría que improvisar.

Esto es lo que Cassie contó a Peter y Peter a mí. Más o menos. Conozco a Cassie tan bien que es como si todo eso lo hubiera pensado yo: es lo que creo que pensaría ella. Y ahora que ha pasado tanto tiempo tengo, casi, la sensación de haber estado con ella durante todo ese proceso, aunque no lo supiera hasta después.

Cassie siguió buscando en Google: qué tiempo hacía en Bangor, fotos de las calles de la ciudad en las distintas estaciones del año. Siguió imaginando cómo sería vivir allí. No se lo dijo a nadie. No quería la opinión de nadie, convencida de que su padre-ángel de la guarda seguía guiando sus pasos, cuidando de ella, haciendo que tomara el camino adecuado. No echó las campanas al vuelo —le bastaba con tener aquella relación imaginaria con Bangor y disfrutarla en secreto por un tiempo— hasta que se produjo el famoso choque con Anders a las dos de la mañana y, de pronto, sintió que no tenía más opción que marcharse. Entonces la voz del ángel le dijo al oído: «Muñequita, ahora o nunca».

Lo más irónico de la pelea con Anders fue que Cassie no había llegado tarde por estar de fiesta o andar por ahí con algún chico. Peter me dijo que esto la hacía sentirse mucho peor. Anders Shute quería castigarla incluso por lo que hacía bien: sobre todo por lo que hacía bien. Cassie había estado con una chica que se llamaba Alma, una amiga nueva del instituto. Habían estado hablando porque la chica había roto con su novio. Alma decía que no valía la

pena vivir y Cassie se quedó con ella, sentadas las dos en la cocina —caldeada en exceso y mal iluminada— de su casa, en el otro extremo de la ciudad. Estuvo horas bebiendo Coca-Cola Light y animando a Alma, intentando convencerla de que tenía ante sí un futuro mejor, ayudándola a ver la luz. La madre de Alma era auxiliar en una residencia asistida de Lawrence y trabajaba en el turno de noche. Las chicas estuvieron solas hasta que llegó Ugo, el hermano mayor de Alma, y se ofreció a llevar a Cassie. Era más de la una. Llevaba mucho tiempo escuchando los lloros y lamentos de Alma, que volvía a quebrarse cuando ya parecía haber recobrado la serenidad. Cassie no conocía bien a Alma, ni siquiera estaba segura de que le cayera muy bien, pero estaba orgullosa de cómo había actuado esa noche con ella: se había ido a casa sintiéndose fuerte, paciente, generosa y buena. Y complacida, también, de que Ugo no hubiera intentado nada con ella, algo a lo que casi todos los hermanos mayores, por desgracia, estaban siempre dispuestos. Pero entonces Anders entró deslizándose en la cocina apenas iluminada antes de que lo hiciera ella. Empezó a agitar su largo dedo índice delante de sus narices y a condenarla por ser tan egoísta, y tan poco cristiana y por pasar siempre de castaño oscuro, y amenazó con echarla de casa. Dijo, implícitamente, que era una furcia, aunque no usó exactamente esa palabra. Y aquella manera de mirarla, aquellos ojos entornados, la línea de la boca, la vena que le latía en la sien, lo surrealista, lo sorprendente de que aquel desagradable extraño se comportara como si tuviera algún derecho, como si fuera el amo... O su padre... Cuando uno está obligado a aguantar tanto, le dijo a Peter, tiene que hacerse valer.

Cassie embutió algo de ropa en la mochila del instituto, una toalla de lavabo, una sábana enrollada, una caja de Wheat Thins y una manzana, cogió la bicicleta y se fue de casa a las 4.40 de la madrugada. Llegó al Dunkin' Donuts a las 5.10, cuando todavía era de noche. No había nadie, aparte del tipo del bar, adormilado y con el pelo sucio y una barbita rala. Pidió un café normal largo —me lo imagino: tan azucarado que me duelen los dientes— y dos buñuelos glaseados, y se acodaría a la mesa del fondo, apoyada en la pared y con la capucha puesta y la mirada fija en cualquier cliente raro que entrase en el establecimiento. Puedo sentir la mesa de plástico bajo el tacto de sus dedos, y oír el leve crujido de la silla atornillada al revolverse en ella. El autobús reptó y se colocó en la dársena puntualmente, aún de noche, con los

faros iluminando la cafetería. Cuando Cassie subió por la escalerilla y se metió por sus fauces siseantes con el dinero del billete arrugado en la mano cerrada, pensaría fugazmente que aún podía detenerse y regresar a casa, y comenzar el día como hubiera comenzado si este plan no hubiera existido. Había escondido la bicicleta cuidadosamente entre los matorrales que hay al fondo del aparcamiento del DD, y la había encadenado a un arbusto. Había dejado una nota en la encimera de la cocina donde decía únicamente: «Estaré fuera unos días». De esa manera, se dijo, sabrían que estaba bien. No significaba que no fuesen a ir tras ella, porque Anders Shute era así de despreciable y su madre, así de controladora, pero era problema de ellos, no suyo. Si lo miraba con cierta distancia podría pensar que lo que estaba haciendo era raro e irresponsable, quizás incluso peligroso; pero cualquiera que se pusiera en su piel y tocara el metal frío y grasiento del autobús al rozarlo con los dedos, cualquiera que sintiera las correas de la mochila clavarse a través de la parka, o que viera el brillo sulfuroso del alba en el horizonte, con las luces de los coches que pasaban por la Ruta 29, cualquiera que se pusiera en su piel no sentiría la menor duda, ni el menor miedo. Como ella misma.

El viaje hasta Bangor le llevó la mayor parte del día. Lo había planeado todo cuidadosamente: compró billetes de ida y vuelta para asegurarse de que no gastaría todo el dinero y se quedaría sin poder comprar el de regreso. Después de eso le quedaban aún casi doscientos dólares que había ganado cuidando niños y ayudando a la señora Aucoin a ordenar el sótano. Se guardó cincuenta dólares en el calcetín para no quedarse sin nada si perdía la cartera o, no quisiera Dios, si la atracaban. Antes de subir al autobús de Boston se acordó de apagar el móvil: en aquellos tiempos tenía un iPhone y, por supuesto, la metomentodo de su madre tenía la aplicación de Find My Phone: a Cassie no le importaba que supieran que había cogido un autobús a Boston, pues eso los despistaría, pero no quería estar localizable después de ese momento. Sabía que su pelo era un rasgo muy llamativo —su pelo siempre había sido una especie de faro, y no sólo para mí— y en cuanto bajó del autobús en la Estación Sur entró en los baños de la estación del tren, que eran más agradables, y se puso un gorro de lana que ocultaba toda aquella mata rubia sin dejar a la vista un solo mechón. «Parecía un judío ortodoxo, o un musulmán», le había contado a Peter. Luego se puso un par de gafas de sol

que compró en la cesta de saldos del CVS y estaban un poco machacadas. No regresó a la terminal de autobuses casi hasta la hora de salir. Sabía que los jóvenes que se fugan siempre se quedan en las terminales de autobús y ahí pueden sucederles cosas horribles. Con mucho cuidado de no parecer desorientada, se puso a leer una revista con cara de interés en una mesa de la zona de restaurantes de la estación de tren, para matar el tiempo mientras esperaba que saliera su autobús —unas cuantas horas— y se las arregló para que las patatas de McDonalds le durasen un buen rato, dejando pasar varios minutos entre un bocado y otro. Así que imagino que se las comería casi todas frías, con aquella grasa harinosa de las patatas pegada a la lengua.

Cuando compró los billetes para Bangor utilizó las máquinas y evitó establecer contacto visual con nadie. Después, se dirigió a la dársena correspondiente en el momento preciso y con paso decidido. El autobús de Maine, los sábados por la tarde, parecía tener mucha clientela y aunque había albergado la esperanza de encontrar un asiento sin nadie al lado, no lo consiguió. Eligió, para sentarse, un asiento junto a una chica que parecía universitaria y que llevaba gafas y un estuche de violín, simplemente por que le pareció la persona menos proclive a darle conversación. Cansada de fingir que leía y sin posibilidades de escuchar música, porque no quería arriesgarse a encender el móvil aunque fuese sin conexión telefónica, Cassie hizo como que dormía. No tuvo que fingir mucho, porque la violinista se bajó en Portland y luego nadie ocupó su lugar. Así que Cassie se pasó al asiento de la ventanilla y se quedó dormida durante todo el viaje con la cabeza metida en el gorro de lana y golpeando, incómoda, contra el cristal, y el coxis dolorido.

Cassie llegó a Bangor el sábado a mediodía. Entonces venía lo más complicado: no podía descuidarse y que alguien se fijara en ella. No podía aparentar apenas quince años. Diecisiete, podía pasar, pero quince no. Eso le preocupaba mucho, y dijo a Peter que durante el tiempo que pasó planeándolo había decidido, si alguien preguntaba, responder que había ido a ver a su abuelo enfermo, que estaba ingresado en un hospital —el antiguo hospital de Anders Shute, ¡qué coincidencia!— y que su madre estaba de camino, pero se había retrasado por un problema en el trabajo. Había pensado incluso un nombre, Cassie Byrd, y una explicación por si alguien preguntaba: su padre, Clarke Byrd, había muerto: por eso el nombre de su madre era otro. O diría que prefería llamarse así en recuerdo de él.

—Bien pensado, ¿no te parece? —le preguntó a Peter—. He leído que lo mejor es inventar mentiras que estén lo más cerca posible de la verdad. Así es más difícil que te pillen.

Peter me contó que cuando dijo eso, dado lo que le estaba contando de Bev y teniendo en cuenta que Cassie estaba convencida de que Bev tenía una capacidad impresionante para mentir a su hija porque llevaba toda su vida haciéndolo, la necesidad de mantenerse cercano a la verdad no parecía tan obvia. Pero daba igual.

Luego resultó que nadie hizo preguntas: en el albergue juvenil, una casa victoriana cerca del centro («como la de Julia, pero cinco veces más grande», le dijo a Peter), el vestíbulo estaba hasta los topes de estudiantes... Adultos apenas, dijo Cassie. Obviamente coincidía con algunos días sin clase en los colegios de la zona. Le pusieron en una habitación con tres chicas suecas, dos de ellas —Anja y Linn— con el pelo tan claro como el suyo. La tercera, Inge, era menuda y morena, con mucho pecho y unos ojos azules que nada tenían que envidiar a los de Cassie. Era la más habladora. Tenían diecinueve años, hablaban un inglés perfecto y eran amigas desde los últimos cursos del instituto. Habían decidido dedicar un tiempo a viajar antes de empezar la universidad. Fueron primero a la Costa Oeste y desde allí habían viajado en dirección este. Tenían una semana por delante antes de regresar a su casa, pero primero querían recorrer Maine a pie, aprovechando que empezaba la primavera.

Cassie les contó la historia que había preparado y, cuando la invitaron a unirse a ellas para la cena, se excusó diciendo que estaba muy preocupada por su abuelo, gravemente enfermo —de no ser así no habría emprendido el viaje sola— y que necesitaba descansar. Dio a entender que ya había ido al hospital a verle esa misma tarde. Las chicas suecas le mostraron toda su comprensión.

—Yo también perdí a mi abuelo hace unos tres años —dijo Inge—. El padre de mi madre, igual que tú. Al final ya no se acordaba de nada, no sabía quién era yo, pero yo recordaba perfectamente cómo era cuando yo era pequeña y me llevaba a caballito. Se ponía a cuatro patas y yo me montaba encima. Fue muy triste. —Y añadió—: ¿Tu abuelo conserva la memoria? Quiero decir, ¿te reconoce? —preguntó Anja.

Cassie tuvo que improvisar la respuesta.

—En gran medida, sí —dijo para cubrir el expediente—. La mayor parte de las veces sí, pero no siempre.

—¿Qué tiene? —Era el turno de Linn.

—Un cáncer. Uno chungo.

—¿Dónde?

—Por todas partes. Está muy extendido. El pulmón, el cerebro... no sé cuántos sitios.

Todas asintieron en silencio y miraron hacia el suelo de madera. Luego Inge dio unos toquecitos a Cassie en la rodilla.

—Has hecho muy bien en venir. Probablemente no le quede mucho tiempo.

Entonces se marcharon las tres a buscar algo de cena y dejaron sola a Cassie bajo un panel fluorescente y sobre un colchón de plástico con su sábana y su toalla, con los Wheat Thins para cenar y, como entretenimiento, la revista que había estado leyendo en la Estación Sur, toda manoseada.

Cassie no había planeado ir a Bangor en fin de semana. No era así como había imaginado su encuentro con Arthur Burnes y con sus hermanastros. También se veía pillada por las mentiras que había contado sobre su abuelo: se dio cuenta de que tenía que evitar que las chicas suecas la vieran merodear por el albergue cuando debería estar en el hospital, acompañándole. Pero las chicas, deseosas de salir a recorrer Maine, estaban ya vestidas cuando despuntó el día y salieron de la habitación sin hacer ruido, dejando todas sus pertenencias enrolladas, apiladas y ordenadas. En algún momento Cassie abrió discretamente un ojo para ver cómo iban sus preparativos y se encontró con los pechos de Inge colgando a medio metro de sus narices, cuando se estaba poniendo las bragas. Pero no había dado muestras de estar despierta. Aquello era un albergue, no Hampton Inn, le dijo a Peter. No podía quedarse allí todo el día. Casi había llegado a creerse su propia historia del abuelo en el hospital. Así que después de ducharse y vestirse emprendió resuelta su camino hacia Bangor Centro, con la cabeza baja y el paso seguro, como si llegar allí fuera un asunto de vital importancia.

La mañana, primaveral, era fresca pero clara. Los árboles, llenos de brotes, se movían a su paso. Las campanas chinas habían florecido por todas partes, formando explosiones de amarillo junto a zonas de crocus o campanillas. Para Cassie todo esto eran buenos presagios, una serie de

bendiciones que encontraba en su camino y que le daban esperanzas. Dos cerezas, más adelantadas que el resto, habían comenzado a salir de su carcasa afelpada y se paró un momento a mirarlas, observando los retazos de cielo azul detrás del rosa. A Peter le dijo que fue el instante en el que mejor se había sentido desde hacía meses. Notaba el aire diferente al entrarle en los pulmones, un ligero frescor en las puntas de los dedos y la brisa en la nuca, las tonalidades rosadas del sol al atravesar los pétalos... Era como que te besaran, no de un modo romántico, le dijo a Peter, sino como te besa tu madre —o tu padre— cuando eres pequeño mientras te acaricia suavemente el pelo.

Con el gorro de lana bien colocado y sin gafas de sol se las arregló para pasar la mañana en el hospital, entre la tienda de regalos y el vestíbulo principal o la cafetería, muy deprimente, donde se tomó una taza de caldo de verdura y un sándwich de jamón y queso suizo en pan de centeno: la primera comida de verdad desde que salió de casa. La comida era barata, cosa que agradeció, y el arroz con leche —de marca Kozy Shack— conocido y reconfortante. Se esforzaba constantemente en mostrar que sabía lo que estaba haciendo, tratando de no parecer una criatura abandonada, en la medida de lo posible. Se metió tanto en el papel que estaba interpretando que, según le dijo a Peter —y según me dijo él a mí— era capaz de visualizar a su abuelo inexistente tumbado en una de esas camas tan complicadas de hospital, en alguna de las plantas superiores: la cabeza erguida, las rodillas levemente levantadas, tapado con la sábana y vestido con un pijama del hospital con topos azules; los brazos huesudos llenos de tubos que le conectaban a máquinas llenas de luces intermitentes, con su escaso pelo blanco alborotado y los ojos medio cerrados. Era capaz de imaginar su rostro, un pergamino amarillento y lleno de pecas, y su irritante hábito de aclararse la garganta cada dos minutos. Se imaginaba un hombre de verdad, compuesto a partir de los rasgos de algunos ancianos a los que había visto aquella mañana, y estaba tan convencida de que su abuelo enfermo era real que si pensaba en su muerte inminente sentía las lágrimas a punto de brotarle. Por si acaso le preguntaba alguien, allí en el hospital, había preparado una descripción detallada de su abuelo y estaba dispuesta a salir corriendo hacia donde él estaba: su única duda, tras estudiar el directorio de la entrada, era si estaría en el pabellón de Geriatría, Tres Oeste, o en Oncología, Cinco Este.

Pero durante las horas que pasó allí nadie pareció reparar en su presencia. Y desde luego, nadie se dirigió a ella. Era como ir de un lado a otro siendo invisible, o muy familiar.

Y fue en ese momento cuando empezó a preguntarse si su abuelo viviría o si habría muerto mucho tiempo atrás como siempre había dicho Bev o si, como su padre, había sido asesinado por las ficciones de Bev y en realidad continuaba viviendo su vida en algún lugar, quizás incluso en Bangor, Maine, preguntándose qué habría sido de su hija y si tendría algún nieto al que querer. Hay que imaginarse cómo se tuvo que tambalear la fe de Cassie antes de llamar a la puerta de los Burnes. La realidad se había vuelto resbaladiza. Los hechos que siempre dio por seguros se desintegraron, o parecieron desintegrarse. Ya no se creía nada de lo que había considerado verdadero, y además era consciente por primera vez de que podía estar equivocada, de que tal vez Bev no la había engañado y su amado padre podía haber muerto de verdad en la autopista de Boston aquella noche, hacía ya tanto tiempo.

Cassie odiaba a Anders Shute y deseaba con toda su alma que no formara parte de su vida. Su madre, en la que había depositado su afecto durante tanto tiempo y de la que dependía que ella se sintiera segura y no dudara de su identidad, amaba al hombre que Cassie despreciaba, y parecía estar dispuesta a sacrificar a su propia hija, a su única hija, por ese amor. ¿Qué debía pensar Cassie? Prefería pensar que su madre estaba loca, que era una mentirosa compulsiva con una capacidad de juicio lamentable, que aceptar que la había dejado de lado por cierto motivo y que tenía razones de peso para elegir lo que había elegido. Fuera como fuese Cassie también tenía las suyas. Pero en el primer caso tenía, al menos, la esperanza de tener un padre, unos abuelos, una o varias vidas posibles. Y ninguna de esas alternativas podía ser peor, pensaba, que la que estaba viviendo.

Pasar la tarde del domingo en Bangor fue más complicado: ya no podía andar por el hospital todo el día sin levantar sospechas, porque el hospital no era tan grande. Se imaginó —y acertó— que la biblioteca pública estaría cerrada, pero fue de todos modos. Subió desde la orilla del río hasta la enorme plaza abierta que hay en Harlow Street. Según le contó a Peter no le resultó fácil mimetizarse con el ambiente dominical —aunque más que en Royston, donde todo el mundo se conoce al menos de vista— porque seguía llamando la atención más de lo que quería. Se sentía observada, y en cuanto

salió el sol y subió la temperatura empezó a preocuparle que el gorro con el que se tapaba el pelo también resultara demasiado llamativo. Pero el pelo, su famoso pelo rubio blanco, habría sido peor. Seguía esperando que alguien le hiciera preguntas: la abuelita de pelo azulado que salía renqueando de Rite Aid con una bolsa de medicamentos en la mano, que se quedó mirándola fijamente; el pequeño asiático que la embistió golpeándola en el talón con su scooter de juguete, cuando estaba distraída; el tipo que le recordaba a Peter: los mismos bucles oscuros y los brazos larguiruchos, más o menos de nuestra edad, que estaba sentado en las escaleras de la biblioteca manipulando el móvil. Aquello fue lo peor, porque aquel muchacho sí quería que se fijara en ella, porque le estaba observando con tanta naturalidad como él a ella, parpadeando, con miraditas subrepticias, no como los otros, como si coqueteara. Pero el chico no habló y ella tampoco, lo que a fin de cuentas era bueno, por cierto, si no quería que la pillaran. Luego desapareció, ligera como el viento; en cuanto pudo, se fue a un parque cercano donde se sentó con las piernas cruzadas junto a un arce, con el culo helado contra el suelo frío, haciendo como si esperase a alguien. Lo que en el fondo estaba haciendo, más o menos. Le dijo a Peter, y él a mí, que fue entonces, y no antes, cuando se dio cuenta de que era una fugitiva: en el parque, con la tierra prensada bajo sus pies y el tronco escamoso del arce bajo su espalda, las ramas aún desnudas del invierno. Era una fugitiva y eso la situaba en la categoría de alerta ámbar en las noticias: una menor que estaba donde no debía.

Se planteó entonces lo absurdo que era todo: ¿Por qué tenía que intervenir Anders Shute en su destino? ¿Cómo podía ser? ¿Qué significaba «volver a casa», suponiendo que al final lo hiciera? ¿Era «casa» el término adecuado, aun de lejos, para designar la pequeña edificación de cuento que estaba al final de aquel camino sin salida, con el Bosque Invasor a su espalda? A esas alturas, qué lugar respondía a ese concepto de «casa», se preguntaba —según contó a Peter— cuando estaba sentada en aquel parquecito bajo el peso de una tristeza que la cubría como una manta enorme. Sentía quebrarse la espalda y los hombros bajo ese peso, hasta las mejillas le pesaban, al contrario de lo que le había sucedido esa misma mañana, cuando experimentó tal goce bajo el cerezo en flor. Porque de repente le pareció que lo de ir a Bangor era un error tremendo, tremendo. Y que independientemente de lo

que averiguara de aquel Arthur Clarke Burnes, ya no habría vuelta atrás, no habría forma de dejar de saberlo una vez que se hubiera enterado, y entonces se tendría que quedar con Bev y Anders para siempre, atrapada y sin salida, o perdería para siempre a Bev por haber dejado a la vista sus mentiras de toda una vida y, la verdad, lo que ella quería era retroceder en el tiempo, no mucho, sólo un par de años: hasta aquel verano de antes de séptimo curso, antes de que todo se estropeará. A un tiempo en el que no supiera nada. Y cuando Peter me dijo que le había dicho todo eso, yo supe con toda seguridad que aunque sólo hablaba de su madre y de cómo estaban las cosas con Bev, también se refería con ello a volver conmigo, a un tiempo que pasamos juntas, y supe que el nudo no se había desatado del todo.

Cuando Peter me contó todo eso, todo lo que Cassie le había contado a él aquella tarde de miércoles en su habitación, escondidos de los padres de ambos y antes de que ella desapareciera de nuevo sin que ninguno supiésemos dónde había ido, yo deseaba desesperadamente creer que podía hacer algo, que podía ayudar a buscarla, pero también sabía que ella daría gran importancia, enorme importancia, que fuese yo quien lo hiciera. Naturalmente, era su historia. Lo que había sucedido en Maine era su historia, sin duda. No me había sucedido a mí, por mucho que yo me sienta, ahora mismo, como si hubiera estado con ella. Pero si he de ser sincera lo que más me importaba era cómo afectaban todos aquellos acontecimientos a nuestra historia, la historia de las dos. Yo quería que volviera a mí. Mientras Peter me contaba todo lo que Cassie le había dicho, estábamos los dos en una especie de limbo, suspendidos en ese instante entre la inhalación y la exhalación. Y ahora, al confesar qué es lo que a mí más me importaba, estoy revelando un terrible secreto. Porque lo único que le importaba a todo el mundo en aquel momento era, simplemente, encontrar a Cassie.

Así que... ¿qué sucedió en Bangor? Peter no estaba seguro al cien por cien. No es que Cassie no se lo dijera, porque sí se lo dijo. Pero no se encontraba especialmente lúcida y el relato le resultaba doloroso. Él no quería dar más vueltas al asunto, no quería insistir en lo que estaba escuchando cuando a Cassie, obviamente, le resultaba tan difícil contarle, por amor de Dios: supongo que pensó que ya habría tiempo. Pensaría que en cuanto pasara un día o dos se encontraría más calmada, recuperaría el aliento, y podría pedirle que repitiera los hechos en orden para poder hacerse una idea

clara de cómo había sucedido todo. Así que la dejó, sobre todo, sollozar y lloriquear, se tragó sus palabras y dejó en el aire los silencios, las repeticiones y lo que no acababa de encajar.

Tal y como Peter lo entendió, o tal como me lo contó a mí, sucedió así: después de desayunar con las chicas suecas el lunes por la mañana Cassie recorrió los tres kilómetros de distancia que había hasta la residencia de los Burnes con la ayuda de una página de Google Maps que había impreso en la biblioteca de Royston (documento que la señorita Barrocca no sugirió que se rastreara hasta el día siguiente, y que no daría frutos hasta después del regreso de Cassie a Royston) bajo una llovizna de abril ligera pero persistente, como una lluvia de agujas. El 36 de Spring Street resultó bastante desangelado. Estaba en un vecindario de casas relativamente nuevas con jardines enormes sin vallar y sin aceras, donde era fácil que llamara la atención una chica parada bajo la lluvia. Así que no se detuvo: hizo una visita de reconocimiento y caminó unos quinientos metros a un lado y a otro antes de regresar al centro. En la realidad la casa tenía un aspecto menos cuidado que en el ordenador. Tal vez era sólo la lluvia, o el final del invierno, pero la pintura se estaba ahuecando y el camino de hormigón agrietado como la porcelana vieja. El césped había perdido la batalla en algunas zonas: lo habían sustituido unos parches de barro que, con el mal tiempo, se habían disuelto formando charcos de agua sucia. La casa estaba a oscuras: los chicos en el colegio, los padres en el trabajo... Cassie se fijó en que el aro de baloncesto que habían colgado sobre la puerta del garaje estaba completamente doblado, como si alguien se hubiera colgado de él o lo hubiera intentado... Estaba tan doblado que era imposible poner una red en él. Ese detalle lo recordaría después.

Cuando regresó la lluvia había cesado hacía rato y aún sentía la humedad en la ropa mojada, aunque había pasado mucho tiempo agitando el jersey bajo el secador de manos en el aseo que había en el sótano de la biblioteca de Bangor. Estaba anocheciendo. Se habían encendido las luces de la casa azul y gracias a su resplandor alcanzaba a ver gente dentro, deambulando por las habitaciones. Era como si los viera por la televisión, le dijo a Peter. Cuando él me lo contó recordé aquella vez que vi a mis primos por las ventanas de la fachada principal, el día de Acción de Gracias: esa extraña sensación de distancia que sientes con un lugar del que deberías sentirte parte.

Naturalmente, Cassie no formaba parte de aquella casa en aquel momento. A Peter le dijo que fue cuando le entró el cague. No podía llamar al timbre, no era capaz ni siquiera de subir los escalones: se quedó en la carretera mientras caía la tarde, contemplando aquellos dioramas de una vida que podría haber sido, *podía* haber sido, quizás, la suya. Se quedó hasta que ya no hubo por allí más que un par de coches que tuvieron que desviarse ligeramente al pasar junto a ella. Y entonces se marchó.

Las chicas suecas se habían ido ya. La habitación estaba vacía y solitaria, y a Cassie le costó dormir. Cuando se despertó aún no había amanecido: quería volver a Spring Street antes de que comenzase la jornada. A la tercera va la vencida. Agotada de todas las formas posibles, cansada de la situación y de sí misma, quería hacer que sucediera algo: quería aclarar las cosas.

Apenas había clareado cuando, por fin, tocó el timbre de los Burnes. Como la noche anterior, las luces del interior de la casa iluminaban las habitaciones, pero de un modo diferente: una nueva escena, quizás un nuevo acto, de la pieza teatral. El hijo mayor, Jason, fue quien abrió la puerta vestido con el uniforme de su colegio privado, católico, con corbata y todo. Más regordete que en las fotos, un poco más alto también, tenía la boca como el arco de un cupido, y esa pelusilla negra que recordaba de las fotos. Tenía los labios brillantes de grasa... ¿beicon, tal vez? Olía como a beicon. Cassie le dijo que quería hablar con su padre, el entrenador Burnes, y el chico la miró de arriba abajo —pensaría que era del instituto— antes de girarse y subir corriendo las escaleras.

—Dame un minuto —dijo, ni brusco ni cortés—. Puedes esperar aquí.

De la casa llegaba el sonido alegre de la radio, vocecillas sibilantes de niños, el agua que corría, una tubería que golpeteaba. La entrada, donde Cassie se había quedado esperando, era pequeña y estaba abarrotada de botas, bufandas, paraguas tirados. Olía a humedad. El chico se ausentó un momento, un par de minutos, y luego regresó trotando escaleras abajo: se había puesto una americana sobre la camisa y la corbata, con un pañuelo en el bolsillo.

—Ahora viene —dijo, ahora con la voz entrecortada por el esfuerzo, y se marchó.

Fuera, tras ella, la luz del cielo se había aclarado casi por completo: otro día gris plomizo que amenazaba con más lluvia. Cassie metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y encogió los hombros hasta tocarse con ellos las

orejas. Le dijo a Peter que había intentado controlar la respiración como nos habían enseñado en clase de teatro, tomando aire despacio y soltándolo de nuevo, contando hasta cinco en cada proceso. Cree que Arthur Clarke Burnes tardó unas diez respiraciones en aparecer.

Era un tipo bajito —al menos, no era alto—, de constitución recia. Llevaba en la mano una chaqueta gris de tweed y tenía el cuello enrojecido. Quizás, de más joven, había sido pecoso. Quizás había sido rubio. Ahora era rubicundo y tenía la piel apergaminada. Estaba casi calvo. Los ojos, azul claro —como los míos, pensó Cassie cuando los vio— brillaban, acuosos y llenos de pequeñas venas. «Ojos llorosos», pensé yo cuando me lo contó Peter. Cassie le dijo a Peter que por los ojos había tenido la impresión de que el hombre bebía un poco... Además, con aquella piel enrojecida... Y parecía enfadado. Empezó a forcejear con los puños de la camisa, intentaba remeterlos con sus dedos gordezuelos por aquellas mangas nada manejables.

—¿Sí? —dijo, prestando atención sólo a medias—. ¿Te conozco? ¿Qué sucede?

En aquel momento supo que no era aquello lo que iba buscando, le dijo a Peter. Se había acabado el tiempo. La emoción no era la esperada. Aquel tipo pequeño y un poco agresivo, con su cuello carnosos desbordándose por el de la camisa y los labios apretados... Parecía que iba a explotar de un momento a otro.

—Me llamo Cassie —empezó a decir.

Oía su voz como si fuera la de otra persona. La oía temblorosa, como si fuese a echarse a llorar.

—Cassie Burnes.

El hombre no se fijó en el apellido. No pareció causarle ninguna impresión en absoluto.

—¿Sí?

—No soy de aquí —continuó Cassie—. Pero creo que usted conoce a mi madre, Bev.

—¿Quién?

—Bev. Beverly Burnes. Ahora es enfermera del hospital de cuidados paliativos de Royston, Massachusetts. Antes lo fue en Boston.

—No conozco a ninguna Bev Burnes —respondió, pero Cassie le dijo a Peter que su aspecto se había ensombrecido, como si algo le hubiera pasado

por delante de los ojos.

—¿No? ¿De hace unos quince años?

Frunció el ceño.

—Tengo una foto —dijo Cassie.

Revolvió en la mochila en busca de su libreta: allí llevaba una foto de su madre de unos dos años antes, y la de Clarke Burnes de joven, aquella tan borrosa.

—¿Qué es eso?

—Tengo una foto. Un par de fotos. —Las rebuscó—. ¿Alguna vez le han llamado Clarke?

—¿Perdón?

—¿Alguna vez ha utilizado el nombre de Clarke como nombre de pila, en lugar de apellido?

—¿Qué es todo esto?

Le enseñó la foto. Por la expresión de él, supo con toda seguridad que era el de la foto, que sabía quién la había sacado y dónde. A Cassie le temblaban las manos. La foto tembló entre los dos. Estaba casi segura.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Qué está pasando?

—¿Art? Arthur, date prisa. Se te van a enfriar los huevos. —La voz de su mujer, despreocupada, en tono de ligero reproche.

—Está en la puerta —respondió el hijo—. Con una estudiante de su clase.

—¿Qué es todo esto? —repitió mirando a Cassie: ahora ya, por primera vez, con los labios apretados formando una línea.

Su corpulencia resultaba, de pronto, amenazadora.

—Creo que conoce a mi madre, ¿me equivoco?

Le mostró la otra foto, de mayor tamaño y mejor enfocada, que estaba siempre en la repisa de la chimenea: Bev en una fiesta, con la nube de miel de su pelo.

—O debería decir *conocía* a mi madre, tal vez.

—A ti, desde luego, no te conozco.

Cassie le dijo a Peter que se sintió como si tuviera enfrente a un hombre con armadura.

—No sé quién eres ni qué haces aquí. Y no sé qué quieres. Pero me parece que te debes largar. Ya.

—¿Quiere, por favor, mirar esta foto?

Lanzó una mirada a Bev, con escaso interés.

—¿Qué es todo esto? ¿Quién es esta mujer? No la conozco.

Pero Cassie le dijo a Peter que hubiera jurado que aquel hombre estaba... en fin, no diría que mintiendo, pero sí que no estaba ya tan seguro. Hubiera jurado que su gesto se volvió más extraño, aunque la situación ya lo era bastante.

En lo alto de las escaleras apareció de pronto la cabeza oscura de su mujer.

—Art, es la hora. Tenéis que iros, o los chicos van a llegar tarde.

No tenía el mismo aspecto que en las fotos, que era como Cassie se la había imaginado. En ellas le había parecido un poco regordeta, pero era estrecha de hombros, casi frágil... y no tenía ningún deje.

—Ya voy.

Cuando se volvió, dando la espalda a Cassie, Arthur Clarke Burnes puso la mano entre ambos para no verle la cara. Como si su visión fuera más de lo que podía soportar. No volvió a mirar a Bev, que se quedó agitándose en el papel brillante, entre los dos.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte —dijo.

—Míreme —dice Peter que le dijo—. Míreme a los ojos, sus ojos, y dígame que no sabe quién soy.

Aquella era mi Cassie. Sin miedo a nada.

Se acercó a ella con cuidado, como si fuera a contagiarle algo, dijo a Peter, y fue a abrir la puerta de la casa. No la miró. Apartó de Cassie su mirada acuosa. Daba la impresión de ir a explotar, físicamente. Y al mismo tiempo, de haber explotado ya.

—Te tienes que marchar de aquí ahora mismo —habló en voz baja, firme—. No te lo voy a repetir.

Señaló la mañana gris con un gesto de la cabeza. Echó hacia atrás, ligeramente, el cráneo y miró al cielo, cuajado de nubes colgantes.

Cassie fue hacia la puerta y salió a la calle. Él cerró con fuerza y echó el pestillo. Cassie lo oyó. No empezó a llover ni ella a llorar hasta que hubo llegado al centro. Le dijo a Peter que cada vez que pasaba un coche por su lado se preguntaba si dentro iba él, Arthur Clarke Burnes, conduciendo a sus

otros hijos hacia el nuevo día.

No hay palabras para expresar cómo tuvo que sentirse. Yo no tengo ninguna duda, aun desde fuera. Peter también lo imaginó: Cassie no tuvo que decírselo. Simultáneamente lo sabía todo y nada a ciencia cierta. Y no había camino de regreso: ya no podía «no saber». Tenía el íntimo convencimiento de que aquel hombre era su padre. Toda su vida se había apoyado en la versión imaginaria de aquel hombre y había confiado en ella. Y allí estaba él en carne y hueso, le dijo a Peter (si es que era él, me dijo Peter a mí, porque ni él ni yo fuimos capaces de reunir un ápice de la certeza de Cassie: ¿por qué iba a ser su padre Arthur Clarke Burnes de Bangor, Maine? ¿Por qué iba a estar vivo su padre, si no tenía pruebas y si había estado muerto durante toda la existencia de Cassie?), allí estaba al fin su ángel de la guarda... y sin embargo, no lo era ¿verdad que no lo era? Llevaba toda la vida embobada con aquel protector tan cariñoso de sus sueños y cuando más lo necesitaba, cuando Anders Shute le robó a su madre y se llevó su amor y su atención, su padre resultó ser un hombre real, de carne y hueso. Pero el hombre lo negaba, como Pedro negando a Cristo en la Biblia, le dijo a Peter. La había mirado, pero había rehusado verla, reconocer su existencia. Había apartado sus ojos de ella y le había dado con la puerta en las narices. Y eso, en un momento en que su propia madre no la quería. Aunque según me dijo Peter Cassie podía habérselo inventado todo. ¿Por qué?, pregunté yo. Luego me respondí: por mí, por ella. Porque de pronto lo vi claro: porque a ella le parecía que no tenía otra opción, que no había ninguna otra historia que tuviera sentido y, al tiempo, le diera algo de esperanza.

Cassie había querido que su padre cobrara vida. Y después, el hombre al que fue a buscar, aquel hombre en el que había creído y al que había entregado su amor durante mucho tiempo antes de poner el pie en el umbral de su casa, aquel hombre que había pasado de ser imaginario a real, la había rechazado de plano. A partir de entonces no quedaba nada: nadie la quería, nadie la iría a buscar, no tenía adónde ir.

Pero sobre todo, no tenía ninguna razón para quedarse en Bangor. Así que volvió a casa. Pasó en Boston la noche de aquel duro martes, porque había perdido el último autobús a Royston, y llegó a casa de Peter —a su ventana, para ser exactos, subiendo por el tejado del garaje— el miércoles por la tarde.

Sucia, asustada, exhausta y casi fuera de sí. Peter pensó que aquello era el fin, el desenlace, pero se equivocaba.

¿Adónde iría? ¿Qué haría entonces? ¿Quién me abriría la puerta y los brazos? La conozco tan bien que sé que eso sería lo que pensaba: lo que hubiera pensado yo. Me puedo meter en su piel, ver el mundo a través de sus ojos —aquellos ojos azules que nos heredaron— y estoy agradecida, y aliviada, de que tuviera el buen juicio de elegir a Peter. A Peter es a quien hubiera elegido yo en su lugar, si pensó que a mí no podía escogerme. Claro que me gustaría que me hubiera elegido a mí. Pero Peter sabía qué hacer, y aunque ya no salían juntos él la seguía queriendo. Peter era protector, y ella lo suficientemente sensata como para no ir a Portland a buscar a Bocado Malvado, lo que explica muchas cosas.

Aun así el jueves por la mañana, cuando por fin abrió un ojo al calor del sol de abril, vio que estaba sola en la habitación de Peter. Él había dejado una nota («Examen de precálculo, tengo que irme. Pero puedo saltarme historia y español. Vuelvo a las once») y supo que no podía quedarse allí. Sus padres, a los que nunca les había gustado mucho —no era esa novia de altos vuelos que Amy Oundle tenía prevista para su hijo de excelso destino— no verían bien que estuviese metida en su cama. No eran el tipo de personas que la hubieran acompañado a su casa, que se habrían quedado a su lado cuando llegara el momento de enfrentarse a Bev y a Anders Shute. Mis padres sí lo habrían hecho, estoy segura de ello. Y yo también, si me lo hubiera pedido.

Pero no lo hizo. Fue sola, en la bicicleta que había escondido detrás del Dunkin' Donuts, que esa noche había dejado encadenada a una farola en la esquina de la calle de Peter. No me explico cómo atravesó el pueblo esa mañana, cómo pasó desapercibida no una, sino dos veces, con su pelo casi blanco brillando, reluciendo casi a la luz del día. Todo el mundo, medio pueblo al menos, sabía que había desaparecido. Pero yo creo que uno sólo ve lo que espera ver: el cerebro no repara en el resto. Porque la vida es tumulto, con sus sonidos infinitos, sus olores y sus señales; nos rodea como si estuviéramos en medio de un remolino, en un río fuera de madre. Sólo captas, sólo agarras, una parte. Y si Cassie ya formaba parte de las cifras de desaparecidos, con todas esas chicas y mujeres secuestradas por tipos raros o por sus vecinos, apaleadas por sus padres, descuartizadas por amantes despechados, raptadas en el carril bici o en el centro comercial o en la parada

del bus y trasladadas a un *después* invisible, inexistente, imposible de imaginar, si Cassie había desaparecido, ya nadie podía verla, ¿verdad? Eso es lo que yo creo.

La casa —en el callejón sin salida— a última hora de la mañana, estaba vacía. El trabajo de Bev, la tarea de la Muerte, no esperaba a nadie y Anders, para fortuna de Cassie, estaba en el hospital. La perra de los Aucoin iba y venía por el jardín cuando pasó Cassie, una imagen familiar, un olor familiar. Cassie se dio una ducha, se cambió de ropa, se preparó un envase de macarrones con queso y untó de manteca de cacahuete un par de tostadas. Dejó la olla sucia en el hornillo.

No encendió el móvil, ni en ese momento ni después, tal vez porque el móvil se había convertido en una especie de portal infernal, un agujero a través del cual podría localizarla cualquiera cuando ella no quería que la localizaran. Aparte de Peter —y de mí, me gustaría creer, aunque sé que ella no estaba pensando en mí en aquel momento— no quería estar en contacto con nadie.

¿Y qué hizo Cassie en las dos horas que quedaban hasta que Bev llegó a casa? ¿Qué estaba pensando? Yo he dicho que me puedo meter en su piel, y es cierto. He dicho que la conocía mejor de lo que se conocía ella misma, y es cierto. Pero cuando intento hacerlo lo único que encuentro es una barrera de sonidos ensordecedores, confusos, sin sentido. Cassie no tenía la seguridad de que Bev fuera a llegar a casa la primera, aunque sabía que era lo más probable. No sabía cómo reaccionaría Bev al encontrar de regreso a su hija fugitiva. Y lo primero de todo, tampoco sabía cómo iba a reaccionar ella misma, Cassie. No planees, no pienses más de la cuenta, deja que suceda, tienes que encontrar la manera de tender un puente entre el aquí y el allí, entre este presente impensable y algún futuro impensable... Pero no, no creo que pensara en el futuro. Ni por un instante. Traicionada por su madre, negada por su padre, ni siquiera sabía cómo se sentía: sola, descorazonada, rota, expuesta. ¿Cómo podía pensar en nada? No creo que le pasara por la cabeza ni una sola idea. Sólo sonidos: el rugido ensordecedor del ruido blanco.

A eso de las dos llegó Bev. Sólo tengo su versión de los hechos. No tenía pensado quedarse, había olvidado unos papeles que necesitaba para la visita de las cuatro y media... algo relativo a los medicamentos. Lo recuerdo

porque salió después, y recuerdo que utilizó esa palabra, «relativo» y que a mí me resultó muy chocante. Me la imagino yendo de acá para allá, con su falda larga formando un remolino y el estetoscopio colgado al cuello, subiendo y bajando al ritmo de su pecho, siempre sin aliento —¿tendría tiempo de comer algo rápido?— y de repente, al volver la esquina, ahí estaba Cassie, parecería diminuta con aquella parka tan inflada (pero si no llevaba puesta la parka cuando se fue, ¿no?, piensa Bev) con el pelo mojado, pegado a la cara, sentada en uno de los taburetes de la cocina, con actitud desafiante...

Esa no es mi hija, dice Bev que pensó entonces. Por la expresión de Cassie, durante unos instantes creyó que era una impostora. Casi me caigo muerta, dijo, creo que se me paró el corazón... Pero si asustaba a la luz del día allí, tan quieta, en la cocina, como si fuera un ladrón. Como si fuera un ladrón, o un fantasma.

Bev, dijo Cassie con voz calmada y suave, casi amenazadora, como si aquello la entretuviera. Bev, estás en casa.

Sí, estoy en casa, y tú también, dijo Bev. Creo, me cuenta, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero es verdad que no atravesé la cocina y fui a dar un gran abrazo a mi niña. No puedo explicarlo. En ese momento me intimidaba, era como si fuera una impostora, una niña cambiada en la cuna. Es como si me hubieran dado a una niña que no era la mía.

Es eso, dijo. ¿Qué significaba eso? Quiero decir, ¿hablaba en serio?

¿Es esta mi casa?, preguntó entonces Cassie con toda frialdad, en voz baja. Bev se enfadó.

Ya lo creo que me enfadé, con todo lo que nos había hecho pasar a Anders y a mí. Yo apenas había dormido. En varios días. Y todo por la hora de llegar a casa, ¿te lo puedes creer? Bueno, dije yo, podrías haber preguntado, después de todos tus chanchullos (yo, Julia, recordaba perfectamente aquella palabra, «chanchullos», que era de otro país, de otro siglo... ¿quién la utiliza?). Pero Cassie no se mostró desconcertada.

Quiero preguntarte un par de cosas más, Bev, dijo Cassie haciendo énfasis en su nombre de un modo que, según contó luego Bev, resultaba francamente siniestro. Y luego, según Bev también, no hubo más preguntas. Hubo acusaciones, eso sí: era una mentirosa, que no le había permitido ver a su padre, que había inventado una historia que no era cierta para no tener que

hacer frente a una terrible verdad: que la había preñado un tipo que no estaba enamorado de ella y que no quería tener un hijo con ella, que Cassie había sido un error y no una hija deseada... Bueno, dijo Bev, te puedes imaginar cómo me sentí, esos dardos lanzados por mi propia hija, la niña por la que he sacrificado todo en la vida. Y lo repitió para darle énfasis: *todo*.

Y yo, Julia, o cualquiera de nosotros, ¿sabía —sabíamos— a quién creer o cuál era la verdad? Ninguno de nosotros estaba allí: no había testigos. Así que cuando Bev explicó que Cassie, que ya tenía puesta la parka azul cuando ella entró por la puerta, como si estuviera a punto de marcharse —cuando Bev explicó que Cassie había golpeado la encimera y la había llamado puta zorra embustera, que había salido de la casa corriendo, con lo fría que estaba la tarde aunque fuese primavera (un débil sol se filtraba por la grisura del cielo, por la forsythia fluorescente del patio), colgándose la mochila de los hombros y dando un portazo, y que se había ido sin dejar rastro, que esa fue la expresión que utilizó Bev, como si fuera un personaje de una serie televisiva o de una novela de detectives, como esa leyenda que ponen en referencia a tantas mujeres y niñas desaparecidas, a las que no se ha podido seguir la pista, «desaparecida sin dejar rastro»—, pues sí, fue muy duro en aquel momento aceptar lo que quería decir Bev, y era difícil imaginar cómo se había desarrollado la escena. Pero a mí, sencillamente, no me encajaba.

Peter y yo no fuimos los únicos que dudamos. Ya el mismo jueves se oían rumores de que la policía tenía sus sospechas. Pasaron mucho tiempo interrogando no sólo a Bev, sino también a Anders Shute. Aunque él tenía coartada, porque estaba trabajando.

Ante aquellos acontecimientos mis padres adoptaron una actitud reservada y serena. Estaban intentando ser adultos, mostrarse calmados, no ceder a la histeria que se había apoderado de Royston al día siguiente de que Cassie desapareciera por segunda vez. Estaban intentando transmitirme que ya había un precedente, y que no había terminado con un cadáver en la playa ni con el castañeteo de los huesos entre las brasas de una hoguera ni con una chica con la aguja clavada en el brazo en algún callejón solitario de Boston.

—La policía está intentando hacer su trabajo, eso es todo. Tienen que saber a qué gente trataba Cassie, a qué lugares ha podido ir —dijo mi madre; luego añadió—: ¿Estás segura de que no te mandó un mensaje de texto, cariño? ¿Nada? ¿Ni a tu amigo Peter?

—Lo cerró todo, mamá. Lo desconectó todo hace días. No quiere que la encuentren.

Peter dijo a la policía lo que sabía. Alguien comentó que había visto a una chica con una parka azul subiendo a un coche en la Ruta 29, en el arcén, más o menos a ochocientos metros al norte de donde viven los Burnes y más o menos a esa hora. El coche, dijeron, blanco o gris plata, tipo berlina.

El viernes por la mañana apareció la foto de Cassie en la pantalla de LED que hay cerca del Lotus Garden, sonriendo con aires de suficiencia a todos los conductores y pasajeros de la Ruta 29, y desde allí hasta Boston la policía se puso a buscar a una chica que se había fugado de casa, rubia casi albina, metro sesenta de estatura y cuarenta y siete kilos de peso (estoy segura de que no quería que pusieran ahí lo que pesaba); llevaba puesto un plumas azul cielo, de esos que tienen las secciones estrechas, vaqueros de pitillo y playeras Nike negras. La descripción oficial no hablaba de la separación de los dientes ni de la sonrisa asimétrica de Cassie, y yo no pude evitar pensar que cuando publicaron su descripción, ella podía haberse cambiado el abrigo y teñido el pelo. Una cuestión muy simple, ¿no? Hasta yo hubiera sido capaz de hacerlo.

¿Realmente había dejado Bev salir corriendo a su hija, su única hija, su preciosa hija, por la puerta principal cuando acababa apenas de salir del abismo, casi de entre los muertos, sin intentar siquiera detenerla? ¿Por qué no había ido tras ella, por qué no había salido en su busca, carretera adelante, unos minutos después? Tuvo que transcurrir un lapso de tiempo considerable entre el momento en que Cassie salió como una exhalación y ese otro en el que se montó en el asiento del copiloto de una berlina color claro: que no fue tres minutos después, sino diez o quince. ¿Cómo pudo ser que en esos minutos su propia madre no hiciera nada por salvarla?

El viernes se recibieron avisos de avistamientos en todas partes. En Haverhill, por supuesto. Pero también en Newburyport y hasta en Portsmouth; en Faneuil Hall, Boston. Incluso en Provincetown. Pero ese no lo creyó ninguno de mis conocidos. En el instituto todo el mundo tenía su propia opinión del asunto. Yo seguía esperando que alguien me preguntara qué sabía, porque conocía a Cassie mejor que nadie. Pero Peter fue el único que lo hizo. Nadie pensó que yo tuviera nada que decir, porque se suponía que nuestra amistad se había acabado cuando empezamos la enseñanza

media. Hacía dos años, quizás dos y medio, cierto, pero no nos habíamos dejado de hablar. Tampoco importó que hubiéramos pasado unidas la mayor parte de nuestra vida, como siamesas, hasta que llegó Bocado Malvado. Ni que fuésemos hermanas en el fondo. Sólo Peter lo entendía. Vino a verme y me contó todo lo que sabía, todo lo que había dicho al detective. Me contó lo que andaban diciendo los amigos de Cassie, convencidos de que se había ido derecha a Nueva York... era tan obvio. Dijeron que había hablado de ir a Nueva York porque quería ser modelo —ese fue Mason, amigo de Cassie durante los últimos seis meses, un poco tonto pero muy guapo, vestido de Lululemon: hay uno en el *outlet* del centro comercial de Kittery— y que Jae, la prima de Brianna, a lo mejor sabía algo de ella: había recibido llamadas de un móvil de Massachusetts que al principio pensó que era alguien que se había equivocado, pero podía haber sido ella, ¿verdad? Otra de sus amigas, Alma, que fue la chica por la que se metió en el lío, pensó que podía haber ido a Florida, que allí todavía duraban las vacaciones de primavera: podía haber hecho autostop hasta allí, y si se había liado con el tipo adecuado, estábamos listos para una temporada...

Por suerte no tuve que oír a aquellas chicas escupir tanta idiotez. Se lo dijeron a Peter, eterno aliado siempre paciente o agente doble siempre franco, y Peter me lo contó a mí. Y aquel jueves por la tarde salimos del instituto y nos sentamos en el castillo metálico del parque: el parque de al lado de la carretera que estaban arreglando aquel verano, hacía tanto tiempo ya, del percance de Cassie en el refugio para animales. Hasta que empezó a insinuarse una brisa fresca que se nos colaba por debajo de las chaquetas, de esas que hacen que te subas el cuello, y la estructura metálica empezó a congelarme el culo a pesar de que iba metido en el pantalón. Peter no llevaba una chaqueta propiamente dicha, sólo una sudadera —con unas letras blancas grandes donde ponía COLBY— y se tuvo que meter las manos por debajo del borde, a la altura de la barriga, para calentárselas: parecía que estaba embarazado. En otras circunstancias, yo hubiera dicho alguna gracia.

—Tú no crees que esté en Florida ni en Nueva York —afirmé.

Peter meneó la cabeza. Teníamos la espalda apoyada contra la estructura metálica y brillante y las piernas dobladas delante del tronco. Desde lo alto veíamos, a través de los árboles —de las ramas sobre todo, pero también de las hojas inminentes aún en forma de brotes cerrados—, la carretera por la

que pasaba algún coche de cuando en cuando, emitiendo un zumbido funerario. Tenía la impresión de que estábamos metidos en una ficción sobre nosotros mismos, en esa historia que era, por fin, la vida adulta. Y no quería estar allí metida. Estuvimos un rato sentados en silencio, tiré de un hilo que tenía en la rodilla, en el borde de unos pantalones agujereados con pericia profesional que le había prometido a mi madre que no me pondría para ir al instituto.

—No crees... —dije, pero me detuve: no fui capaz de decir lo que estaba pensando.

—En este mundo hay mucha mierda y todo puede torcerse —dijo Peter—. Pero no tenemos ninguna prueba de que haya sucedido aquí, ¿verdad?

—Supongo.

—No, no supones: son los hechos. Lo único que sabemos es que no sabemos nada.

—Eso no ayuda mucho.

—Por algún sitio tenemos que empezar —dijo Peter.

Me fijé en sus manos de dedos largos, las uñas limpias, cuadradas. Algunas veces no podía creerme que no me deseara como yo a él. Incluso entonces, allí, era capaz de anticiparme a todos sus movimientos, como si le rodeara un campo de fuerza tan intenso que casi repelía. ¿Era consciente de ello? ¿No estaba diciendo que lo único que no sabíamos era que no sabíamos nada? Y si eso era verdad en lo relativo a Cassie, ¿no era verdad también en relación con todo lo demás? ¿Con cualquier acto del que no tuviéramos certeza y al que, sin embargo, atribuíamos esa certeza?

—Mira —dijo, con la punta de su nariz huesuda y los bordes de los orificios nasales rojos de frío— hasta el momento en que se presentó en mi habitación, literalmente, en mi habitación, el martes, todos pensamos que podía estar muerta, ¿verdad? Hasta que apareció allí, fue como si hubiera desaparecido del planeta.

—Cierto.

—No sabíamos si creer lo que Bev y Shute dijeron que había pasado. No podemos decir que no pensáramos que podía estar bajo un montón de hojas, detrás de su casa.

—En el Bosque Invasor —dije yo, aunque sólo Cassie hubiera entendido el comentario.

Me tiré con los dientes de una pielecilla del labio hasta que sentí el sabor de la sangre. Qué importante había sido, en aquellos días, no permitirme pensar aquello, no conjurar aquella imagen, y no transmitírsela ni a Peter ni a mis padres, ni siquiera a mí misma.

Pero era cierto: no se podía decir que no hubiéramos sospechado de Shute al contemplar sus ojos y sus labios finos, con esa mueca de supuesta angustia que perfectamente podía pasar por una sonrisa de suficiencia, y de Bev, cuya abundancia de carnes siempre le había dado un aspecto agradable, pero ahora le hacía parecer potencialmente oscura.

—Pero entonces no estaba en peligro —dijo Peter—, así que ¿por qué iba a estarlo ahora?

—Porque en la primera ocasión había dejado una nota y se había llevado la bicicleta.

—Y en esta ocasión se llevó el abrigo.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Crees que tenía claro adónde ir?

Peter meneó la cabeza mientras miraba a través de los árboles.

—No va por buen camino —dijo—. Todo este asunto de Clarke Burnes la ha trastornado.

—Todo ese asunto de Anders Shute —dije yo— o de Bev.

—Todo ese asunto de su vida.

Cerré los ojos. Oía el sonido de los coches a lo lejos, amortiguado y suave, la risa y los gritos de los chicos en el patio del instituto. En el parque infantil no había nadie, aparte de nosotros: los adolescentes eran demasiado mayores. El aire olía a tierra húmeda y metal frío. Durante un instante pensé que, tal vez, cuando abriera los ojos Cassie estaría allí, balanceándose en el poni púrpura de muelles, con las rodillas casi en la boca y su amplia sonrisa. Pero me di cuenta de que la Cassie que yo veía en mi imaginación no era la chica de ahora sino la niña de entonces. Pura ficción. Desaparecida.

Justo entonces apareció *Nancy*, nuestra garceta: esa visión improbable a la que Cassie y yo habíamos puesto nombre el verano antes de que todo cambiara. Tal vez aquella era la prima de *Nancy*, y me recordó la cantera. No había ninguna lógica en ello: a fin de cuentas, ya habían visto a Cassie subiendo a un coche en la autopista. Si lo que buscaba era volar, no sería un vuelo para alejarse, sino un vuelo para retroceder: una especie de viaje al

pasado. Pero en abril era muy extraño ver en Massachusetts, con aquella humedad apenas aligerada del comienzo de la primavera, en la distancia y por encima del hombro de Peter, el ascenso lento y prehistórico de una garza que emprendía el vuelo en el estanque ornamental, medio vacío y cubierto de hojas, que había al fondo del parque. El movimiento de aquellas alas finas, oscuras, inmensas, perturbaba mi visión periférica: me giré rápidamente — ¿sería un fantasma?, pensé de pronto— y vi su ascenso deliberado, inexorable, su cuello doblado formando una S, las patas finas que se recogían como las ruedas de un avión. Y pensé: estamos en abril, no puedo estar viendo esto. *Nancy*, en Royston, ahora. Y sin pensarlo alargué el brazo para agarrar el de Peter y creo que le sorprendió, porque se encogió un poco, o al menos se encogió su antebrazo bajo mi tacto. Porque Peter y yo no nos tocábamos apenas, una cosa extraña que podía interpretar de varias formas halagadoras o no tanto, y en lo que hacía mucho tiempo yo había decidido, simplemente, no pensar.

—Mira —susurré—. *Nancy*.

—¿Quién es *Nancy*?

En su voz percibía que estaba sonriendo, pero no lo miré porque no podía apartar la vista de la garza, negra y elegante y extraña, recortándose sobre el cielo amenazante. La señalé con el dedo y oí que Peter tomaba aire.

—¿Qué pinta aquí? —preguntó—. No es temporada, ¿verdad?

—Es como si no fuera real —dije yo: para entonces, la garza ya se había perdido entre las sombras de los árboles, más allá del parque.

—Entonces, ¿quién es *Nancy*? —preguntó Peter al cabo de un minuto, tras ponerse de pie y descolgarse por el poste, hasta el suelo—. Se me está congelando el culo.

—Sí, sigue haciendo frío —dije yo, y bajé por el tobogán.

Cuando me puse las manos en el trasero sentí la carne fría a través del vaquero. Conté a Peter lo de *Nancy*, le hablé de la historia de Cassie y mía, el último verano que pasamos juntas, cuando no podíamos imaginar que algún día nos separaríamos y pensábamos que seríamos amigas siempre.

—Hacía mucho tiempo que no veía una *Nancy* de esas. Es como si la hubiera enviado ella.

—Supongo que siempre hay una primera vez. Pero eso, ¿a qué nos lleva, exactamente? ¿Cuál es el mensaje? Si es que hay un mensaje.

Le dije que deberíamos ir a la cantera.

—¿Estás de coña, tía? —Señaló el cielo—. ¿Con este tiempo? Y son ya las cinco. ¿Qué esperas encontrar allí? ¿Por qué iba a ir a la cantera, por amor de Dios? ¿Crees también que se habrá hecho una cabaña de *girl scout* con ramitas de abeto y una hoguera para asar helechos silvestres?

—Bueno, puede ser —respondí.

En otras circunstancias me hubiera preocupado que Peter se burlase de mí, pero encontrar a Cassie era ahora lo más importante.

—Confía en mí —dije, y volví a tocarle el brazo sin querer.

No pretendía ligar: era una especie de urgencia que él entendió, y esa vez no se apartó.

La caminata nos llevó más tiempo del que recordaba. Ninguno de nosotros habló mucho. El sol intentaba traspasar aquella grisura de lana, sin conseguirlo; el pequeño arcén de grava que íbamos pisando estaba aún empapado y, una vez que pasamos la casa de los Barker, la muralla interminable de siemprevivas comenzó a impregnar el camino de una humedad oscura y enlutada. El camino que teníamos que tomar para llegar a la cantera estaba descuidado, después de todo el invierno, y los matorrales parecían debatirse entre la muerte del último invierno y la primavera naciente, mezclando montones de hojas enlodadas con ramas cuajadas de brotes, jugosos botones verdes listos para abrirse. El sendero de tierra, lleno de baches, se disolvía en charcos en algunas zonas, pero en general estaba despejado. El aparcamiento, naturalmente, estaba desierto. Sólo pasaba, de vez en cuando, alguna ardilla apresurada o un pájaro aleteando y gorjeando. La cantera estaba en silencio y la superficie del agua de la poza, negra como un cristal.

—No lo dices en serio, J, ¿verdad?

Peter hundió la barbilla en el escote de la sudadera. La nariz le brillaba, roja.

—Es un presentimiento. Vamos a rodear la poza, ¿de acuerdo? Por si acaso.

—La hoguera con los helechos asándose, ¿no es eso?

—Lo que sea.

—Un ave no es una señal.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Peter, irritado, se aclaró los mocos que le bajaban a la garganta, pero no se marchó. No podíamos permitirnos el lujo de no mirar. Comenzamos a rodear la poza los dos juntos. El camino resultó mucho más traicionero de lo que yo esperaba. No había un circuito que recorriera el borde del agua, y las rocas relucientes estaban muy escurridizas. Los arbustos, muy crecidos, lanzaban sus dedos espinosos a nuestro cuello y nuestros brazos.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Peter con los brazos en jarras.

Estaba subido a un saliente de la roca desde donde veía las aguas calmadas. Nos encontrábamos en el punto más alejado del aparcamiento. Con el frío se formaban remolinos de humo cuando exhalaba el aire.

—Porque tengo la sensación de estar haciendo la cosa más absurda que haya hecho en mi vida.

No podía contradecirle.

—Se me ocurrió que podríamos encontrar algún rastro de ella. Pensé que podía haber venido aquí.

—¿Por?

Me encogí de hombros. No podía decirle que porque era un sitio que significaba mucho para nosotras, para las dos. Porque cuando íbamos allí éramos felices, y estábamos felices juntas, y teníamos padres y hogares que pensábamos que eran para siempre. Y claro, aquello no eran razones suficientes para nada.

—Julia. —Esta vez fue Peter quien me tocó a mí: me puso la mano en el hombro y habló con una voz queda y casi áspera—. Crees que podría estar aquí porque es aquí donde la perdiste. Pero ha pasado mucho tiempo.

Entonces me soltó, y emprendió el regreso.

Aun así, cuando comenzamos a andar yo seguía con los ojos bien abiertos, atenta a cualquier trozo de cinta que aleteara al viento, al destello de un pendiente en el suelo del bosque. Buscaba huellas en el barro pegajoso —huellas recientes de pies pequeños—, un teléfono móvil, la llave de una casa o un centavo reluciente. Hansel y Gretel. *Scooby-Doo*; *Tintín en el Tíbet*; *Picnic en Hanging Rock*. Cualquier cosa. Siempre, siempre había una señal. De Cassie, allí en la cantera, no había señal alguna.

Peter me acompañó a casa. Ya había oscurecido bastante y yo llegaba

tarde a cenar, así que llamó a su madre para que viniera a recogerle. Con mis padres se mostró muy tenso —súper cortés y un poco incómodo— y aunque la razón obvia era que estaba retrasando nuestra cena, me imaginé que no quería que se hicieran una idea equivocada, que pensaran que había algo entre nosotros. Se quedó de pie en el vestíbulo —«Mi madre está en camino»— y empezó a hablar, con su brillante conversación, del equipo de atletismo, de que soñaba con ir un día a la Universidad de Pensilvania, si conseguía entrar: allí había estudiado su madre. No mencionamos a Cassie, pero de alguna manera ella estaba allí, en el vestíbulo, con nosotros. Su madre tocó la bocina cuando llegó y él salió por la puerta como una exhalación. «Siento haberles hecho esperar. Teníamos que haber estado pendientes del reloj», dijo a mis padres. Y a mí, sin volverse a mirarme: «Te veo en el instituto».

Levanté una mano como para decirle adiós, pero seguramente no lo vio.

Durante la cena mi madre preguntó si habían dicho algo de Cassie en el instituto. Mi padre dijo que una de sus pacientes, Rose Bremmer, dijo que había oído en la radio de la policía que tenían alguna pista cerca de Newburyport. Yo asentí mientras hacía rodar por el plato el puré de patatas y lo aplastaba con el tenedor. Había pasado ya mucho tiempo: Cassie podía estar en cualquier parte. Podía incluso haber vuelto a Bangor, aunque asumí que la policía ya la había buscado allí. Pero no hablamos de ello, de ella, mucho tiempo. No había mucho que decir. Mi madre me preguntó por el equipo de debate, por lo que estaba preparando para el próximo campeonato. Tuve la impresión de que quería preguntarme por Peter, porque sabía que aún me gustaba. Pero no lo hizo.

Después de la cena, cuando ya habíamos terminado de recoger y yo me dirigía a mi habitación, vino a abrazarme y me apretó contra ella. Luego se separó y me acarició la mejilla, me metió el pelo detrás de la oreja. Tenía la mirada triste. No dijo nada. No hacía falta.

Me desperté antes del amanecer. Aunque el aire era fresco yo estaba sudando, tapada con la ropa de cama. Era sábado por la mañana y no había prisa por levantarse, pero yo tenía el corazón alerta y acababa de tener un sueño que aún flotaba a mi alrededor. Cassie, naturalmente. Cassie como era antes, aunque yo no tenía la sensación de haber vuelto al pasado. Sucedió en

el presente. Estábamos jugando a uno de esos juegos con los que nos entretuvimos durante años. Tú eras el monstruo y yo el caballero. Tú eras el piloto y yo el combatiente de la Resistencia. Tú eras la fugitiva y yo te encontraba. Tú eras el mago oscuro y yo el centurión luminoso. Tú eras el soldado que regresa y yo tu esposa. En el sueño, con su pelo rubio blanco, se había puesto una capa de plumas negras —una capa de pájaro, la capa de *Nancy*— que la permitiría ocultarse, fugitiva, maga, adolescente. Que la permitiría volar. En cuestión de segundos la capa se fundió con su piel, se le quedó injertada de un modo exquisito y angustioso, imposible de quitar. Era una capa envenenada. Cassie gritó de dolor con los ojos en blanco, fuera de las órbitas. Alargó los brazos para tocarme. Y yo no podía hacer nada salvo quedarme allí y mirar, como un testigo renuente e inquebrantable. Sus chillidos me despertaron en medio de la noche helada, los oí pero no lograba distinguir de qué eran... ¿Un murciélago, quizás? ¿Un gato en celo? Incluso con los ojos abiertos veía delante de mí a mi Cassie, envuelta en esa negrura frondosa de plumas, toda entera salvo la cabeza blanca y las manos, marchitándose bajo aquel manto negro.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estábamos jugando? ¿Qué juego era aquel, tan funesto? Yo lo sabía, podía olerlo. Aquel lugar estaba oculto en los márgenes de mi conciencia, fuera de mi alcance. Cerré de nuevo los ojos y escuché el eco de su voz reverberando en las paredes. En la oscuridad, bajo los párpados, vi de nuevo los fragmentos relucientes de las cristaleras de colores y sentí el contacto de la barandilla en la mano. Miré hacia arriba. Entonces me di cuenta de lo que tenía que hacer, en la oscuridad que precede al alba de comienzos de la primavera. Preocupada, claro, pero también con una súbita certeza, porque aquello no era un juego de niños ni un escenario imaginado, porque con cada minuto que pasara la capa de plumas de Cassie se fundía más y más con su carne y, si no me daba prisa, ella nunca volaría. Ni siquiera sobreviviría. Ya no habría modo de quitársela nunca.

Consideré, durante un instante fugaz, despertar a mis padres. Pero no lo habrían entendido: igual que Peter, habrían pensado que me estaba inventando una historieta. «Tienes una imaginación hiperactiva», solía decirme mi madre. Y yo necesitaba un aliado que creyera como yo en premoniciones y augurios, en los instintos, y no sólo en la lógica. Como un niño, o un profeta. Como Hagrid. Tardé un momento en acordarme de *Bessie*

y el derecho, y ese recuerdo también llegó a mí de forma distinta a como llega un pensamiento: fue más bien como algo que sabes en lo más profundo de ti, como en un sueño. Busqué el número, que aún tenía en mis contactos de cuando hice el monólogo para el equipo de debate de séptimo, y aunque vi perfectamente que la luz verde del reloj decía que eran las 4.43 de la madrugada, llamé a Rudy Molinaro.

¿Le desperté? No sabría decirlo. ¿Le sorprendió? Supongo que sí, muchísimo. Pero no es un hombre de muchas palabras, ni de los que muestran sus emociones. Él muestra lo que mi madre llama «afectos desnudos».

Le dije que se trataba del ángel rubio. El ángel, le recordé. Cassie, le dije, es su nombre. Me necesita, le dije. Necesita nuestra ayuda. Según le hablaba me imaginaba sus ojos de gominola que brillaban sin brillo dentro de las cuencas, rodeadas de bolsas. Aún era de noche, aún no había amanecido la mañana del sábado. Y yo era una cría, él me doblaba la edad. Y le estaba llamando por teléfono. Pero él me escuchó, y reaccionó como si yo fuera el alcalde de Royston, como si se diera por hecho que si yo le pedía que hiciera algo inusual, era sencillamente porque había que hacerlo. Porque era vital.

¿Habrían acusado mis padres, el propio Peter, a Rudy de ser un estúpido? Desde luego, no era la lumbrera que más alumbraba ni el cuchillo más afilado. Pero aquella mañana yo sentí gratitud, porque necesitaba alguien que me ayudase sin decirme que era una cría, o que era irracional o que estaba equivocada antes incluso de empezar. Rudy sabía lo importantes que son los sentimientos y los presentimientos, y lo que representa intuir que va a suceder algo. Ese tipo se fiaba de su perra, *Bessie*, más que de ningún otro ser.

¿Estaba borracho? Después de hablar con él yo habría dicho que sí, probablemente. Después de montarme con él en la camioneta habría dicho que sí, con absoluta certeza. Incluso con Bessie sentada entre los dos en el asiento delantero, jadeando y llenándolo todo de su aliento perruno, me llegaban los efluvios de Rudy: vaharadas de tabaco y alcohol, como si exudara esas sustancias por los poros. No me preocupó. Probablemente ese grado de embriaguez suyo jugaba a mi favor. Hizo que aquel viaje como de sueño pareciera aún menos real, como si él también lo estuviera soñando.

No tuve miedo al subirme a la camioneta de Rudy Molinaro a las cinco y veinte de aquella mañana de sábado de abril, aún de noche, sin que nadie

supiera qué hacíamos ni adónde íbamos. No me daba ningún miedo. Lo único que puedo decir es que me fiaba de él, bebido y solo como estaba. Me fiaba de él por *Bessie*, y por todo el tiempo y el cariño que había dedicado a su madre enferma. Porque estaba en las antípodas de lo cruel y porque era un hombre que no sabía cómo interpretar lo que pensaba. Y a mí no se me ocurrió hasta mucho después, hasta que todo formó parte del pasado, que en aquellos momentos y en otras circunstancias yo habría estado... en fin, aterrorizada.

No hablamos mucho. En el trayecto hasta el sanatorio, con el ambiente viciado de la cabina y con las toberas soltando aire caliente, los jadeos de *Bessie* eran una versión de lo que hubiera sido nuestra conversación. Rudy, a su manera, también jadeaba, al menos su respiración era pesada, como si quisiera acaparar todo el aire que pudiera. Su rostro se iluminaba con las luces encendidas del salpicadero, que le daban una tonalidad arcillosa. Yo también respiraba, pero por la boca. Con aquellos olores...

—Yo creo que es buena idea que echemos un vistazo —dijo al fin, después de jugar un poco con la mejilla, como si la máscara por dentro.

Bessie se relamió como si quisiera dar su aprobación y bostezó haciendo chasquear la mandíbula, que sonó como una puerta al sacarla de las bisagras. Yo tenía su dentadura pegada a la oreja.

—Eso parece —asentí.

Llevaba las manos juntas sobre el regazo, como si estuviera en la iglesia. Y entonces, salvo por las toberas y la respiración y el sonido que hacía *Bessie* al maniobrar con su propia saliva, volvió a imponerse el silencio.

Rudy se bajó de la camioneta para abrir el gigantesco candado de la puerta principal, la de la carretera. No sé qué había pensado yo —¿tal vez que iríamos por entre la maleza, desde la cantera, con aquella luz mortecina?—, pero lo cierto es que no me había planteado que fuéramos a entrar por la carretera principal. La camioneta daba sacudidas y vaivenes a pesar de ir tan despacio. Las ramas saltaban o se partían a nuestro paso. Por allí no había circulado ningún vehículo en mucho tiempo. La luz de los faros apuntaba, enloquecida, a cualquier parte: un montón de basura, el asfalto roto, una maraña de ramas... Y de repente, al doblar una curva apareció ante nosotros el edificio de Bonnybrook con su presencia oscura y demacrada recortándose sobre el cielo color cardenal, que empezaba a aclararse.

Desde fuera no parecía que nada hubiera cambiado en los años transcurridos desde que Cassie y yo entramos allí. Al parecer los proyectos de construcción que se estuvieron barajando habían quedado en nada, no habían salido adelante. Pero eso no significaba que nadie hubiera puesto el pie allí, o que el tiempo no hubiera seguido deteriorando sus ruinas. Visto de lejos parecía que había más ventanas rotas, más persianas sueltas o desaparecidas, más pintadas por las paredes. Cuando Rudy apagó el motor dejó encendidos los faros, iluminando la puerta por la que Cassie y yo habíamos pasado tanto tiempo atrás. Rudy abrió la puerta de mi lado y sacó de la guantera una linterna plateada, enorme: casi podía sentir cuánto pesaba. Lanzó un gruñido al saltar al suelo. *Bessie*, sin embargo, saltó ligera como una pluma. Olisqueó el aire y levantó las orejas, pero decidió no ladrar. Lo que se movió entre los arbustos no captó su atención. Yo deseé entonces haberla conocido mejor, lo suficiente para abrazarme a su cogote roñoso y ponerme a su merced.

Rudy proyectó la linterna sobre la cara del Bonnybrook como si fuera el haz luminoso de una discoteca.

—¿Por dónde dices que entrasteis?

—No sé qué dije —respondí, pero le llevé hacia las ventanas del comedor.

—Esto es allanamiento, lo sabes —dijo sin tono de amonestación, como simple comentario—. Va contra la ley.

—Éramos dos crías —respondí.

Rudy gruñó y se paró a frotarse un ojo.

—Pero lo sabíais —insistió.

—Supongo.

La ventana francesa por la que habíamos pasado la otra vez, más decrepita que entonces, apenas existía ya: quedaba poco más que el marco. La lluvia había estropeado el parquet del suelo y ahora estaba ondulado como las aguas de un pequeño puerto. Sentía bajo los pies trozos de cristal, esparcidos por todas partes. Por alguna razón aquel salón me parecía ahora distinto: cuando Rudy hizo un barrido con la linterna, de lado a lado, me di cuenta de que había desaparecido todo lo que se podía quitar, cualquier cosa que pudiera moverse. Así que lo único que quedaba era la habitación. Habían arrancado incluso las ruedas de carreta que hacían de lámparas, dejando sólo

la escayola rota y los cables colgando.

—¿Hacia dónde? —Rudy movió la cabeza a un lado y a otro, como si fuera un puntero—. ¿En qué dirección vamos?

—Creo que... arriba. Lo siento.

El Bonnybrook cantaba su propia canción al atravesarlo el viento: chirridos, pequeños estallidos y una serie de gemidos muy agudos. Afuera la luz del día comenzaba a verterse sobre el horizonte, pero desde el vestíbulo principal del sanatorio era fácil no darse cuenta: sin la linterna de Rudy habríamos estado en total oscuridad. Rudy nos rodeaba a ambos con su luz: veíamos las motas de polvo suspendidas en el aire, el suelo desigual, despojado de sus tablas por algún asaltante, la balaustrada, la vidriera de vidrio coloreado, con su dibujo de flores... todo había desaparecido. Ya no había fantasmas glamurosos: hasta los fantasmas habían huido de allí. Lo único que quedaba era un frío olor a humedad, como si la tierra reclamara su territorio. Las escaleras se alzaban ante nosotros como un esqueleto, y se adentraban en la oscuridad.

Bessie, aparentemente serena, emitió un leve gemido y comenzó a subir.

—Muy bien, muchacha. Si tú lo dices...

El aire que nos envolvía era tan denso que parecía sólido. Sentía tal gratitud por la presencia de Rudy, incluso con sus efluvios a tabaco y alcohol, que toqué ligeramente su anorak con las puntas de los dedos, para estar conectada a él mientras subíamos.

Yo estaba segura, hasta la médula, de que Cassie estaría allí. Lo supe desde el momento en que me desperté. Tal vez lo supe antes incluso, cuando vimos a *Nancy*. Cassie era mi mejor amiga. Habíamos crecido juntas. *Bessie* la encontró al cabo de un par de minutos. *Bessie*, que salió corriendo en cuanto llegamos a la segunda planta sin esperarnos a nosotros dos, humanos turbados, sin mirar atrás. Oímos el sonido de sus uñas sobre el suelo del piso de arriba, el golpeteo rítmico de sus patas. Sentíamos cuándo variaba el rumbo, cuándo entraba en una habitación, cuándo describía un circuito, cuándo iba en otra dirección... oíamos el tintineo hueco de sus pasos. Fuimos detrás, despacio. Rudy movía la linterna en la oscuridad, aunque ya no era necesario.

—Está aquí, Rudy —dije—. Ya lo verás.

Respondió con un gruñido evasivo. Estaba despuntando el día, azul grisáceo. Se estaba colando ya incluso en el oscuro interior del vestíbulo, en forma de haces de fría luz tenue. Ahora todo parecía menos surrealista, pero también menos real. ¿En virtud de qué absurdo ataque de infantil insensatez había yo orquestado aquello? Como si fuera un juego, o un cuento. Como si ella hubiera hecho lo que yo había querido, o imaginado, que hiciera.

Pero *Bessie* ladró. Ladró desde el pasillo secundario y oscuro de lo que Cassie y yo llamábamos el Ala de Aislamiento. Rudy comenzó a correr, supongo que aquello era correr para él: una especie de impulso jadeante sumido en una ensoñación. Y yo corrí tras él, ahora ya capaz de distinguir al menos las cosas oscuras que había por el suelo, lo suficiente para no torcerme el tobillo.

La habitación 7 no tenía dorados ni eflorescencias carmesí de moho en las paredes: sólo conservaba un lavabo ennegrecido, seco como el polvo. Nuestra habitación. Los cristales con reja de gallinero en las altas ventanas. La puerta metálica, casi arrancada de las bisagras, como si alguien hubiera intentado llevársela y luego hubiera renunciado. *Bessie* estaba en guardia sobre un bulto azul cubierto con un plumas y ovillado contra la pared, una bola con anorak de esquí, con los brazos y las piernas como palillos y una maraña de pelo rubio casi blanco. *Bessie* se debatía entre dar pataditas de emoción contra el suelo, menear la cola y ladrar, hasta que echó a correr para intentar devolverla al mundo a base de lametazos. Cassie, ni consciente del todo ni inconsciente, se tapaba la cara con los brazos, retorciéndose y gimiendo. Sólo distinguí que decía «No, no, no...» con más intensidad cuando *Bessie* empezó a lamerle la cara.

Cogí la botella de plástico de Smirnoff, casi vacía, y la caja amarilla de Wheat Thins que se había caído dejando salir el contenido de la bolsa encerada. Una botella de dos litros de Coca-Cola Light con el tapón quitado, también a medias. Su mochila, como un saco desinflado al lado de un par de frascos de pastillas naranjas de las que se compran con receta: tenían quitados los tapones grandes y blancos, que resaltaban sobre el suelo sucio como si fueran ruedas luminosas. Me quedé parada en el umbral, mirando, mientras llegaba Rudy. No dije nada.

—No, no, no —volvió a gemir Cassie.

—Joder —dijo Rudy casi a mi oído, como si hasta él hubiera pensado que

aquello era una fantasía mía y ahora tampoco pudiera creer lo que veía.

Bessie, aunque no estaba completamente tranquila (su excitación estaba justificada del todo, porque había ganado la partida) sabía que el premio era humano y las consecuencias reales. Cuando llegó Rudy y se colocó a mi lado, *Bessie* dejó de ladrar: seguía pateando y meneando la cola. Se volvió a mirar a Rudy, luego a Cassie, otra vez a Rudy. Estaba esperando que él dijese qué tenía que hacer a continuación.

—Buena chica, *Bessie* —logró decir Rudy, y añadió—: Siéntate.

La perra, temblando, se sentó. Él seguía murmurando «Joder. Joder».

Me dio la linterna, que yo apagué: ahora ya sobraba. No la necesitábamos para ver a Cassie allí tirada en la esquina. Luego buscó su móvil y marcó el número.

Poco a poco me fui dando cuenta de lo mal que olía, a vómito y a lo otro. Una especie de complemento olfativo a lo de Rudy, por así decirlo. Cassie no estaba muerta, desde luego. Pero no habría sido porque no lo intentara.

Rudy, haciendo muecas de desagrado ante el hedor, se fue hacia ella y trató de despabilarla con sumo cuidado, sacudiéndola suavemente por un hombro. Ella emitió otro gruñido ahogado. No había forma de que apartara los brazos de la cara. Me figuré que tenía los ojos cerrados, pero no podría asegurarlo. Su célebre mata de pelo yacía sobre el polvo, formando un remolino a su alrededor. Yo había apoyado la espalda en la pared y me había situado lo más lejos posible de ella sin salir de la habitación. Me fui resbalando hasta quedarme sentada con las piernas dobladas delante del pecho. Señor, qué frío hacía en aquella habitación, aunque todavía conservaba el cristal de las ventanas. En eso sí me fijé: había elegido una habitación que tuviera una ventana cerrada, donde no entrara el viento. Yo no dije ni una palabra. Cuando Rudy y *Bessie* salieron al encuentro de la ambulancia, que ya habría llegado hasta la puerta, no me moví. Para entonces ya había entrado el día. Observé su anorak azul que subía y bajaba al respirar ella. Emitió un ligero ronquido. No creo que supiera que yo estaba allí.

Salieron los hombres de la ambulancia, se produjo cierto alboroto en las escaleras y en los pasillos, se oían los golpes metálicos de la camilla y una cháchara desenvuelta, y pensé que se despertaría. Pero no habló, ni siquiera cuando se dirigieron a ella y le hicieron alguna pregunta.

—Está despierta —dijo el de barba, tirando sin éxito del brazo que Cassie

mantenía plegado para taparse la cara—. Tal vez no quisiera estarlo, pero lo está.

—Vaya puto desastre —dijo el otro, y luego, dirigiéndose a mí—: Échanos una mano, anda. Ayúdanos a recoger toda esta mierda.

Señaló con un gesto las botellas y la mochila.

—¿Eres su amiga? —preguntó el de la barba cuando me vio arrodillarme para hacer lo que me habían mandado.

Metí los frascos de pastillas y las galletas en la bolsa y busqué el tapón de la botella de Coca-Cola.

—Déjela —dijo Rudy desde el umbral, donde se había quedado de pie fumando un cigarrillo, tal vez para enmascarar aquel olor—. Si no es por ella, a nadie se le hubiera ocurrido venir aquí. La policía pensaba que había huido a Nueva York, o al norte, o a cualquier sitio.

El enfermero malhumorado meneó la cabeza e intentó atar a Cassie —que ahora estaba completamente rígida— y volvió a decir:

—Qué puto desastre.

—Bien hecho —dijo el otro, dirigiéndose a mí—. Probablemente le has salvado la vida.

Pero entonces hubo unos instantes en que empezaron a menearla mientras Rudy, agotado, fumaba con los ojos cerrados y acariciaba la cabeza de *Bessie*, ahora ya tranquila, y la rascaba detrás de las orejas. En aquellos instantes yo estaba pendiente de Cassie... pendiente de su cabeza, quiero decir. Apartó los brazos, con los que se había estado protegiendo, sólo un poco, pero yo alcancé a verle los ojos que brillaban como si estuvieran en la oscuridad de una caverna: abiertos, alertas, se volvieron hacia mí con una expresión de ira que no había visto en todos los años que pasamos juntas. Una ira asesina. Hubiera podido jurar que movió los labios y me dijo algo, en silencio, quiero decir, vocalizó sin pronunciar las palabras, sólo cuatro palabras: «Que te den, traidora». Hubiera jurado que eso es lo que dijo.

A mediados de junio ya se habían ido. Cuando terminamos el noveno curso se cerró también la imagen que mi vida había tenido hasta ese punto: independientemente de lo que estuviera por venir, tenía que aceptar que mi amistad con Cassie, la amistad que me había definido, había terminado. Durante aquel primer verano y el otoño siguiente me aferré a Peter, y él a mí:

en ese sentido, Cassie me dio lo que yo siempre había querido. Peter y yo fuimos novios durante más de seis meses, seis meses enteros en los que intentamos convencernos el uno al otro de que habíamos hecho lo mejor posible, lo mejor para Cassie. Y que nosotros dos éramos los únicos — obviamente— que de verdad la habían conocido y comprendido.

Pero resulta extraño compartir tu amor con un fantasma... Más que eso: sentir que el amor que os une es un amor que iba destinado a ella, y que ella te lo rebota. Si no, ¿cómo se explica que en cuestión de semanas Peter pasara de apartarse cuando yo le tocaba a no ser capaz de mantener las manos quietas? Jodie dijo que era perfectamente lógico, que al principio reculaba porque deseaba mucho estar conmigo, pero le parecía inadecuado por Cassie, sobre todo sabiendo que ella no estaba bien y todo eso. Mi versión es la contraria a la de Jodie, como ese dibujo de la escalera de Escher que hay en nuestro baño del ático. A veces me parecía que tenía razón y veía las cosas como ella, pero me seguía preocupando que cuando Peter cerraba los ojos para besarme viera a Cassie, o me ponía la mano en la pierna en el cine, o cuando veíamos la tele, me preocupaba que en su cabeza estuviera comparando la de Cassie, del tamaño de una muñeca, con la mía, mucho más rotunda. Cuando hablábamos de poesía o tocábamos algún instrumento yo no me preocupaba, porque eran pasiones que no compartía con ella. Pero luego escribió otra canción sobre Cassie —otra balada, con un estribillo muy suave que decía que olía a rosas— y ese ámbito también quedó contaminado.

De modo que sí, yo maté aquello: porque estaba convencida de que estaba muriendo. Como todo lo demás, como todas esas historias mías que en ocasiones parece que me las he inventado yo, convirtiendo un deseo en realidad, la ficción en hechos. Como si por imaginarlo ya sucediera. O tal vez estuve siempre en lo cierto. En cualquier caso, por Navidad acordamos que estábamos mejor como amigos y eso nos convirtió en personajes de novela. Desde luego mola mucho seguir relacionándote con tu ex de esa forma despreocupada pero afectuosa, lo justo para que la novia no tenga que preocuparse pero no pueda evitar hacerlo. Y sobre todo, no quería hacer el papel de la muchacha triste, la que perdió a su mejor amiga no una vez, sino dos, y luego además perdió a su amor. Aunque como el dibujo de Escher, cuando ves las cosas con cierta perspectiva no puedes dejar de verlas. No del todo.

Mi historia sobre lo mío con Peter funcionó bastante bien. Fuimos buenos amigos, casi inseparables, hasta finales de la primavera de décimo curso — uno más para él— que fue cuando empezó a frecuentar a Djamila, una chica nueva de su clase con los ojos verdes y una piel finísima, color café con leche, y un espíritu hermoso. Hermoso de verdad. Estaba en el mismo curso que él, también practicaba atletismo, y encima cantaba... Le gustaba a todo el mundo, me gustaba a mí, de verdad, y cuando abría la boca era como si de pronto hubiera entrado en la sala Whitney Houston.

Pero todo eso ha sido mucho después. Yo sigo aquí. Estoy bien. Dentro de poco me graduaré. Sigo yendo a Newburyport una vez por semana, a una terapeuta que recomendó a mis padres el loquero del instituto. Me lleva mi madre en coche y me espera en el Dunkin' Donuts con el portátil mientras yo estoy en la consulta de esa mujer, tan anodina, con vistas al parque. Tiene una camilla —que yo ignoro— y una silla de palo, en la que me siento. Y una maceta con un helecho enorme. Y cajas de clínex estratégicamente distribuidas.

En la pared tiene colgado un extraño cuadro, muy oscuro: es una especie de escena de hadas, duendecillos y sapos en un bosque, por la noche. ¿Por qué? ¿Quién elegiría una escena así, graciosa pero súper oscura? Uno de los duendecillos —con unas alitas espantosamente brillantes, como de libélula— tiene el pelo rubio blanco y me recuerda a Cassie. Más que eso, me recuerda esa vez que soñé con Cassie y la capa de plumas negras, la capa envenenada que la mataría en lugar de hacerla libre. Todas las semanas, cuando miro este cuadro —es como un revulsivo— me dan ganas de contar a esa mujer lo del sueño, lo de esa niña, lo que he aprendido —no con palabras, sino más bien como experiencia, como un peso en la atmósfera, como el residuo de un olor— sobre hacerse mayor. Todas las semanas decido firmemente que no diré ni una palabra.

Ahora sé, y también sé que no es para tanto, lo que es ser una niña que se hace mayor. Tal vez uno puede elegir no ponerse la capa, pero entonces nunca será libre, nunca emprenderá el vuelo. También puedes aceptar el manto que te ha tocado en suerte. Pero cuáles van a ser las consecuencias de eso, qué va a hacer ese manto, qué va a suponer llevarlo puesto... eso no se puede saber de antemano. Los demás, desde su posición, pueden verlo mejor, pero no pueden salvarte. Lo máximo que cualquiera de nosotros puede hacer

por otra persona es tener el valor suficiente para no apartarse de ella. Yo no lo hice, hasta que lo hice.

Tenemos poco que contarnos, esta terapeuta y yo. Es una mujer agradable pero, la verdad, ¿qué sabe ella? Para ella no soy más que una adolescente un poco atormentada, una niña cuya amiga cayó en una profunda depresión. Pero mi maldición es ver las cosas. Conocer las historias y saber cómo se desarrollan; conocer a la gente y saber cómo es. Yo no busco saber todo eso. Simplemente, lo sé. Y si he de ser sincera, me agota. Cassie se quedó con el nombre profético y a mí me cayó la maldición. O el don, según se mire. Si esta señora tan agradable también viera esas cosas, no sería necesario explicar nada. Pero si no lo ve, y llegados a este punto me atrevo a afirmar con cierta seguridad que no lo ve, no tiene sentido intentarlo. Lo que a mí me gustaría es que alguien me quitara esta carga, o que la llevara a medias conmigo. Porque si yo no viera, no intentaría saber. Y naturalmente, nadie puede saber realmente qué les pasa a los demás, o qué creen los demás que les pasa, que viene a ser lo mismo. Yo no sé cómo se sintió Cassie cuando notó que la capa de plumas se fundía con su carne. Ni siquiera puedo imaginarlo.

Cuando se fueron los de la ambulancia —iban a llevar a Cassie a Haverhill— y vino el policía a hacerse cargo de sus cosas, Rudy me llevó a casa. Mis padres no se habían despertado aún, así que podían haber pasado sin enterarse, nunca, de que yo me había ido. Rudy no era ese tipo de persona adulta que te acompaña hasta la puerta y se pone a hablar con tu madre: seguramente mis padres le imponían más que a la mayoría de mis amigos. Nos quedamos los tres —él, *Bessie* y yo— unos minutos al calor de la cabina de su camioneta, abatidos por los acontecimientos de aquella mañana. La peste ya no era tan intensa, o tal vez fuera que yo tenía ya insensibilizadas las narinas.

—Rudy —dije al fin—, te lo agradezco. Y a *Bessie*.

La perra se volvió hacia mí con un ojo caído y soltó un pedo adormilada.

—Dicen los paramédicos que se pondrá bien.

Las manos mugrientas de Rudy se aferraron con fuerza al volante.

—Será mejor que entre. Mis padres se estarán preguntando dónde estoy.

—Claro, señorita. —Pensé que se iba a inclinar hacia mí, apartando un poco al perro, pero no lo hizo—. Cuando vayas a verla dile que Rudy se

alegra de que esté bien, ¿vale?

Entré en casa sin hacer ruido y pensé que Rudy no me había preguntado en ningún momento por qué pensaba que Cassie estaba en el Bonnybrook. Simplemente, confió en mí. Al entrar, empecé a pensar si mis padres se enfadarían conmigo cuando les dijera lo que había hecho. Les tendría que contar, además, que había ido allí con Cassie, años atrás. Y sobre todo a mi madre no le gustaría.

No me equivoqué. Mientras contaba la historia iba viendo cómo se ensombrecía la cara de mi madre, como si al mirar a su hija fuese de repente consciente de que yo no era la niña que siempre había creído que era. No dijo nada en concreto, asintió, pero yo hubiera asegurado que aquella historia de Cassie y yo jugando en el sanatorio, aquel verano lejano, la desestabilizaba tanto como la historia actual de Cassie. En algún nivel de la escala, de alguna manera imposible de expresar, a mi madre ya no le importaba tanto Cassie. Se sintió aliviada cuando la encontraron, cuando vio que estaba bien, pero más allá de eso no quería saber nada. Yo era lo que le importaba. Cuando, durante tantos años, Cassie fue parte de mi vida, también fue importante para mi madre. Pero ahora mi madre ya había tachado a Cassie: lo había hecho hacía tiempo. Para mis padres era eso a lo que se suele llamar «malas compañías», el tipo de amistades por la que la respuesta más optimista posible es una especie de muda compasión.

Y eso no sucedió sólo con mi madre: era la parte objetiva de toda la historia. El lunes, en el instituto, el director nos reunió a todos en el gimnasio para anunciar que habían encontrado a Cassie y que se encontraba estable en el hospital, bajo los cuidados amorosos de su familia, así que podíamos regocijarnos todos. Empleó esa palabra, «regocijarnos», que a mí me sonaba peculiar. Se subió al podio luciendo sus muslos gruesos embutidos en un traje muy ajustado y con el pelo cuidadosamente arreglado, lo que le daba un aspecto de viejo rockero en una boda, y dijo ahora vamos todos a dejar a Cassie y a su familia (¿su familia? ¿Anders Shute?) en la intimidad, tras lo cual empecé a escuchar a mis espaldas, entre la multitud, alguna risita nerviosa que me enfureció. Luego dijo que aquello era un asunto personal, que no había que hablar más de ello y que por favor no especulásemos ni difundiéramos rumores. Dijo también que nos fuéramos cada uno a nuestra clase pero, claro está, en los pasillos nadie hablaba de otra cosa.

—Eh, Julia —me dijo acercándose a mí uno de décimo curso que se llamaba Ollie, y que nunca me había hablado—. Hemos oído que tú estuviste allí, que ayudaste a encontrar su escondite.

No respondí. Seguí andando, mirando al suelo. Jodie respondió por mí.

—No creas todo lo que oyes.

—Esa chica era un putón —dijo uno de los amigos de Ollie—. ¿No te acuerdas de la fiesta de AJ, a principio de curso? Estaba completamente moco.

—Ah, ¿y tú no, follador?

Me sorprendió aquella reacción, porque Jodie también opinaba que Cassie era un putón. Pero lo que más odiaba era la hipocresía de los chicos.

—Pues no sé... —El chico siguió insistiendo—. Porque yo no terminé medio desnudo en una habitación con un montón de tías, ¿verdad?

—En tus sueños, a lo mejor —respondió Jodie, agarrándome por el codo para apartarme de allí. Luego me dijo—: Llama a tu madre. Vete a casa. Tómate el día libre, y mañana también. Esto se pasará.

—A lo mejor no se pasa.

—Se pasará, créeme.

—¿Por qué estás tan segura?

—Es lo mismo que antes, cuando tú pensabas que Cassie era guay, hiciera lo que hiciera. No ves la realidad porque te importa demasiado ella, y eso distorsiona tu visión de las cosas. Pero la verdad es que a todo el mundo le resultaba mucho más interesante cuando no se sabía dónde estaba. Ahora que conocen el final de la historia, se acabó. Porque el final no es tan interesante como todos los finales que habían imaginado: que si estaba de prostituta en Times Square, que si se había buscado un viejo que la mantuviera en Florida, que si la habían secuestrado o asesinado y cortado en pedazos que habían esparcido luego por la playa de Plum Island... cualquiera de esos finales la hacía especial, y así la recordarían. Cualquiera podría haber hecho una película sobre ella, habría salido en las noticias. Habría habido un juicio. Pero resulta que no es más que otra criatura que tuvo una bronca con su madre y se fue a pasar un par de noches a un edificio abandonado.

—Robó medicamentos del maletín de su madre, que es enfermera. Intentó quitarse la vida.

—Vale, sí, con eso gana un par de puntos de interés. Pero de todo eso no se sabe nada en el instituto. Y piensa que si hubiera triunfado en ese intento, la historia hubiera sido mucho mejor.

—Ah... Eso es horrible.

—Piensa en ello como un argumento para debate. Como si tuvieras que escribirlo. Un final feliz no es un final. Nadie quiere un final feliz cuando le importa más la historia que la persona.

—¿Cómo puedes ser tan mezquina?

—No soy mezquina —respondió Jodie—. Estoy diciendo las cosas como son.

Me fui a casa y me tomé libre el resto del día y también el siguiente, el martes. Regresé al instituto el miércoles. Algunos me miraban y susurraban algo, como si dijeran: «Mira, esa es su amiga, la que la encontré». Las nuevas amistades de Cassie, Alma y otra chica que se llamaba Justine, me fueron a buscar a la cantina y me preguntaron qué había sucedido. No les conté los detalles —el vómito, el vodka ni los frascos de pastillas— y me limité a explicarles que se había ido a esconder al sanatorio y que yo había pensado que podría estar allí porque habíamos ido de pequeñas. Algunos cotilleos decían que al menos Alma había ido a ver a Cassie, no al hospital sino a su casa, antes de que se marcharan.

Y a mí no me lo dijeron, pero por ahí circulaban un montón de historias que acabé por oír de un modo u otro. Contaban que Rudy Molinaro había sido su novio y que los dos se habían atrincherado en el sanatorio y habían estado varios días allí. Que Bev se había llevado a Cassie del pueblo a toda prisa para apartarla de Rudy. Decían que Cassie había amenazado con desaparecer para siempre si Bev no dejaba a Anders Shute. Decían que Anders Shute había estado abusando de Cassie y que su madre no se enteró hasta que se fugó. Decían que al final el padre de Cassie no estaba muerto y que había invitado a Cassie —¿o había sido a las dos, a Cassie y a Bev?— a irse a vivir con él. Decían que el padre de Cassie no estaba muerto y que era, en realidad, Rudy Molinaro, y que ella estaba dispuesta a abandonar a su madre por él; no, que tenían un romance y no se dieron cuenta, hasta mucho tiempo después, de que aquello era incesto, que eran padre e hija. Decían que ella había intentado suicidarse porque estaba suspendiendo todas las asignaturas, porque tenía problemas con las drogas, no, porque había sido

víctima de una violación en grupo: una pandilla del último curso, de los del equipo de *lacrosse*. Dijeron que, según parecía, se había teñido el pelo —¿o era que se había afeitado la cabeza?— mientras estuvo desaparecida. Decían que había sufrido un brote psicótico y que nadie supo dónde estaba hasta que la encontraron en el sanatorio. Decían que ella y yo habíamos sido amantes, en secreto, que yo estaba celosa de sus relaciones con Andy-Rudy-Peter y la había llevado al sanatorio a la fuerza para intentar matarla, pero me había arrepentido justo a tiempo. Decían que lo que realmente había pasado era un misterio y ninguno de nosotros sabría nunca la verdad.

Yo no dije nada —ni siquiera a Jodie— ni Peter tampoco. Pensé que era la única prueba de amistad que podía dar a Cassie, aunque fuese tarde: guardarme para mí la historia que sabía, o creía saber. Que dijeran lo que les diera la gana.

Durante un tiempo todo el pueblo especuló, analizó, calculó, imaginó. Todo el mundo buscaba una historia. Una historia con planteamiento, motivos, nudo y desenlace. Y la historia que ellos buscaban — independientemente de la forma que le dieran— necesitaba a Cassie en el papel de víctima: víctima de una adicción, de un abuso, de su madre, de Anders, de Rudy o incluso mía. Un cadáver hubiera compuesto la mejor historia: con eso teníamos el titular, ya podíamos estar todos hechos polvo, conmocionados, llenos de remordimiento y, cuando no hubiera remedio, mostrar nuestro cariño.

Entonces, sólo entonces, despojada de su ser carnal, podríamos inmortalizar a Cassie, que viviría su apoteosis debidamente purgada y elevada. Si la hubieran asesinado, la recordaríamos como la dulce Cassie, la herida, la abandonada, la bella Cassie con sus ojos azules y el pelo blanco como una llamarada viva. Una Cassie a la que el sufrimiento había purgado de todo. Y así el pueblo de Royston la habría aclamado y redimido.

Pero como no había «encontrado su destino», como dice el refrán, nadie sabía qué hacer con ella. Era, simplemente, «una muchacha conflictiva», como dijo en voz baja y en tono de lástima Mildred Bell tras el mostrador de su tienda. Y después de unas cuantas semanas de desconcierto y conmoción, todos se olvidaron de ella.

En el instituto todos empezaron a preocuparse por otras cosas apenas transcurridos unos días: las tres costillas rotas de Sierra Franto, al caerse del

árbol que había justo en la ventana de su habitación; el padre de Alex Paul, el enterrador, que había tenido problemas por confundir los cadáveres de dos abuelas en la funeraria. En general, pasó como en Instagram: fuimos pasando pantallas hasta que Cassie, simplemente, desapareció.

Antes de marcharse Cassie se negó categóricamente a verme. Yo le escribí mensajes de texto y de correo electrónico, pero no me respondió. Por un sinfín de razones no me atrevía a llamar a su casa, así que al final, a mediados de mayo, cuando ella llevaba ya un par de semanas en casa, al salir del hospital, fue mi madre quien llamó. Cogió el teléfono Bev.

—Muchas gracias por llamar —dijo Bev a mi madre: según dice mi madre, en tono muy formal, como si apenas se conocieran—. Y estamos tan agradecidos a Julia por ayudarnos a encontrar a Cassie...

Como observó mi padre, cualquiera habría comentado que tampoco aquella mujer había cogido el teléfono para dar las gracias, ¿verdad? Qué menos, por haberle salvado la vida a su hija. Como si fuera cosa sin importancia.

—Han sido unos momentos muy duros, ya podéis imaginar —continuó Bev—. Pero sobre todo para Cassie, que lo ha pasado muy mal.

Mi madre se fijó en sus palabras y me lo comentó: esperaba que dijera «está muy deprimida», que era lo lógico, pero no dijo eso, sino «lo ha pasado muy mal» que, aunque también fuese cierto, no era lo suficientemente claro para describir las circunstancias.

—Y ahora —dijo Bev— lo que tenemos que hacer es intentar mirar al futuro...

—Naturalmente —dice mi madre que dijo, como para dar ánimos.

—Y eso significa cerrar la puerta al pasado en muchos sentidos.

—Naturalmente —repitió mi madre, aunque esta vez con menos seguridad.

—Nos vamos de Royston —anunció Bev—. Es fundamental empezar de cero.

—Naturalmente. Pero... ¿cuándo os vais?

—A finales de la semana que viene.

—Dios mío. —Mi madre no pudo disimular la sorpresa—. Pero ¿crees

que funcionará? Toda vuestra vida...

—Ya lo he dicho en el trabajo y lo han entendido. Son circunstancias muy especiales. No nos podemos quedar en Royston.

A mi madre también le sorprendió esto: ¿Por qué no?, quería preguntarle. Pero la actitud de Bev era tan extraña, parecía tan tensa, que no se atrevió.

—¿Y adónde os marcháis? —preguntó, en lugar de lo otro: parecía más cortés.

—Prefiero no decirlo. No te preocupes. Lo bueno que tiene mi profesión es que siempre hay trabajo.

(«En eso no se equivoca. Como su profesión es la muerte...», dijo mi padre.)

—¿Y Anders? —preguntó mi madre—. Un médico de su nivel... le llevará tiempo...

Bev la interrumpió con un chasquido de la lengua, y mi madre vio en su imaginación la cara de disgusto de Bev, los orificios de la nariz que se le cerraban, los labios formando una línea recta: un gesto que todos conocíamos bien.

—Anders Shute no vendrá con nosotros —dijo Bev al fin.

Así de sencillo. Sólo esa frase.

—Entonces, ¿sólo os vais Cassie y tú?

—Exacto.

—Ah, bien. Ya veo. Si va a ser tan inmediato... Imagino que estarás ocupadísima, pero para Julia significa mucho ver a Cassie —dijo mi madre—. Antes de que os marchéis, para quedarse tranquila de que Cassie está bien porque ya sabes que para Julia también fue muy traumático que la última vez que la vio...

Mi madre dijo después que en ese momento supo, por su propio tono de súplica, que Bev no iba a acceder.

—Esa es la cuestión —dijo Bev—. Mi Cassie ha pasado unos momentos muy traumáticos, y cualquier cosa que pudiera recordárselos... En fin... Lo siento mucho, pero tengo que decirte que no. Espero que lo entiendas.

—Naturalmente —volvió a decir mi madre, aunque a mí me dijo que durante un instante no lo entendió—. ¿Y qué hay de tu trauma? Es un milagro que la encuentres. Y horrendo que tuvieras que verla en ese estado.

Meneó la cabeza.

Puedo afirmar que cuando mantuvimos esta conversación —en la cocina, mientras preparábamos la cena, como tantas otras conversaciones nuestras: yo lavando la lechuga en el fregadero, ella dorando unos tacos de carne para preparar un asado— mi madre estaba muy afectada. Se percibía en aquella energía enloquecida que ponía en remover la carne.

—No logro entenderlo —dijo—. En esta historia nada tiene sentido para mí.

En aquel momento mi madre no sabía todo lo que había sucedido o, al menos, lo que Cassie dijo a Peter que había sucedido en Bangor y después. Yo estaba arrancando las hojas de lechuga y metiéndolas en el escurridor, de espaldas a mi madre. Me preguntaba si sería una traición contarle todo lo que sabía. Así que le pregunté:

—¿Qué es lo que no tiene sentido para ti?

—Lo que no sabes te lleva a preguntarte qué está pasando a tu alrededor sin que tú te des cuenta —respondió.

Nos quedamos calladas un momento, cada una enfrascada en su tarea.

—Me pregunto, por ejemplo, por tu vida. Julia, mi preciosa hija, ¿puede ser que yo no sepa cómo es tu vida? ¿O quién eres?

—No seas boba, mamá.

Pero no se equivocaba del todo. También yo había sido, de repente, consciente de lo solos que estamos todos, de lo pequeña que es la parte de nuestras vidas que compartimos con los demás, aunque estemos en la misma habitación, horas juntos, incluso conversando. Yo conocía a Cassie de toda la vida, conocía sus gestos y sus expresiones y el timbre de su voz, sabía cómo funcionaba su cabeza y su sentido del humor, en qué cosas nos parecíamos y en qué cosas no. ¿No éramos, a fin de cuentas, hermanas en secreto? ¿No estábamos unidas por el cordón umbilical? Pero yo había dejado de prestarle atención y rápidamente, según lo veía ahora en retrospectiva, ella había cambiado. Las cosas habían cambiado. Se habían sucedido los días, uno tras otro, los meses en los que yo había seguido siendo, o así lo consideraba yo, la misma Julia —¿quién sabía si era así?— y en ese tiempo, mientras yo seguí moviéndome por un terreno conocido, la vida de Cassie se había alterado hasta quedar irreconocible, había quedado oculta tras un visillo, tras las puertas de la casita del final de la calle sin salida. Hasta que me di cuenta de

que no sabía lo que creía saber, y la persona a la que creía conocer se volvió una extraña para mí. Yo era Goya, pintando en la corte española, ajeno a la Revolución Francesa. Y ella, la Revolución Francesa.

Nunca supe qué había pasado por su cabeza, qué había sentido. Y aun así logré encontrarla, de un modo atávico, y darme cuenta con ello de que no había cambiado tanto. Lo que no había previsto era que no quería que la encontrasen. Aquella última mirada que me dirigió estaba llena de ira.

En la cocina con mi madre, ella en los fogones y yo en el fregadero, sentí por primera vez aquella aprensión adulta y pensé que también mi madre temía al abismo. No por lo que tenía que ver con Cassie, sino conmigo. Con mi madre y conmigo. Entendí que ella estaba segura de conocerme —carne de su carne, yo había llegado al mundo por entre sus piernas y había estado siempre a su lado; aún estaba, de algún modo, dentro de ella— y lo que entonces temía, en ese momento quizás por vez primera, era que podía no conocerme tan bien. Me volví hacia ella y la cogí en brazos —ya no era más alta que yo... de hecho, era yo más alta que ella— y la abracé, le besé la mejilla suave y le dije al oído, otra vez: «No seas boba, mamá», y luego: «No hay nada que temer». Tantas veces me había dicho esas palabras ella a mí, tantas veces había hecho ella ese gesto amoroso para tranquilizarme... Pero esa era la primera vez que lo hacía yo por ella. Y la primera vez también que me daba cuenta de que aquellas palabras podrían no ser ciertas del todo.

Peter vio a Cassie otra vez. No lo buscó, no fue en realidad a hablar con ella, pero la vio. Un par de días después de que Bev rehuyera a mi madre, Peter estaba con su padre en el Target: eran las nueve de la noche, después de la reunión de atletismo, y habían ido a comprar comida para el perro, papel de cocina y un cargador para su teléfono móvil. Se toparon con Cassie y Bev en el pasillo ancho que separa el maquillaje de los productos domésticos. Blanca como la leche, Cassie iba empujando el carrito, según me contó Peter, al que la reja de plástico rojo hacía parecer más pequeño, y su madre prácticamente se interpuso con aquel corpachón voluminoso y perfumado, con el frufú de sus telas, entre Cassie y él, cuando se acercó a ella. Llevaban en el carro un montón de toallas de baño blancas y un bote dorado de laca para el pelo: dijo Peter que le llamó la atención eso, que Cassie dijo hola pero no se movió de detrás del carro y que tenía los ojos tristes. Pensó que quizás estuviera

medicada: flaca como un gorrión, movimientos vacilantes... Bev, a quien nunca le había gustado Peter, le lanzó una sonrisa amplia y rotunda.

—Haciendo unas compritas de última hora —rebuznó—. Tenemos tanto que hacer, antes de marcharnos.

Luego apartó a Cassie y empujó el carro hacia el pasillo de comida para perros, a la fuerza, como si fuera un secuestrador, dijo Peter. Y eso fue todo. Cassie iba en zapatillas de andar por casa, de esas de borreguillo. Le dolió mucho que no se volviera a mirarle.

—Como si fuera un rehén —dijo de nuevo—. Como si no fuera ella. Con lo que eso significara.

Durante casi un año Anders Shute no fue a ninguna parte. Se quedó en la casita del final de la calle —supongo que se la alquilaría a Bev, hasta que a la primavera siguiente ella la vendió— y las raras ocasiones en que lo veíamos en la tienda de Bell o en Rite Aid sonreía como hacía él, estirando los labios, e inclinaba ligeramente la cabeza por todo saludo, antes de seguir su camino.

La comunidad en general asumió, por su presencia, que no había hecho nada malo; que cualquier cosa que ocurriera entre las cuatro paredes de la casita podía resumirse en «las cosas no funcionaron» o «Bev y Cassie necesitaban empezar de nuevo». Pero ¿no había sido Anders Shute el origen de la desesperación de Cassie? ¿No la había destrozado él, del mismo modo que *Leo*, el pitbull, le había destrozado la mano? Esto no se lo dijimos a nuestros padres, ninguno de nosotros. Y si ellos lo pensaron alguna vez nunca lo manifestaron en nuestra presencia.

Quizás también Anders era inocente. Poco agraciado, raro y frío, pero nada más: un puñado de rasgos desafortunados. Quizás el quid de todo, llegamos a pensar Peter y yo, era Bev, ángel de la muerte. Pero ¿qué era verdad y qué no lo era en la historia de Cassie? ¿Realmente tuvo un padre, alguna vez, llamado Burnes? ¿De dónde había venido Bev y adónde iban las dos ahora? Dondequiera que fuese y con esa urgencia, no era porque tuvieran familia allí. Hasta donde yo sabía, hasta donde Cassie sabía, Bev no tenía familia. Y por esa razón era posible que, tras el traslado, en el lugar al que hubieran ido, ya no serían Bev y Cassie Burnes. Muchos meses después seguí buscando sus nombres en Google sin encontrar nada, nada en absoluto sobre su vida después de Royston. Fue como si hubieran dejado de existir. Yo tenía

la esperanza de que Cassie me escribiera, o me llamara, o me mandara un mensaje de móvil. Pero nunca lo hizo.

A mediados de verano todo Royston había dejado de hablar de ella por completo. Una vez que se terminó el curso los chicos encontraron trabajos de socorrista o de monitor en algún campamento, se fueron a hacer un viaje en bicicleta o un curso de verano, se empezaron a preocupar por el cáncer de pecho que habían diagnosticado a la madre de Jodie y por el incendio de la planta de Henkel. Los adultos ya no tenían nada más que decir, así que no dijeron nada más. Y el silencio en torno a Cassie se volvió más profundo que una tumba, como si Cassie nunca hubiera existido.

Peter y yo hablamos mucho de ella al principio, mientras nos cogíamos de la mano y empezábamos a considerar nuestra amistad como un amor, que era como yo la había considerado siempre. Pero con cada semana que pasaba cada vez hablábamos menos de ella. Incluso entre nosotros, que sabíamos lo mismo que los demás, sólo podíamos decir lo poco que sabíamos una y otra vez: empezábamos a hablar, y al poco tiempo estábamos hablando en círculos.

Peter estaba convencido de que Bev Burnes se había cambiado el nombre y Cassie, una vez fuera de Royston, había dejado de ser Cassie Burnes. Peter creía, después de mucho reflexionar, que Bev era una fantasiosa irredenta, una profesional de la estafa que iba hilando historias, una tras otra. Que la década que habían vivido en Royston no había sido más que un episodio dentro de una serie de dramas. En la versión de Peter nunca había existido un tal Clarke Burnes, y el entrenador de fútbol americano de Cassie que vivía en Bangor era pura coincidencia. «Imagínate, ese pobre hombre, con esta muchacha que se presenta en la puerta con un gorro de lana, un lunes por la mañana... ¿Cómo se sentiría?», dijo Peter. Yo me preguntaba si Arthur C. Burnes le había contado aquella historia a su mujer, Anna Maria; si le había hablado de Cassie y si, de un modo u otro, ella aún vivía en su recuerdo.

Peter pensó que Bev había elegido un nombre distinto para empezar su nueva vida. ¿Sabíamos, por casualidad, dónde se suponía que se había criado? ¿En Rochester, Nueva York? ¿En Lancaster, Pensilvania? ¿En las afueras de Wilmington? ¿Por qué nadie lo sabía a ciencia cierta y por qué nadie reparó en ello? Peter pensó que Bev era como esos estafadores de las

series policíacas: nombre inventado, identidad falsa... cruzaba el país llevando la muerte a las casas con su maletín de morfina y oxicodona y fentanilo. El ángel de la muerte. Quizás, dijo Peter, Bev nunca supo siquiera quién era el padre de Cassie. Podíamos pensar incluso que Cassie no fuera hija de Bev.

—Estás yendo demasiado lejos —dije yo.

Él contestó:

—¿Por qué? Esas cosas pasan.

Yo no quería creer que aquella historia tan sólida de mi niñez pudiera desmoronarse del todo, según nuestro capricho.

—Pero no pasan tan a menudo —respondí—. Es gente a la que conocemos.

Yo estaba dispuesta a culpar a Anders Shute: su aparición en las vidas de Cassie y Bev, cómo sedujo a esta, su interés siniestro en controlar a Cassie, que podía haber tenido un sinfín de desenlaces... Ella nunca nos contó nada concreto ni a Peter ni a mí, pero algo raro había pasado en esa casa. Ambos lo sabíamos. ¿Por qué no creer que Clarke Burnes existía, como lo había creído Cassie? ¿Por qué no creerlo, aunque sólo fuera por Cassie? Igual que ella había creído que *Electra*, la gata que se le escapó, estaba en otro sitio donde llevaba una vida mejor, comiendo en platos de alpaca y con un destino maravilloso.

Yo lo deseaba con todas mis fuerzas. Por mí, pero también por ella. A fin de cuentas, todas nuestras historias son inventadas en cierta medida. Lo que no me parecía imaginario —es más, me parecía casi real— era mi pesadilla con Cassie y la capa envenenada, y mi sensación de que eso era lo que significaba hacerse mayor. Sea cual sea la decisión que tomamos, aunque creamos que hay cosas que están bajo nuestro control, todo tiene una existencia propia y un destino que no podemos ver. El que yo pueda sentir cómo sigue la trama de una historia, el que yo fuera capaz, una mañana de sábado del mes de abril de hace un par de años, de salvar la vida de una tal Cassie Burnes, es sólo una ilusión a la que me aferro. Lo que sea, será. Y no porque el destino sea irrefutable, sino porque ninguno de nosotros lo ve jamás, cara a cara: lo vemos, como mucho, a través de un cristal oscuro.

Anoche, durante la cena, mis padres volvieron a sacar el tema de la

universidad. El próximo otoño tendré que presentar la solicitud. Estábamos todos en la cocina, sentados a la mesa, sudando a pesar de la ligera brisa que entraba por las ventanas abiertas. El crepúsculo lanzaba sus haces de luz y de sombras por todo el jardín, y las siluetas de los arcos se recortaban sobre el cielo sanguino del oeste. Se oía el canto de las ranas y a los niños de los Saghafi a lo lejos, chapoteando en la piscina («Marco»... «Polo»). Y entonces mi padre sacó el tema: tendríamos que planear alguna visita en agosto, antes de que empezara el curso.

Eché la silla hacia atrás —una cosa que a mi madre le molesta muchísimo, porque cree que se va a caer y porque le fastidian las marcas que quedan en el suelo— y lo dijo sin mirarme, como si mi respuesta fuese algo que le resultara indiferente.

—¿Alguna sugerencia?

—Quiero ser actriz —dije yo.

Eso, naturalmente, no era nuevo. Pero sí lo era poner ese interés por delante del resto.

—Eso puedes hacerlo, cariño —dijo mi madre mientras cortaba una segunda porción de quiche que ninguno habíamos pedido y nos la ponía en el plato—. Pero para eso no tienes que elegir universidad.

—¿Por qué no?

—Claro, Carole, ¿por qué no?

Mi padre volvió a poner la silla sobre las cuatro patas y agarró el tenedor.

—Si quiere ser actriz, ¿qué problema hay?

—Uno no estudia para ser actor. Para eso no hay licenciatura —dijo mi madre.

—Puede que no —dije yo—. Pero puedo elegir la universidad que me interese, en función del programa de teatro que ofrezca.

—¿Y qué te atrae tanto del teatro?

Le parece bien que me interese la política o la ciencia. Le parece incluso que es una obligación para cualquier mujer. Pero para ella el arte dramático es algo pasivo, como de segunda mano: un actor recita un texto que otro ha creado y finge ser alguien que no es.

—Vamos, Carole, déjala en paz.

—No pretendo molestar. Me provoca curiosidad, lo digo en serio.

—¿Tengo que explicarlo?

—Puedes intentarlo —dijo mi madre.

Había puesto su cara de adulto interesado: cejas levantadas, una ligera sonrisa —forzada— en los labios.

—No puedes decir que sea irrelevante desde el punto de vista cultural. — Yo era consciente de que mi tono era defensivo—. No hay nada que le interese más a nuestra cultura.

—¿Más que el teatro?

—Que la interpretación en general: la televisión, el cine, lo que sea. Eso es lo que hacemos en este país.

—Ahí me bajo —dijo mi padre sonriendo—. Yo soy de este país y soy dentista. Me importan los dientes.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir.

—No, cariño, lo digo en serio. Explícanoslo.

—Me gusta actuar, ¿vale? ¿Por qué no vale?

Mi padre me dio unos golpecitos en la mano, que tenía apoyada en la mesa.

—Claro que vale —dijo—. Tu madre se ha puesto muy agresiva. Los dos sabemos que te encanta, y nos parece bien. —Hizo una pausa—. Lo que quiere es que te lo pienses. Porque puede haber otras cosas, otras alternativas, que también puedes considerar. No en lugar de eso: además de eso.

—¿Como curar el cáncer, por ejemplo?

Se rió.

—Por ejemplo. Algo así.

Meneé la cabeza y cambiamos de tema.

¿Cómo podía explicar que a mí todo me parece actuar, todo me parece teatro? Cada uno de nosotros se pone su disfraz, su máscara, e interpreta su papel. Tomamos todo un remolino inmenso, inabarcable e inconcluso de acontecimientos y emociones que nos rodea y en el que estamos inmersos y le hacemos pasar por un aro que lo convierte en una razón simplificada, una historia sencilla que nos representa como algo verdadero. Algo así como «me encantan los aguacates pero detesto las coles de Bruselas». O «soy bueno en inglés, pero no en matemáticas», o «soy un amigo fiel que hará cualquier cosa por la gente a la que quiero». O «te conozco tan bien que puedo

anticiparme a cualquier movimiento tuyo». O «me conozco bien: así es ser quien soy».

Pero no sabemos nada, en realidad, excepto cómo debería seguir la historia. Hacemos creer a los demás que esa es nuestra historia, esperando que todo salga bien. La diferencia es que, sobre el escenario, o en una película, todos reconocemos el artificio y aceptamos que hemos compuesto un universo que excluye lo que ignoramos. Como los dioses, nos inventamos un mundo que tenga sentido.

En la película sobre la vida de Cassie ella se repone de lo que sufrió (porque todo lo que pasó puede describirse como un sufrimiento) y Bev regresa a ella tal y como Cassie creyó siempre que era: esa madre amantísima, regordeta y un poco obsesa que será su aliada incondicional en un mundo solitario. En la película, Cassie vuelve a empezar en un instituto de Stamford, Connecticut, o en Atlanta, Georgia, o en Portland, Oregón. Empieza un nuevo capítulo en el que puede ser quien ella quiera, popular, exitosa, libre y sin daños y así dirigirse hacia su futuro intacto.

En esa nueva vida en la que la oscuridad de Bonnybrook ha quedado olvidada para siempre, nada y vuela perfectamente, atravesando largas tardes doradas por aguas cristalinas como las de la poza de la cantera. El fondo nunca es turbio ni traicionero, y ella sabe que ahí no puede ahogarse. Y cuando veamos esa película, si es que la vemos alguna vez, si alguna vez la ruedan, todos diremos: «Sí, por supuesto. Esto es lo que significa ser mujer y joven». Esta es la verdadera historia, esta visión tan hermosa: las brazadas suaves de Cassie, las suaves olas que forma en el agua. Su pelo rubio blanco, el agua verdosa con su superficie lisa y moteada de luz, las ramas de la orilla colgando sobre él; las masas de roca color bronce. E inmenso, en lo alto, el cielo azul, azul. Y esto es lo que no olvidaremos nunca.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Jill Bialosky, mi editor, sabio y generoso, y al magnífico equipo de W. W. Norton; también a Ursula Doyle, Charlie King y todo el personal de Fleet/Little, Brown UK. Gracias infinitas a Sarah Chalfant y Andrew Wylie, mis agentes: extraordinarios luchadores y seres humanos excepcionales.

Mi más cariñoso agradecimiento también a mis queridos familiares y amigos por todo el apoyo que me han prestado en lo bueno y en lo malo: a James, mi amor y mi primer lector; a Lucian, por hacernos reír, y a Livia, mi segunda lectora, cuyo punto de vista y sugerencias han sido de gran valor.

Gracias también a Louise Glück por su poema «Midsummer», que me sirvió de inspiración.

NOTAS

¹ Poema «Casabianca» de Elizabeth Bishop en traducción de Jeannette L. Clariond. Publicado en Editorial Vaso Roto, Madrid, 2016.

² *Candy striper*: bastón de caramelo. Es el nombre que reciben los voluntarios de las instituciones sanitarias debido a su uniforme de rayas rojas y blancas, que les distingue del personal médico.

³ Shute se pronuncia en inglés igual que *shoot*, que significa disparar un arma.

⁴ *Brook* es «arroyo» en inglés.